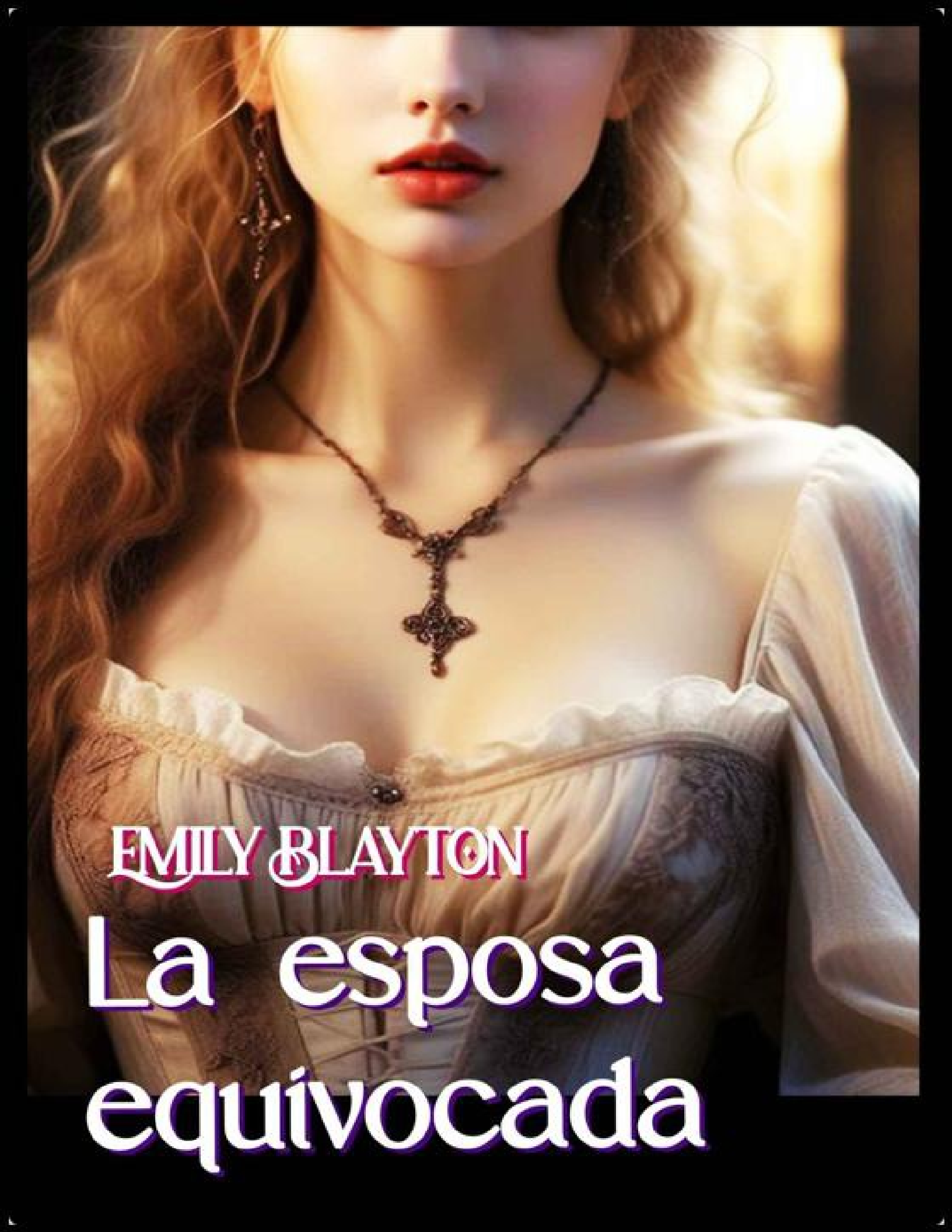




EMILY BLAYTON

La esposa equivocada

La esposa equivocada- Emily Blayton.

®Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Copyright. 2024 .

TABLA DE CONTENIDOS

[La esposa equivocada \(Damas victorianas 4\)](#)

[Emily Blayton](#)

[La esposa equivocada](#)

[Emily Blayton](#)

[La bella francesa](#)

[La fiesta de primavera](#)

[La desaparición de Rosie](#)

[Amor secreto](#)

La esposa equivocada (Damas victorianas 4)

Emily Blayton

Nota de la autora

La presente novela está ambientada al sur de Inglaterra, en el corazón de la campiña inglesa, pero todos los nombres, lugares, aldeas y familias mencionadas en la presente no se corresponden con la realidad pues se trata de una novela histórica de ficción y la ambientación es un telón de fondo, una parte de la trama, pero no posee rigor histórico.

De nuevo gracias por seguir mis historias y estar siempre allí en estos doce años de sueños hechos realidad.

La esposa equivocada

Emily Blayton

Sur de Inglaterra -En el corazón de la campiña inglesa siglo XVIII

La bella francesa

Agnès Dubois había llegado a la aldea de Forest Hills en el corazón de Norfolk un día de viento y lluvia, asustada y temblando de frío y miedo porque acababan de cruzarse con un grupo de bandidos en Londres horas antes y ahora no sabía qué esperar. Su marido les había cortado el cuello a varios, pero tenía una herida en su brazo, y los otros también. Eran un grupo de franceses que acababan de huir de su país necesitaba auxilio o morirían.

Jamás pensó que luego de huir de Provenza con su marido y los amigos de éste se encontrarían con una banda de rufianes saqueadores que querían robársela a ella como si fuera lo más valioso del botín para luego venderla, o eso decían entre sí pues hablaba muy bien su idioma. Se comportaban como unos salvajes. Nadie les había advertido.

Viajaban a caballo y al ver el pueblo pensó que estarían a salvo, pero su esposo recelaba.

—Pedid ayuda... necesitamos ayuda...

Unos granjeros se acercaron y él explicó su situación.

—¿Qué hacéis aquí? No queremos bandoleros ni tampoco enfermos—gritó el otro granjero menos amistoso de lo que esperaban y de pronto la dama se dio cuenta de que los miraban con desconfianza. Lo que era natural pues no tenían buen aspecto luego de haber sufrido ese percance.

—Por favor, mi marido está herido y también sus amigos. Hemos viajado desde Londres y traemos cartas de lord Burton. Es el padrino de mi esposo.

Agnès tomó la palabra pues era quién mejor hablaba la lengua y los demás no hacían más que maldecir, asustados y rabiosos por la situación.

El granjero la miró con interés y su gesto cambió al instante cuando ella le explicó que habían sido atacados en el camino a Forest Hills.

—Es natural. Llevaban una hermosa mujer y eran extranjeros. Los bandidos no respetan

ni a las damas ni a los extranjeros, señora. —le respondió uno.

El más viejo y desconfiad, aunque amable vio que llevaban cuchillos y tal vez otras armas escondidas en las monturas y eso no le gustó nada, pero Agnès estaba tan asustada de pensar que podrían ser rechazados y enviados de nuevo a los caminos que habló con los criados y amigos de su marido para convencerlos de que entregaran las armas.

Ellos se miraron con gesto torvo y parecían reacios a obedecer hasta que su marido dijo que era lo más sensato.

—Necesitamos quedarnos aquí unos días. Hasta poder emprender nuestro viaje—dijo el caballero francés mirando a su alrededor con desesperación.

Estaban muy heridos y Agnès apartó la mirada al ver al que estaba peor, Jean Baptiste y su hermano, que por defenderla de esos demonios se habían llevado las peores heridas y tenían mal aspecto.

No sabían ni quienes eran, pero ese hombre alto de cabello gris y rostro amable se preocupó al instante y los recibió en lo que parecía un monasterio y se trataba de la vicaría.

Sabía que en tierras de la corona británica se profesaba una religión distinta y los católicos no estaban bien mirados así que tuvieron que esconder bien cruces, rosarios y relicarios y todo aquello que los delatara como franceses católicos.

Su esposo le dio las gracias en su lengua y entonces el hombre supo que eran franceses y le respondió en su idioma encantado de hablar francés alguna vez.

—Buenos días, caballeros, soy el señor Anderson, el vicario de esta comunidad. ¿Por favor entren... están heridos? ¿Qué ha pasado?

—Viajamos desde Provenza, Monsieur. Necesitamos que darnos un tiempo... ella es mi esposa la señora Agnès Dubois y yo soy Louis Dubois.

El reverendo saludó respetuoso a la dama y luego a los demás, pero no les dio más importancia que al señor Dubois pues sabía que eran simples criados o eso pensó él.

—Nos atacaron en el pueblo vecino, Monsieur... querían robarse ami esposa. No querían joyas ni nuestras maletas. Solo a mi esposa—se quejó.

El francés estaba furioso por la refriega y pudo darse el gusto de herir de muerte a varios con su espada, pero no le agradaba llegar de esa forma a la aldea.

—Oh qué tragedia... los malditos bribones ladrones de esposas. Son terribles... han llegado a estas tierras protegidas por el señor. Es que no tienen mujeres. Han perdido muchas por la terrible plaga hace años y eso hizo que... roben toda mujer que aparezca en su aldea de visita o de paso. Han sido afortunados. Se han vuelto muy violentos. El alguacil Edwards no puede con ellos. Lo lamento mucho... ¿le han hecho daño a su esposa?

—No los dejé ni acercarse, se lo aseguro, pero está muy asustada y...

Necesitaban cambiarse la ropa, algo caliente y curarse las heridas. Para peor el frío de esas islas era algo punzante, parecía calar hasta los huesos. No se esperaba encontrarse con un grupo de bandidos que gritaban como demonios para robarle a su esposa. Eso no fue un buen augurio, uno de ellos casi logra atraparla y la hizo caer del caballo. Esas bestias pudieron matarla.

El reverendo escuchó la historia y actuó de forma muy diligente.

Fueron atendidos, curados y su dama recibió ropa nueva y todos se alojaron en la parte final de la vicaría, la que pertenecía al antiguo monasterio de Saint denis.

—Puede parecerle extraño hombre ,pero tener el monasterio con las reliquias del santo protector de la peste salvó a este pueblo durante la terrible plaga.

—Oh se refiere a la gran peste? Pensé que había sucedido en Londres y...

—En Londres hizo estragos. Fue hace mucho tiempo. Pero esa ciudad está perdida en vicios...el señor decidió no salvarlos. Por más que oraron y lucharon, morían como perros uno por uno, pero la horrible peste también se esparció por el campo esta vez. No llegó aquí porque las reliquias del santo lo impidieron.

De eso hablaban durante la cena mientras su esposa permanecía descansando luego de recibir la cena y una tisana.

No le agradaba dejarla sola. No confiaba en nadie. Jamás pensó que esos calmos ingleses de rostro blanco e inexpresivo fueran tan rapaces y feroces en la pelea y en el robo de mujeres. Dios santo. No. Jamás lo habría creído.

—Lamento mucho su desventura. Supongo que son los franceses que envió Lord Templeton—dijo de pronto el reverendo.

Por si acaso había dicho a sus mujeres que permanecieran encerradas cuidando de la esposa del recién llegado pero alertas mientras en secreto enviaba un mensaje urgente a sir Anthony de Grovenham , señor de esas tierras para que acudiera cuanto antes a la vicaría.

—Es verdad. Tengo en mi poder la carta y se la entregaré.

Por alguna razón el reverendo estaba alerta con esos intrusos.

No le agradaba mucho que estuvieran allí, pero estaban heridos y no podía dejarlos morir. El señor Templeton le había escrito una carta que le llegó días atrás advirtiéndole de que recibiera a los franceses que habían sufrido por su fe una horrible venganza que los despojó de todos sus bienes. No tenían casi nada y buscaban un nuevo hogar que los aceptara.

Puritanos. Peor todavía; puritanos franceses llamados hugonotes. Qué nombre tan feo y ridículo pensó para sí mientras tomaba presto la carta y no perdía de vista a los intrusos.

Prefería comer con esos sirvientes y tenerles cerca a encerrarles y tener que poner a cinco criados vigilando sus espaldas.

Eran hombres fieros, no eran simples campesinos franceses.

Se habían librado de los bandidos de los caminos que robaban joyas y mujeres y mataban a todo aquel que se interponía mucho en sus planes. Pero todos estaban vivos, heridos pero vivos y para vencer a esas alimañas tuvieron que ser muy fuertes o ...

Tenían una complexión grande, todos ellos y sus ojos oscuros se parecían a los de los

gitanos, pero había algo más. Sus criados le dijeron que portaban espadas y ballestas en su equipaje. Todo eso lo supo antes de la cena y ahora debía comportarse con normalidad y saber qué rayos planeaban hacer en su aldea.

Leyó la carta de su amigo el lord inglés que le prometió un donativo si ayudaba a esos ingleses y le pedía a cambio que los mantuviera escondidos y les diera una propiedad para cultivar y trabajar.

Casi nada.

Pedía todo que valdría mucho más que el donativo que había prometido.

Pero lord Templeton era el benefactor de esa aldea, uno de tantos y era necesario cumplir su pedido.

—entonces han hecho un largo viaje.

Así comenzó el interrogatorio mientras los otros permanecían alertas.

El señor Louis Dubois dijo ser un granjero en su país. Y le contó una historia de que lo había perdido todo.

Mientras hablaba notó sus manos cuadradas y fuertes sin un solo cayo, sin nada que delatara que había trabajado en el campo. Conocía a los hombres de campo de su país, y no se parecían en nada a ese hombre que hablaba con mucha educación cierta altanería.

—Lo ayudaremos señor Dubois, pero antes debo hablar con el señor de estas tierras y pedirle ayuda. Es él quién ofrece tierras y casas deshabitadas. Hemos perdido muchos ancianos granjeros y hay muchas casas vacías y tierras que necesitan ser cultivadas. Ustedes son un matrimonio joven... necesitamos jóvenes como ustedes. Pero antes dejaré que se recuperen de su viaje y curen sus heridas. Necesitan descansar.

Y también comprobar que eran quienes decían ser.

¿Llevaban consigo algún documento? Hablaban muy bien francés todos ellos, con acento del sur así que eso concordaba, pero...

Era un hombre desconfiado.

No sabía si eran bandidos o eran realmente franceses huyendo de un enemigo de su país que confiscó sus tierras solo por hugonotes.

Algún noble cruel y codicioso.

Sabía algunas historias de esos nobles franceses. Eran hombres crueles y despiadados y se preguntó si el lío no sería a causa de su bella esposa. algunos señores se creían con derecho a tomar a una mujer como si fuera de su propiedad, aunque estuviera casada.

Ese día no podría saber mucho más. Debía vigilar a los recién llegados y hablar primero con el conde de Grovenham, era el amo del lugar, el lord protector y señor de todas esas tierras era menester que diera su aprobación y conversara antes sobre esos forasteros.

Sir Anthony llegó con sus sirvientes al día siguiente a primera hora para conocer a los recién llegados y leer él mismo la carta que había enviado lord Templeton de Londres.

Tenía amistad con ese caballero, y conocía bien su sello y su letra.

No solía enviar a una familia de franceses para que les dieran refugio, techo y comida, pero en el pasado envió a una familia de puritanos que había regresado de América y solía dedicarse a ayudar a los más desamparados. Ingleses o extranjeros. Él y su esposa hacían tareas de caridad. Pero no entendía de dónde conocía a esos franceses.

Nada más llegar y verlos notó algo que no encajaba.

El matrimonio se acercó y notó que la jovencita no debía tener más de veinte años y se veía asustada y muy pálida como si no se alimentara bien o estuviera asustada por algo y su esposo le doblaba la edad. Era un hombre alto, muy delgado y de piel cetrina. Ojos color miel y cabello oscuro con sienes plateadas. La abrazaba de forma protectora y le hablaba al oído como un hombre le habla a su hija. Aunque tampoco tenía edad para ser su hija, era seguramente una boda concertada. Un hombre de unos cuarenta años viudo o solterón se enamoraba perdidamente

de una guapa jovencita a quien doblaba la edad.

—Buenos días...

Luego de intercambiar saludos y frases amables el reverendo los reunió en los jardines, lejos de sus mujeres. Todavía sentía miedo por la presencia de esos hombres foráneos y ansiaba deshacerse de ellos.

Sir Anthony no hablaba francés, y fue una suerte que casi todos hablaran su lengua.

La reunión fue breve y en un momento el francés habló con ambos en privado para contarles lo ocurrido sin que su esposa escuchara. Su esposa fue enviada adentro a descansar pues todavía estaba mareada por el viaje.

El conde no era tonto y notó que algo le pasaba a esa joven señora.

—Su esposa está enferma?

No quería que le llevaran enfermedades a la aldea y si estaba enferma debían dejarla allí en cuarentena. Rayos.

El francés lo negó.

—Está muy asustada, en Londres intentaron atacarla y también en el viaje.

—Quizás esté enferma y no asustada.

El viejo conde tenía buen ojo para detectar las enfermedades, no le gustaba nada que llevaran gente enferma. Lord Templeton estaba viejo y no se daba cuenta. Pensaba que debía ayudar a la gente sí, y eso era muy encomiable, pero...

—¿Está preñada?—preguntó el reverendo interesado. Se necesitaban niños, y más mujeres en esa aldea, pero mujeres solteras en realidad.

Si estaba esperando un bebé eso sería mucho más aceptable a sus ojos.

—No lo sé... llevamos semanas preparando este viaje y nuestra vida no ha sido fácil sir Anthony. Mi esposa apenas podía comer o dormir. Está débil y solo necesita descansar.

—Lo entiendo....

El rostro enjuto del conde miró a su amigo el reverendo que también tomaba muy en serio el asunto de las enfermedades.

—Aquí no tenemos enfermedades, señor Dubois. No hay enfermos. Excepto los ancianos que ya se han retirado de sus obligaciones y son atendidos por algunas almas caritativas como la esposa del reverendo.

El reverendo asintió con orgullo, pero no estaban allí para hablar de su esposa, sino de los recién llegados y necesitaba conocer la opinión del señor de esas tierras.

Hablaron en privado luego de esa reunión.

El señor Anderson quería saber qué pensaba su amigo de todo eso.

—¿Creéis que son quienes dicen ser?

El conde caminó y miró a su alrededor ese día helado de febrero. El sol calentaba poco y las nubes plomizas era un buen presagio.

—Tengo ciertas dudas. Ese hombre no es un granjero francés, os lo digo ahora. Y su esposa no parece su esposa... ¿Y si se robó a la esposa de otro hombre y por eso tuvo que huir? Solo estoy diciendo lo que pienso querido amigo... ¿esa dama siempre está nerviosa? No hace más que mirar de un lado a otro.

—Es verdad, es algo nerviosa, parece asustada y ha sido así desde su llegada.

—¿Y no habla palabra?

—Sí, habló con mi hija ayer. Ayer se veía más tranquila, pero es una joven señora muy nerviosa, cualquier sonido extraño la asusta.

El viejo conde meneó la cabeza.

—No entiendo por qué han venido. No son campesinos. Sus modales, sus manos... llevan un disfraz. Eso pienso. No son quienes dicen ser y eso me da desconfianza. Conozco bien a los

campesinos franceses, soy un hombre de mundo.

El reverendo pensaba lo mismo.

—También lo creo, pero necesitan nuestra ayuda, sir Anthony. Además, traen consigo la carta de Lord Ponsonby explicando la situación. No he querido leerla porque está dirigida a usted, sir.

El conde hizo un gesto de impaciencia.

—Por supuesto... la carta. En realidad, necesitamos colonos extranjeros, campesinos, no elegantes franceses que jamás han tomado una azada en su vida. Pero quién sabe, tal vez tienen problemas con el rey y por eso huyeron... eso tampoco es que me agrade. Antes que nada, primero debéis dejar en cuarentena a la joven, aislada de su esposo por unos días para saber si está enferma. Solo deben acercarse a ella para enviarle alimentos. Dejad también aislados a los que se vean débiles o enfermos. No queremos que traigan una peste de su país. Han podido escapar de algo más horrible como la pobreza: la enfermedad, la muerte... si la joven está sana y no enferma, si los demás están sano y veis que son personas tranquilas y de fiar, podrán quedarse a condición de que cultiven y cuiden las tierras que les daré... confío en vuestro criterio, amigo. Pero dejadles aquí, lejos de la aldea. Si pasan la prueba, les daré las tierras y la casa que esté libre. Hay varias granjas vacías y son un problema... sin embargo creo que debemos mantenerles vigilados.

—¿Acaso teméis que sean espías franceses o personas malvadas?

—No... mi amigo lord Templeton jamás les habría enviado aquí. Él los conoce, pero lo que temo es que estén enfermos. Eso es lo único que me preocupa ahora, pero también debéis mantenerles muy vigilados por un buen tiempo.

—Por supuesto...

—Solo han traído una dama?

El reverendo asintió.

—Es una pena, necesitamos mujeres aquí. Hay demasiados hombres para tan pocas mujeres... por eso muchos granjeros han vendidos sus tierras o buscan esposas al norte del río.

—Triste cosa que abandonen nuestra aldea...

—Y que sigan naciendo más hombres que mujeres... —replicó el conde consternado y luego leyó la carta de lord Ponsonby.

No decía gran cosa. Le pedía ayuda para esos franceses exiliados por culpa de una injusticia sin dar más detalles sobre la injusticia.

Pero los recién llegados pasaron todas pruebas y la dama francesa pronto recuperó el color de sus mejillas y estuvo lo suficiente fuerte para mudarse a su nuevo hogar con su marido y los demás franceses que cuidarían de ella y realizarían tareas en el campo.

El reverendo se hizo muy amigo del francés y al ver que no sabía nada de cómo cultivar la tierra le trajo aldeanos para que lo ayudaran.

Recibieron de regalo una casa de granja que no era lujosa, necesitaba reparaciones, pero de eso sí sabía uno de los franceses y pronto se convirtió en una casa habitable para que una señora delicada y muy joven viviera allí.

Los campesinos se acercaron para conocer a los recién llegados y ayudar en lo que pudieran, pero lo que más llamó la atención fue la juventud y belleza de la dama francesa.

Ella se alejaba cada vez que veía aparecer hombres desconocidos a la granja. Era tímida o estaba asustada, pero muchos se deslizaban como zorros por los bosques solo para mirarla.

El reverendo habló con el conde luego de enterarse de esta situación para que les dieran permiso a los franceses para colocar un cerco alrededor de la casa para evitar que los muchachos molestaran a la joven extranjera.

—Por supuesto... ¿has averiguado algo más de ellos?

El reverendo miró a su alrededor inquieto.

—Me he hecho muy amigo del líder, Louis Dubois. Es un hombre muy educado y con una educación esmerada. No es un granjero. Pero tenía usted razón, al parecer fue un caballero quien lo expulsó de sus tierras y envió una Lettre de cachet para quedarse con su esposa.

—Oh vaya... eso es terrible. Las Lettre de cachet solo pueden ser firmadas por el rey y quien recibe una de esas cartas es enviado a prisión sin derecho a juicio.

—No lo enviaron a prisión, pero le arrebataron sus tierras y tuvo que huir antes de que también le quitaran a su esposa. Por eso se ve tan asustada. Me pidió que fuera discreto y que no mencionara este asunto.

—Vaya, eso sí es posible y valoro la sinceridad del forastero. Ahora todo tiene sentido. Su esposa llama demasiado la atención y eso no es bueno.

—Nadie debe saberlo. No desea que crean que se sienten superiores o que son arrogantes por haber sido ricos en el pasado. Lo han perdido todo ahora y solo buscan vivir en paz.

—Y así debe ser amigo mío.

—Pero hay un problema.

—¿Qué problema?

—Su esposa atrae miradas y no dejan de espiarla. Van al servicio solo para verla. Eso es incómodo para ella y para todos. No entiendo por qué actúan así.

El conde sonrió nada sorprendido por esas noticias.

—Es normal, es una joven muy hermosa y es la novedad de la aldea. Pronto se les pasará. Tiene esposo y deben respetarla. Habla con esos muchachos.

El reverendo se sintió incómodo.

—Están haciendo el cerco, pero creo que no es correcto.

No se atrevió a decirle que su hijo y primogénito, su heredero también había ido a

conocer a la bella dama francesa y se había quedado allí horas esperando para verla. El joven Duncan no era de perseguir muchachas, al contrario, era el pretendiente codiciado que solía retozar a veces con una joven de la aldea en los campos. Pero era como los jóvenes de su edad. Nunca había dado problemas a su padre.

—Les he espantado, sir Anthony. Pero no es sencillo, no se han marchado.

—Bueno, es solo una novedad... ninguno le hará daño, son buenos muchachos pero muy estúpidos. Es la edad...

La dama francesa, vio la casa reparada, aseada y con nuevas ventanas para darle luz y tuvo ganas de llorar, pero se contuvo.

No tenían nada más que la caridad de esos aldeanos así que debía ser agradecida y dejar de ser la niña quejosa que lloraba todo.

No era una niña, era una mujer de veintidós años y acababa de escapar del fin de sus días felices en París siguiendo a su esposo y debía ser agradecida agradecer al señor que los hubiera salvado en vez de quejarse.

Apretó los labios como si no quisiera decir palabra.

Pero luego vio que su marido la miraba expectante.

Para él tampoco había sido sencillo dejar una vida de lujos y privilegios para vivir como granjeros en un país extraño. Todos los días despertaba pensando que era un sueño y la dama seguía sintiendo que era un sueño. No podía evitarlo.

—Ha cambiado mucho, tiene luz y quizás necesite cortinas y...

Era una casa de piedra y madera, como muchas de esos lugares. Por lo menos no era toda de madera como algunas más pobres. Tenía un jardín arruinado que debía mejorar, y tierras...

—Han sido muy buenos Louis, nos han dado un hogar. Pero debemos trabajar y no

sabemos nada de eso—le dijo en francés.

Sus amigos se miraron.

La dama había dicho algo cierto. Nadie sabía arar el campo ni cultivar nada.

—Sé algo de plantas, madame. Puedo arreglar su jardín—dijo Pierre.

Ellos la llamaban mi dama con respeto porque sabían que en el pasado había sido una dama, pero los miró alterada.

—Decidme señora Dubois por favor. Soy la esposa de un granjero ahora, no una dama. Por favor no lo olvidéis—dijo ella.

—Por supuesto señora, lo lamento.

Cuando estuvieron a solas con su esposo ella le dijo que desconfiaban de ellos.

—El reverendo cree que mentimos, que estábamos enfermos... No me agrada ese hombre, aunque nos ayudó y le estoy agradecida.

Su esposo la miró.

—Debemos ser sociables y encajar, mon amour. No os quedéis todo el día encerrado aquí. Debemos asistir al servicio religioso algunos domingos y esconder todo lo que nos delate como católicos.—le dijo su esposo en voz baja.

—Creí que eso ya no importaba—confesó la joven dama.

—Todavía importa, no se permite ir a misa. Hay algunos curas escondidos en estas tierras que celebran misas a escondidas, pero eso no está permitido. Pueden ser multados si son descubiertos. Amonestados. Eso me dijo el reverendo.

—¿Entonces sabe que somos católicos?—la dama parecía inquieta, asustada.

—Es un hombre de mundo, no siempre fue reverendo y supongo que imagina que casi todos los franceses son católicos. Pero lo más extraño es que el reverendo preguntó si erais mi esposa o una dama de mi familia a quien deseaba proteger.

Ella lo miró ceñuda. Su esposo sonreía como si eso le hiciera gracia, pero no era gracioso.

—¿Por qué os preguntó eso?

—Por nuestra diferencia de edad, mon belle, además estos últimos meses he envejecido diez años mon amour, me veo muy mayor para ti—le respondió.

Agnès se acercó y lo besó.

—¿Y qué le habéis respondido mon amour? pero recibieron una nueva visita.

—Que soy vuestro esposo. Por supuesto. Que estamos casados ante Dios y... luego me preguntó por qué no teníamos hijos.

—OH vaya, cuánta curiosidad... imagino que no os preguntó por qué huimos.

—Lo hizo en un momento, pero tuve que contarle algo que no era verdad.

—Ese hombre es un chismoso, querido. No debería hacer esas preguntas.

—Bueno, sienten curiosidad, pero han sido amables.

Tenía razón, excepto por el asalto que sufrieron durante el viaje en el cual un grupo de bandidos quiso robarle sus joyas y como no tenía quisieron robársela a ella.

Todavía tenía horribles sueños con esa travesía.

Y estar en esa aldea no la hacía sentirse a salvo.

Pensó que esos granjeros con sus caras inocentes eran taimados y arteros.

Mientras hablaban de ello fueron a dar un paseo por los alrededores cuando supieron que tenían visitas: sir Anthony el conde de Grovenham junto a su familia.

Lo acompañaba su esposa, una dama baja, delgada de cabello gris y ojos vivaces que les sonrió mientras los miraba con curiosidad. Su hija que era pelirroja y de grandes ojos azules y debía tener su edad o un poco menos y el hijo del conde. Un joven alto, rubicundo, de cabello algo ondeado pasando su nuca y grandes ojos oscuros y tiernos. Sus miradas se encontraron y él

le sonrió haciendo que se ruborizara por lo inesperado.

Fue solo un momento.

Había notado antes esas miradas de sorpresa al mirarla y cuando era joven se sentía feliz de sentirse admirada, pero ahora le resultaba incómodo y extraño. No se sentía atractiva, sus ropas eran horribles, aunque lo peor del atuendo era cubrir su cabello con un gorro de tela muy ordinario. Se negó a usarlo y decidió trenzar su cabello o llevarlo recogido en un moño cubierto con una delicada redecilla. Era mejor que ese horrible gorro de campesina.

—Buenos días, señor Louis... señora Dubois... veo que han hecho un gran trabajo en la granja y los alrededores—señaló el conde y miró a su alrededor.

Louis agradeció sus palabras y los demás franceses se acercaron para rendir homenaje a su benefactor.

Como en los tiempos medievales, pensó la señora Dubois, pero no dijo nada.

Debía reconocer que ese caballero era muy educado y agradable y solo había ido a invitarlos a almorzar el próximo sábado en su afán por integrarlos al pueblo y expresar así su aprobación. Su familia sentía curiosidad y notó que la joven miraba a uno y a otro sin ocultar su sorpresa. Se llamaba Madeleine y su hermano Duncan. No se parecían para nada. Conversaron un momento y luego siguieron su camino a caballo.

Cuando se fueron Agnès suspiró aliada.

—Debemos ir? —le preguntó la joven dama inquieta a su esposo.

Él sabía por qué evitaba salir, estaba muy asustada y no quería hacer amistades, ni siquiera quería vivir allí, lo sabía bien.

Su plan era viajar al nuevo mundo, pero al llegar al puerto ese día sus enemigos le tendieron una emboscada y debieron hacer un cambio de planes. Volver a esconderse... todavía tenía pesadillas con esa noche.

—No temas querida, aquí estaremos a salvo—le dijo.

Ella suspiró y miró a su alrededor nerviosa.

—Ese hombre te hizo muchas preguntas y pensó que sufría la peste. No nos quiere aquí, no se fía de nosotros...

—Es verdad—respondió su marido—pero somos extraños en estas tierras, no lo olvides, todo lleva tiempo... y es necesario ser amables y agradecerles. Debemos ir. Sería descortés no hacerlo.

—No puedo hacer amistades, me lo habéis aconsejado, ni hablar con nadie... y ese reverendo ya se enteró de por qué huimos y si vamos a su casa nos harán preguntas.

—No, no sabe más que una parte y tuve que explicarle porque ninguno de nosotros sabe nada de cómo cuidar de una granja. Además, no es tonto, ha estado observándonos. Pero nos ayudarán... necesitamos ayuda hasta que podamos viajar al nuevo mundo. Solo allí estaremos a salvo.

—Pero es un viaje de meses, me da mucho miedo ir.

—Eso lo sé, pero es el lugar más seguro. Ahora no os hablaré de ello. No os prohíbo hacer amistades. Debéis mostraros sociable y hablar con algunas mujeres sin contarle nada de nuestra antigua vida por favor. Procura ser discreta y dejar que hablen, escuchar, antes que hablar. Y contar la historia que os dije.

—Pero las comadres de aquí se ven muy chismosas. En la vicaría me preguntaron si estaba esperando un hijo. Y cuando dije que no, se miraron como si fuera un bicho raro.

—Es natural, las mujeres de estas tierras son como en Provenza, querida, son pueblerinas y muy curiosas. Pero debemos hacernos querer un poco, ser agradables y participar de sus fiestas y eventos. Están organizando una partida de caza y pienso unirme.

—Sabes que aborrezco la caza.

—No tienes que participar, pero podrías hacer amistad con la esposa y la prima del reverendo, aunque sean damas mayores, se ven discretas y educadas.

—No será fácil para mí, tengo mucho miedo, Louis. Miedo a que ese demonio nos encuentre aquí.

Él se acercó y la envolvió entre sus brazos.

—No temas querida, todo cambiará... esto no es Francia, no hay nobles malvados aquí. No hay intrigas y lord Ponsonby nos protege y él es un benefactor de este pueblo y un hombre de gran bondad. Es una suerte que lo nombraran mi padrino en reconocimiento a la amistad que tuvo con mi padre. tener amigos en este país fue lo que nos salvó ese día nefasto, mon belle. Pero tranquila. Estaremos bien.

Él trataba de tranquilizarla, pero la dama lloraba con frecuencia. Estaba asustada, nadie sabía lo que habían sufrido pero su esposo había llevado la peor parte y él no se quejaba, él siempre era optimista y la reconfortaba. Pero ella se sentía indefensa, sentía que el mal acechaba y que no estarían seguros en esa aldea ni en ninguna parte, pero allí menos. No entendía por qué, pero estaba quebrada. Y ni siquiera su esposo sabía por qué. No tenía coraje para decírselo, pero pensó que lord Ponsonby había sido muy bueno al ayudarlos, pero no debió dejarlos en ese lugar. Era la aldea más escondida y tranquila, eso dijo, pero no notó que hubiera murallas, ni más que algunas cercas para protegerlos. Ni que decir que nadie allí debía tener más que palos y objetos de labranza para defenderse.

¿Qué harían si ese malvado llegaba a la aldea y decidía hacer justicia? ¿Quién los defendería? Destruiría todo sin que nadie pudiera detenerlo...

—Querida, nadie nos encontrará aquí... creen que hemos muerto, ¿lo olvidáis?

Era como si no lo escuchara. Seguía pensando en el pasado, en los momentos felices y en los más tristes. Como si no lograra reponerse de su tragedia. Como si no pudiera olvidar.

—Mon amour, debemos recomenzar, dejar atrás el pasado—le dijo él.

Pero ella no lograba adaptarse y no podía culparla.

De asistir a las fiestas más importantes de París, de pasear por Versalles junto a su esposo

a vivir en una aldea de campesinos.

Él en cambio se había adaptado pues vivió en el campo toda su infancia y sabía mucho más que ella de las costumbres del campo, pero Agnes, se había educado en un internado de monjas y siempre había vivido en París junto a su encumbrada familia.

El mundo era un lugar del que poco sabía, el mundo le había resultado aterrador cuando dejaron su amada Francia y viajaron en barco por el canal hasta realizar la odiosa travesía por tierra en la que fueron atacados por un grupo de bandidos.

Jamás imaginó que en un lugar como ese intentarían robarse a su esposa como buitres... para venderla a un caballero pues era muy hermosa dijeron.

El reverendo le había dicho que esas cosas ocurrían y que debía estar siempre atento en el pueblo porque la escasez de mujeres jóvenes hacía que muchos se dedicaran a venderlas a muy alto precio como esclavas. El alguacil poco podía hacer contra tanto bandido que había suelto.

No dijo nada de ello a su esposa, no quería asustarla, todavía no se había recuperado del susto y permanecía escondida casi todo el día.

La mansión de Grovenham Hill era muy antigua, una inmensa construcción de piedra y madera, al estilo tudor dijo con orgullo el reverendo que los acompañaba ese día con su esposa y su única hija Rosalie a almorzar.

De cierta forma fue un alivio tener tan magnífica compañía pues su esposo se había hecho muy amigo del reverendo, aunque ella no lograba encajar entre las damas de esa familia porque no era como ellas y porque además era demasiado callada para poder entablar una conversación fluida.

—Es un edificio formidable, aunque los condes lo han reformado—dijo el reverendo señalando los edificios modernos pegados al principal.

La dama francesa asintió, pero pensó que era como una casa rústica de campo y distaba

mucho de ser una mansión al estilo francés. Aunque los jardines en forma de Edén eran originales, y ese frondoso bosque circundante era el marco ideal para poder dar paseos a caballo y desaparecer.

—Pegada a la casa está la mansión del bosque, ya os hablaré de ella Margot—dijo Rosalie con una sonrisa pícaro.

Era una joven coqueta y muy rubia al estilo inglés y la había visto conversar en privado con el hijo del conde y se preguntó si no tendrían un enredo amoroso. Aunque supuso que los padres de la joven eran muy estrictos, quizás ellos tuvieran otros planes.

Notó cómo la joven se sonrojaba cuando apareció Duncan y fue entonces que la dama comprendió que era un joven guapo y fuerte como si lo viera por primera vez vistiendo una casaca de terciopelo, pantalones anchos, botas relucientes y unos ojos inmensos y brillantes tan tiernos...

Se sonrojó al verse descubierta y pensó que era una tonta al espiar a la hija del reverendo y a ese joven. ¿Qué pensaría de ella?

Pero su llegada causó tanta conmoción que el joven apartó la mirada y la dejó en paz y de pronto todos hablaron a la vez encantados de tenerles allí.

La joven permaneció apartada y silenciosa mientras observaba con discreción el gran salón y los bonitos muebles de roble. Era como una sala rústica en realidad y pensó que las casas de campo debían ser todas iguales, por eso no había encontrado ningún mueble decente para su propia casa. Todo era hecho por los artesanos locales y no se esmeraban demasiado o tal vez no conocían bien el oficio de ser fabricantes de muebles finos. Su esposo le había dicho que seguramente los mejores artesanos vivían en Londres.

A pesar de la sencillez de los muebles los tapices y alfombras eran una obra de arte y vio con sorpresa escenas medievales retratadas en ellos de antiguas hazañas de caballeros franceses en las batallas que durante años habían enfrentado a los dos reinos. Conocía bien esos tapices, su

padre tenía los mejores de Francia, rescatados del olvido y restaurados por bordadoras muy talentosas. Allí estaba escrita la historia, pero luego vio motivos que no conocía y fue Duncan quien al verla interesada le habló de su antiguo pueblo sajón de quienes eran descendientes su familia y gran parte del pueblo inglés.

Los bárbaros sajones, así los había llamado su padre, tuvo que ir nuestro Guillaume el normando para enseñarles a pelear a esos salvajes fundando una dinastía francesa que duraría cientos de años. La dinastía normanda.

—Conoce usted estos tapices verdad?—le preguntó.

La dama asintió.

—Mi padre era un gran admirador de los tapices que ilustraban las proezas de los caballeros de antaño.

Él la miró con curiosidad.

—¿Y sus padres aprobaban que huyera de su país, dama Dubois?—le preguntó.

La joven tragó saliva al comprender que se había delatado pues ¿qué granjero se interesaría por los grabados y tapices antiguos? Excepto uno que tuviera el oficio de restaurador y eso no lo hacía un granjero...

Duncan no dijo nada, solo le enseñó el resto de la mansión olvidando por completo a Rosalie y los demás invitados. Parecía ansioso de enseñarle sus tesoros. Los tapices que su padre guardaba...

Un inmenso tapiz con el rey Harold en la batalla de Hastings. Peleando como un león, inmenso, grandioso y Guillaume, el fiero guerrero normando, empuñando la espada mientras Harold lo atravesaba con su espada...

—Así no pasaron las cosas, milord—señaló la señora Dubois crispada por la falacia de ese tapiz.

El joven inglés sonrió.

—Bueno, en un momento dicen que Harold estaba venciendo a su feroz oponente en la batalla.

—Pero Guillaume lo cortó en pedazos, Monsieur.

El joven sir se puso pálido.

—¿Quién le dijo eso, señora Dubois?

Ella retrocedió sonrojada.

—Es lo que dicen en mi país.

En realidad, su padre lo sabía porque era un hombre erudito y además conocía bien el tapiz, lo había visto en Bayeux.

—Pues muy pocos conocen ese detalle y otros lo han negado. Pero la batalla dio origen a la leyenda de Guillaume el conquistador normando y fue un gran rey de nuestro país, aunque bastante cruel... su legado perdura a través de los años. Sus conquistas... en fin. ¿Qué importa tomarse estas libertades, señora y pintar momentos distintos de la gran batalla de Hastings? Sentimos mucho orgullo de nuestra historia y también de nuestros ancestros sajones.

Agnès se sintió aliviada de que él no le hiciera más preguntas.

Pensó que era un joven bastante culto para ser el hijo de un conde de provincias. Los nobles de ese país eran muy distintos a los de Francia, su esposo le había contado, y los imaginaba más sencillos y preocupados por sus ovejas y sus tierras linderas. Siempre había algún problema con los linderos y eso se lo había contado el reverendo. No fue difícil conseguir alguna información.

Pero pensó que debía ser más cuidadosa y no delatarse porque no eran más que granjeros franceses caídos en desgracia que necesitaban un lugar donde recomenzar. Un refugio...

Lentamente la joven regresó con los demás y se esforzó por permanecer silenciosa.

De todas formas, el almuerzo en casa de los condes fue una ocasión de acercarse a la

familia más importante del condado y mostrarse agradecidos y naturales.

Aunque fueron interrogados con cierta sutileza sobre su vida en Francia lograron evitar preguntas comprometedoras o incómodas sobre su pasado.

Madeleine la hija del conde fue la más curiosa, pero Agnès se esforzó en contar poco y huyó de su compañía mientras durante el almuerzo sentía la mirada insistente de ese joven y de pronto tenía la sensación de haberle visto antes.

Fue en su viaje de regreso, escoltados por los Anderson que recordó.

Ese joven había estado antes en la granja, pero no podía recordar...

Sus ojos su mirada había llamado su atención, pues entre tantos jovencitos rubios de ojos muy azules había uno de ojos castaños. Pero no era la mirada color oscuro de un joven francés o italiano, esos ojos eran brillantes e inocentes, dulces, como si fuera la mirada de un niño francés antes de crecer y convertirse en un hombre lo que le había resultado algo desconcertante.

En realidad, había visto esa expresión ingenua y confiada no solo en el hijo del conde sino en otros granjeros de más edad.

Se sonrojó al comprender que ese joven había estado en la granja espiándola disfrazado de aldeano, por eso le costó reconocerlo luego, llevaba una gorra y ropas de campesino.

¿O acaso había un aldeano parecido a ese joven?

No. No podía ser, era alto y corpulento y su mirada era especial.

Y había estado espiándola como los demás.

O tal vez era solo alguien que se parecía...

Apartó esos pensamientos pensando que tal vez lo había confundido con alguien.

Sin embargo, no volvió a verle espiando los días siguientes.

El frío fue menguando y pudo dar paseos y perder el miedo que había sentido desde la

llegada.

De pronto todos eran tan amables y los días de sol, aunque escasos le dieron ánimo.

Lo estaban haciendo bien.

Su esposo comenzaba a hacer amistades y siempre estaba atareado trabajando el campo.

Ella intentaba ayudar, pero sus pensamientos volvían a París.

Se moría por saber cómo estaba su familia, sus primas y todos aquellos que tuvo que dejar atrás ese día.

Aunque se esforzaba en realizar alguna tarea diaria la nostalgia la invadía a veces y se sentía triste.

El tiempo pasó y se sintió orgullosa de cómo su marido se había hecho amigos en esa aldea, participando en partidas de caza y cazando animales junto a otros granjeros. Aprendió rápido a administrar la granja pues era versado en letras y en números, y la amistad con el reverendo y el conde, los dos pilares de la comunidad prosperó, pero eso se debía no solo a sus modales encantadores y a su inteligencia, sino que necesitaba hacer algo más que cuidar de los cerdos o hacer números. Su marido era un intelectual que había participado en debates en París y disfrutaba mucho esas conversaciones de hombres instruidos para debatir asuntos que solo a ellos agradaban por supuesto.

Le agradó saber que el conde realizaba reuniones similares a las tertulias y a través de él conoció a otros hombres cultos de la aldea, caballeros de menor fortuna, pero con libros muy valiosos. Manuscritos y eso lo distrajo mucho de los problemas que todavía lo agobiaban.

Agnès en cambio hizo amistad con la hija del vicario, Rosalie Anderson y con la hija del conde lady Madeleine como se hacía llamar, aunque sabía que no era lady por un comentario que hizo Rosalie una vez. Pronto se hicieron cercanas participando de juegos de mesa, conversaciones y hasta les enseñó a bordar y otras labores de aguja como el ganchillo. Eso las divirtió bastante. Porque no eran jóvenes cultas ni les interesaba leer ni participar de esas

aburridas reuniones de intelectuales.

Lo único que incomodaba a Agnès era la presencia de Duncan .

Duncan se acercaba cada vez que iba a visitar a la señorita Madeleine a la mansión de Grovenham house y trataba de ganarse su amistad. La invitaba a dar paseos y eso fastidiaba a Madeleine que se veía relegada en los momentos más importantes por la intromisión de su hermano.

A ella también la incomodaba la forma en que ese joven de grandes ojos oscuros la miraba y buscaba quedarse a solas con ella. Eran más que evidentes sus intenciones y no entendía por qué era tan osado. ¿Esperaba convencerla de algo o lo hacía para saber qué tan lejos podía llegar?

Fue muy sutil por supuesto. Pero a medida que pasaban los meses se dio cuenta de que él tenía otras intenciones.

Una mañana lo pilló espiándola en la granja mientras daba un paseo y pensó que le daría un ataque.

—Sir Duncan —le dijo para hacerle notar que lo había visto.

Estaba escondido y no pudo evitar salir, lo vio saltar desde los setos como un duende y sonreírle.

La dama francesa se sonrojó.

—Lo siento. Creo que lo he confundido...

No era él, pero se parecía tanto... pero tenía la cara sucia por la tierra y una boina redonda muy graciosa. Sin embargo, sus ojos...

Lo vio sonreír de oreja a oreja.

—Lo siento, madame Dubois, no quise asustarla...

Era él, la voz... pero su atuendo... tragó saliva y no supo qué hacer ni qué decir. A él le

parecía muy gracioso.

—Es solo mi ropa de trabajo, señora, daba un paseo por aquí y decidí venir a verla. Lleva días sin visitar a mi hermana.

La dama miró a su alrededor inquieta.

—He estado atareada...—inventó. Pues su esposo temía que esa joven le sonsacara información.

Hasta ahora habían mantenido todo su asunto en secreto, pero él no dejaba de temer que ella abriera la boca. Habían discutido sobre ello días atrás. “Vas demasiado a la casa del conde, no me agrada... temo que esa joven...”

Quizás su esposo estaba celoso de Duncan . No era tonto y el joven no sabía disimular, cada vez que la veía era muy atento, demasiado y todos lo notaban.

—Bueno, pero espero que vaya a verla. Se aburre mucho en casa sin tener a sus amigas para conversar.

—Pero tiene a Rosalie y a Emily...

Y a otras señoritas de la aldea...

—Es verdad, pero ella la echa de menos.

La forma en que se lo dijo la hizo comprender que no era ella que la extrañaba sino él... allí estaba parado mirándola con una alegría y un anhelo...

No quería pensar que buscaba tener un enredo amoroso con ella.

Era una mujer casada. Pero lo vio tan feliz, no dejaba de sonreírle.

—Disculpe, debo irme... mi esposo me busca.

Era necesario que ese hombre supiera que no estaba interesada en aventuras. Y que tenía marido.

Eso frenó un poco su entusiasmo. Lo vio ponerse serio, pero solo se alejó un poco.

—Lo siento, no he querido ser tan insistente... es que es tan hermosa.

Ella se alejó al instante.

—Soy una mujer casada, sir Duncan .

—Por supuesto... pero le ruego que no deje mi amistad. Ni la amistad con mi hermana. Soy un caballero y sé comportarme. Lamento ... que pensara. Lo siento. Creo que he bebido demasiada cerveza—le dijo.

Ella no sintió olor a cerveza, solo notó que estaba algo avergonzado y sintió alivio de que se marchara.

Era un jovenzuelo tonto, no debía tomarse en serio sus palabras.

Pero de pronto notó que dejaba caer la gorra a la distancia y desaparecía como un duende en la espesura y huía en su caballo.

Había sido ágil y rápido y de pronto sintió curiosidad y se acercó para ver la gorra sucia tirada en el piso y ese chaleco de campesino y un pañuelo sucio con el que seguramente se limpió la cara.

Era como si usara un disfraz para ir a la granja pues a su alrededor había otros campesinos con el mismo atuendo. Todos parecían iguales, pero no lo eran...

Se había disfrazado para pasar desapercibido lo que le hizo comprender que no era la primera vez que lo veía allí. No se había equivocado, era él mismo vestido como los demás campesinos, el que tenía ojos oscuros y dulces...

Tragó saliva y se alejó y fingió que nada había pasado.

Por fortuna su esposo no la había visto y si alguien la vio conversar con ese joven debió pensar que se trataba de un aldeano.

Pero no solo había ido a espiarla como lo había hecho luego de haber llegado al pueblo, había ido a pedirle que fuera a ver a su hermana y que no dejara su amistad. Sabía la razón...

sabía por qué quería que regresara.

Su amistad con Madeleine parecía servir a sus propósitos.

Tenía que estar loco.

Esperaba haber sonado firme cuando le dijo que tenía un esposo.

Su esposo se dio cuenta de lo que pasaba, pero no dijo nada.

Ella era su esposa y le pertenecía, pero esa amistad creciente sí despertó sus celos pues comenzó a pedirle que le diera un hijo.

Agnès amaba a su marido, pero le tenía terror al parto. Tanto que le hizo prometer que no la dejaría preñada luego de su noche de bodas ni después. Era tan joven entonces...

Él se lo prometió, no quería que tuviera un hijo sin desearlo.

Era un hombre muy delicado y suave en la intimidad y se sentía agradecida por eso.

Ella solo se entregó a él cuando estuvo lista y lo hizo por amor, pero no era una esposa apasionada. Y evitaba la intimidad siempre que podía porque sabía que si lo hacían con frecuencia se quedaría encinta y ahora la aterraba más que antes. Pensar que podía tener un hijo en ese pueblo perdido de Dios, lejos de su país y de su familia la deprimía.

Tampoco disfrutaba demasiado esos encuentros.

No creía que fuera placentero más que para el hombre realizar el acto carnal.

No lo dejaba que le hiciera esas cosas que la asustaban y avergonzaban.

Lo había intentado por supuesto, pero al final se había rendido.

Debía contentarse con el acto de procreación, con verla desnuda y acariciar sus pechos, pero jamás podía adentrar sus besos a la zona prohibida.

Y su esposo se moría por hacérselo.

Y sufría porque ella no se dejaba y siempre volvía a intentar otros juegos, pero la joven se

negaba.

Para ella la intimidad era algo que hacía porque sabía que debía cumplir con sus deberes de esposa. Pero no era una mujer ardiente, a pesar de ser hermosa y tentadora y tener todo lo que debía tener una mujer para enloquecer de amor y deseo a un hombre, no era apasionada. Una carita angelical, delicada, dulce, pechos redondos y delicados y caderas fuertes, un talle perfecto, pero solo se dejaba abrazar y acariciar, nada más.

Con el tiempo se habían distanciado y ahora evitaba tocarla muy seguido porque ella no quería tener un bebé en esa aldea pobre y helada. No quería crear a su retoño en esa casa.

Así que se esforzaba por no mojarla, por retirarse a tiempo y eso le costaba y esa noche, furioso al ver que un codiciado heredero no perdía de vista a su mujer, loco de celos no pudo contenerse. Ella era suya, su mujer, y no dejaría que un aldeano le hiciera un bastardo. No pensó en eso en realidad, fue la excusa, se lo dijo y ella lo miró inquieta y molesta.

—No vais a dejarme preñada Louis, lo prometisteis.

—Tal vez lo haga, para que dejen de acosarte pensando que no soy vuestro esposo sino un tutor. Si os ven con un bebé en el vientre tal vez dejen de venir a espiarte o a pensar que pueden robarte de mi lado porque no soy capaz de dejar preñada a su esposa.

Ella lo miró furiosa.

—No tendré un niño aquí, no me importa lo que digan esos aldeanos con cara de duendes. Los odio a todos por decir esas tonterías.

Rara vez su esposa decía odiar a alguien o se burlaba de su aspecto, debía estar muy alterada o asustada.

—Soy tu marido y os amo Agnès, siempre os he amado y os he sido fiel. Si os pido un hijo es vuestro deber dármelo. Nunca os he pedido nada—le reclamó.

Ella se quedó mirándole atónita. Su pedido no podía ser más inoportuno.

—Nunca me habéis pedido un hijo, ¿por qué lo hacéis ahora? Moriré en el parto, este

lugar es horrible y no hay un solo doctor en esta aldea—le respondió nerviosa.

—¿Por qué pensáis eso? Sería un buen comienzo.

—Si me embarazas ahora quedaré atrapada en este lugar y lo odio... sufro... sufro mucho de pensar que moriré aquí y os quedaréis solo con un bebé que cuidar.

Él secó sus lágrimas y la besó y abrazó para hacerla suya de nuevo. Su miembro aguardaba caricias y placer que siempre le eran negados, jamás le habría pedido algo así a su esposa, la respetaba, pero copular era su único goce y quería tenerlo y culminar, hacerla suya sin que le quitara también esa satisfacción. Era suya y no permitiría que ningún mancebo insolente intentara robársela.

Louis no era tonto. Había notado las miradas de deseo de ese joven caballero, pero lo creía muy verde para intentar algo con su esposa. De todas formas, no le gustaba nada esa amistad y permanecía alerta.

Pero comprendió que tenía razón. No era un buen momento para tener un hijo. No sabía cuánto tiempo más se quedarían allí y un niño los obligaría a quedarse más tiempo del necesario. Había sido una tontería hablar de ello.

Pero Agnès no quería tener un hijo y comenzó a evitar esos encuentros. Le pidió tiempo...

—Todavía no sabemos si nos aceptarán, si podremos prosperar o volver a nuestro país un día.

Soñaba con regresar, extrañaba, aunque nunca se quejara de nada.

Él se alejó molesto y malhumorado.

Su esposa no quería que la tocara y eso le dolía, no podía soportarlo.

La amaba tanto. ¿Cómo podría esperar una semana entera para tocarla?

No podría soportarlo.

¿Por qué le hacía eso?

Era un hombre ardiente que se conformaba con una esposa se dejaba acariciaba, pero no se entregaba a él por completo. Pensó que con el tiempo perdería un poco su timidez y el miedo, pero llevaban seis años casados y todo seguía como antes. O peor...

Un día se le acercó una guapa moza mientras se daba un baño en el río.

Había visto antes a esa bella joven rubia y sabía que ella también lo miraba. Siempre le sonreía y hablaba con él.

Pero él era un hombre respetuoso.

Jamás habría tocado a una mujer de esa aldea, tenía esposa y siempre había sido fiel. Hasta cuando estuvo en ese infierno de belleza y lujuria llamado Versalles y él rey en persona quiso agasajarlo con una de las más guapas meretrices de su corte.

Solo Dios sabía lo que le había costado resistir a esa hermosa mujer besándole y provocándole en su habitación.

Era un hombre leal, no le haría eso a su esposa.

Además, estaba nervioso por algo más.

Si había resistido a la bella madame Blanche así que bien podía alejarse de la guapa mujer que lo miraba.

No podía entender por qué llamaba la atención de esas aldeanas. Quizás porque era francés y cetrino, y allí todos eran rubios y muy blancos.

Pero al salir del agua ella estaba allí mirándolo con una sonrisa. Se había acercado y estaba medio desnuda y era una mujer formada y rolliza.

Le gustaban las mujeres así, rubias y con encantos, pero eso era incómodo para él.

—Señora, por favor. Tengo esposa y usted un marido. Le ruego que se vista y me deje en paz ...

Ella sonrió y se quedó dónde estaba.

—Mi esposo es demasiado viejo señor francés, no puede darme un hijo. Quizás usted pueda.

—Pero usted tiene hijos, señora. ¿Cómo puede ser tan descarada?—dijo Louis molesto pero excitado por la belleza de la campesina.

Se dio cuenta de que debía tener más de veintisiete años, aunque se viera menor. Su cuerpo era de una mujer.

—Entonces me ha mirado—dijo ella. El gesto de boca expresaba deseo y lujuria.

Él se vistió con prisa nervioso, ansioso de terminar esa conversación y alejarse.

—Conozco un lugar donde podríamos besarnos y conversar señor francés. Solo una conversación. Lamento haberlo asustado—dijo y se vistió con prisa mirándole a hurtadillas.

Era la esposa de uno de esos granjeros, no recordaba su nombre, pero la había visto antes.

Ella se alejó y se pavoneó y él pudo ver que era una mujer hermosa y delicada.

—Está loca, ¿es que no piensa en su marido?

—Mi marido ya no puede tocarme. No sabe satisfacerme. Bebe todo el día y duerme. Me aburro...—le confesó ella con una sonrisa traviesa y juguetona.

Era como una sirena tentándolo con su bello cuerpo.

Hacía días que esa mujer lo buscaba.

Le coqueteaba y parecía querer algo.

No sabía qué por supuesto. o sí lo sabía, pero lo asustaba.

No caería como un tonto y que todos dijeran que el francés era un depravado que retozaba con la mujer de un granjero.

Tomó su caballo y regresó a casa pensando que por un momento casi había deseado seguir a la esposa del granjero a la misteriosa cueva y copular con ella y ver hasta dónde podía llegar.

Hacía tiempo que no sabía lo que era disfrutar con una buena hembra como esa, era prometedor, por cierto, tan guapa.... Su vida conyugal siempre le había provocado insatisfacción hasta que se alejó y tuvo problemas más serios que resolver.

Quizás esa muchacha era una trampa.

Alguien quería dejarle mal parado o someterle a esa prueba para saber si era digno de ser aceptado en la aldea. No era tonto, todos lo vigilaban a él y a su esposa. especialmente a su mujer porque era guapa y tenían no sé qué pretensiones.

Le dio fastidio llegar a almorzar y descubrir un montón de aldeanos ayudando a sembrar la tierra, y también a cubrir todo de fino alambre.

Eran voluntarios enviados por el reverendo, pero había un grupo de pícaros que se escurría por el campo y buscaban la manera de espiar a su esposa.

Molesto al encontrar más de seis apostados cerca de las cocinas y escurriéndose un poco más, los sacó a gritos de su casa y todos huyeron como ratones. Eran tantos que se sintió impresionado. Eso era como el cuento del flautista de Hamelin. Un montón de ratas que seguían al flautista antes de ser atrapadas y enviadas muy lejos. Eran más de diez, veinte...

Y todos corrían a distinta distancia y luego se iban por distintos caminos tomando sus caballos. Como ratones, como gnomos del bosque escondiéndose entre la hierba.

En su ausencia iban a espiar a su esposa y no era la primera vez que lo hacían, maldición. Eran como mozuelos tontos atontados al ver a una dama guapa y no había manera de impedir que fueran. Allí estaban fingiendo ayudar a cercar la granja, pero solo habían ido a espiar a su dama.

Entró furioso a la casa y descubrió que su esposa estaba bañándose en la bañera pues no

se atrevía a hacerlo en el río.

Ella lo miró sonrojada al verlo entrar.

—¿Acaso os habéis bañado desnuda?—le gritó como si hubiera cometido un crimen.

Su esposa lo miró ruborizada.

—¡Claro que no!—exclamó Agnés molesta. —Sabes que jamás me desnudo frente a los extraños. Es pecado. ¿Por qué estáis tan alterado? ¿Qué ha pasado?—le preguntó con total inocencia.

—Estaban aquí, espiándote. Un montón de hombres. Asomados esperando veros en un momento tan privado como el baño.

—OH no puede ser... es horrible—respondió ella y luego lo miró—Es vuestra culpa, no habéis colocado cortinas en las habitaciones. Cuando la señora del reverendo se ofreció a confeccionar cortinas os negasteis. Hasta me ofreció unas que no usaba, pero vos pensasteis que eran muy sencillas.

—Yo me negué? Pues no lo recuerdo, no sé en qué estaba pensando. No es mi culpa. Juro que olvidé ese asunto. Además, ellos no deben mirar aquí. ¿Cómo se atreven? Os acechan como buitres y son un montón... no son simples muchachitos imberbes.

—¿Pero estáis seguro de que estaban espiándome?

Rezaba para que ese joven no estuviera allí, porque si su esposo lo veía... no quería tener problemas con esa familia eran muy importantes en la aldea.

Él la miró molesto.

—¿Acaso creéis que me lo he inventado?—le dijo.

—No... pero tal vez solo estaban allí ayudando. Son unos críos, Louis. No les deis importancia.

—Pero su comportamiento es inadecuado. No son críos, son muchachos jóvenes.

Imberbes algunos, pero otros tienen más edad. Corrieron como ratas al verse descubierto y lo peor fue que vinieron aquí para ayudar... pero se escondieron para espiar, eso hicieron.

—No pueden verme aquí. La habitación no tiene ventanas de todas formas.

Agnès pensó que su marido exageraba y se lo dijo.

Él la ayudó salir del baño y luego la ayudó a vestirse y la vio desnuda y su deseo se hizo furioso. Ella lo notó y se puso colorada.

—Aquí no... pueden vernos. Por favor.

Su esposo la ayudó a vestirse y luego se alejó pues estaba demasiado indignado con lo que acababa de presenciar. Su esposa dándose un baño y un montón de duendes en el bosque espiando.

Habría deseado sacar su arcabuz y comenzar a disparar. Era una falta de respeto a él y a su esposa que hicieran eso y no pensaba tolerarlo.

El reverendo recibió las quejas del furioso francés ese mismo día en su casa y comprendió su enfado.

Trató de apaciguarle

—Por favor, señor Dubois, no pierda los nervios. Son muchachos... por supuesto que debe usted realizar el cerco y evitar que esto vuelva a suceder... podría darme sus nombres.

—Eran muchos. Pero creí reconocer a muchos de los aldeanos que acuden al oficio el domingo.

—Haré una investigación, señor Dubois, por favor no se inquiete. Debe tomarlo con calma. No ha sido nada grave. No se han acercado a su esposa ¿verdad? Ni han intentado...

—No, por supuesto... pero no es correcto, no es una conducta apropiada señor Anderson. Parecían buitres acechando a su presa.

El reverendo estaba muy avergonzado.

—Oh por supuesto, es inadmisibile. Le ruego que me dé tiempo para que investigue esto y hable con mis feligreses. No es correcto, pero suelen mirar a las muchachas del bosque, no creo que todos estuvieran buscando ver a su señora esposa. Hay mujeres que se bañan con escasa ropa en el río y siempre encontrará jovencitos tratando de verlas, pero jamás harían daño a una mujer, se lo aseguro, señor Dubois. Son muchachos...

—No vi a ninguno cerca del río y eso que hoy fui a bañarme. Pero al llegar a mis tierras encontré a un montón de jóvenes escondidos en el campo como duendes y se echaron a correr cuando los grité. Conté más de diez, señor Anderson, pero sé que eran más pues luego salieron otros de la espesura como pequeños duendes saliendo de los árboles. Y le aseguro que no es la primera vez, por eso he decido cercar la casa y los alrededores. Los he visto antes y de nada sirve que les diga que abandonen mis tierras porque creen que esos campos son de todos y pueden hacer lo que les plazca.

—Eso no es correcto, el conde le ha cedido esas tierras, señor Dubois. Son suyas ahora y no pueden invadirlas. Mucho menos para espiar a su esposa, aunque sospecho que tal vez estuvieran cometiendo alguna travesura.

—No vi a ninguna dama que huyera cuando grité, señor Anderson.

El reverendo guardó silencio y dijo que lo hablaría con cautela.

—Hablaré con ellos, señor Dubois. Pero no tema, son jóvenes traviesos, pero no le harían daño a una dama casada ni a una joven. Es la edad del tonto, de mirar mujeres ... lo hablaré en el sermón del próximo domingo.

—Creo que debe dar un mensaje más contundente a su rebaño, señor Anderson.

—Escuche, comprendo su enfado, pero debo hablarle de algo... No es de los aldeanos de quien debe cuidar a su esposa.

Esas palabras lo crisparon en el acto.

—¿De qué habla, señor Anderson?

—De los hombres del norte, los bandidos que asolan los caminos. En el pasado se llevaron a nuestras mujeres y por eso no es prudente que ninguna vague sola por los bosques al caer la tarde, señor Dubois. Sé que su esposa no da paseos, pero en realidad debe estar alerta por lo que acabo de decirle y advertirle al respecto. Cuide a su esposa, señor Dubois. No la deje salir sola. Sé que no es sencillo para ella quedarse encerrada pero no quisiera que le hicieran daño los hombres del norte. Se han llevado a alguna de nuestras mujeres en el pasado y siempre aprovechan el mal tiempo o una fiesta campestre.

El señor Dubois se crispó cuando escuchó hablar de raptos.

—Vaya, pensé que este era un lugar seguro, que mi esposa estaría a salvo aquí señor Anderson.

—Debe cuidar de ella, señor Dubois, sé que está muy atareado, pero no es necesario que trabaje ya las tierras. Ha hecho demasiado... los colonos han cultivado estas tierras durante años y no tardarán en dar sus frutos.

—Pero la vida en el campo exige dedicación, señor Anderson y deseo retribuir al conde lo que ha hecho por nosotros. Me ha regalado esas tierras y sé que debo aprender...

—Oh no se preocupe por eso—le interrumpió el reverendo—si quiere agradar al conde participe de sus partidas de caza y asista a sus tertulias. Le agrada usted, es un hombre de conversación muy interesante. No hay prisa por lo demás, todo está regido por un proceso de siembra y cosecha y los animales están bien cuidados. Solo le aconsejo que deje a los criados cuidar de su esposa y acompañarla cada vez que salga. No es bueno que una dama casada camine sin escolta. Es peligroso. Durante años he sido el pastor de este rebaño, pero nunca falta una oveja descarriada y su esposa es muy hermosa, muchos sueñan con tener una esposa así de bella y otros la miran con lujuria. Por su propio bien, deje guardado a su señora en su casa.

—Pero ha estado encerrada desde nuestra llegada, es una mujer joven y creo que necesita

hacer amistades. Dar paseos por la hermosa pradera, sé que eso la agrada. No puedo dejarla encerrada. No soy esa clase de marido. Además, mi esposa solo sale a dar paseos cortos y eso no justifica que estén espiándola.

—No lo harán, hablaré con ello, pero su esposa debe llevar escolta, señor Dubois. Es una dama casada y además es lo correcto. Casada o soltera, ninguna mujer sale sola. Hasta las campesinas salen en grupo con sus amigas y algún familiar hombre.

—Eso lo entiendo, por supuesto.

El francés se fue bastante irritado de casa del reverendo, pero no dijo nada.

Pero al llegar habló con sus amigos franceses Pierre y André de lo que había visto ese día

—Somos pocos, Monsieur Dubois, pocos para vigilar esta propiedad, pero hemos expulsado a la mayoría de los mirones.

—¿Son hombres o muchachos?—quiso saber.

—Son mozalbetes tontos y espían a las jóvenes que se esconden a retozar en estas praderas en la mañana o al mediodía.

—¿Quieres decir que hay mozas retozando en mis tierras?—el francés estaba escandalizado.

—No están aquí en realidad, pero a unas pocas millas. Son mozas que se divierten con sus enamorados y algunas lo hacen por dinero. Lo hemos notado... pero también vigilan a su esposa señor Dubois y eso es lo más preocupante.

—¿Pero desde cuando vigilan a mi esposa?

—Casi desde nuestra llegada, pero tardamos en notarlo. Son pocos. Los hombres que vio hoy seguramente estarían viendo algo que alimentaba su lujuria... es la edad de la fantasía, aunque supongo que buscan una muchacha con quien retozar por unas monedas y luego permanecen escondidos esperando su turno. Se avisan entre sí.

—Eso es inmoral. No puedo permitirlo. Es peor de lo que creía... pero al menos me alivia saber que no era a mi esposa...¿ por qué rayos la vigilan? Esperan que ella...

—No Monsieur, solo la miran porque es una belleza exótica, eso dijo uno que atrapé. Que no desean hacerle ningún daño, pero la miran porque es muy hermosa. Como miran a otras mozas guapas en el bosque. Algunos son muy jóvenes, aunque a estos aldeanos es difícil saber su edad.

—¿Y qué rayos pasa con el cerco? ¿Por qué no avanza?

—Ahora se han ido a almorzar.

—¿Y dónde está Jules?

—Jules fue a hacer una recorrida por los campos.

—Pues si lo veis decidle que quiero hablar con él. Está hecho un holgazán.

Fue a buscarlo él mismo para decirle lo que pensaba, hacía tiempo que notaba que su amigo Jules Lambert se iba sin decir a donde y no ayudaba en nada en la aldea.

Mientras lo buscaba por los alrededores espoleó el caballo y fue al río porque siempre lo veía allí en las horas libres.

Y de pronto sintió risas y voces y se acercó y vio a Jules muy entretenido con la moza que momentos antes lo había invitado a su cama.

Las risas pararon cuando él se inclinó para besar el pequeño triángulo de la muchacha cubierto de vello con la desesperación de un loco y se quedó viendo el cuerpo desnudo y blanco de la rolliza joven, las caderas anchas, la cintura más estrecha y los pechos inmensos. Nada quedó sin besar mientras liberaba su miembro y le exigía caricias.

Ella sonrió y en un momento el miembro de su amigo se perdió en los labios rojos de la mujer hasta que luego se perdió en ese delicioso rincón. Pensó en su esposa porque su cuerpo se parecía, aunque Agnès era mucho más delgada y tembló de rabia y frustración al ver que su amigo estaba retozando a sus anchas con la moza y descuidaba sus deberes. Maldita sea. ¿Eso

era lo que hacía todos los días en las tardes cuando desaparecía?

La misma mujer que momentos antes lo había invitado a su lecho ahora se consolaba con su amigo quien había vuelto a deleitarse con su feminidad antes de volver a retozar... maldito. Sintió tanta rabia entonces, tanta frustración.

Pero sin hacer ruido decidió largarse.

Se sintió como uno de esos duendes escondidos en los bosques mirando.

Estaba molesto no solo por lo que acababa de ver sino por lo que acababa de perderse.

Hacía tiempo que no disfrutaba así con una mujer maldita sea, si al menos su esposa no fuera tan tímida y se entregara a él como una verdadera mujer... no entendía por qué no había florecido todavía, no había dejado de sentir pudor y miedo cada vez que intentaba deleitarse con esas caricias.

Era como un tesoro que escondía de él, un tesoro cerrado con siete llaves, un tesoro que él se moría por poseer, saborear, disfrutar para que supiera cómo era el goce y luego deseara que la tocara. Sabía que las damas jóvenes tardaban en madurar en ese sentido, pero esa moza tenía la edad de su mujer y era ardiente como el fuego. Por eso tenía tan loco a Lambert... pero por qué lo buscó a él si...

—Monsieur Dubois, ha regresado—dijo una voz y entonces vio que la misma joven que había estado con su amigo momentos antes estaba allí cerca del otro extremo del río, escondida en el bosque esperándole.

Detuvo su caballo en seco asustado y eso hizo a la joven caer y golpearse y eso lo asustó. Lanzó una exclamación y saltó del caballo, lo ató y fue a ver si estaba viva.

La joven rubia de larga cabellera sujeta por un modesto gorro blanco estaba bien, solo se había desmayado al golpearse contra la hierba. Despertó y sonrió al verlo preocupado. Realmente vivió momentos de terror al verla allí tendida, pero de pronto notó que era distinta a la otra mujer, más joven y delgada, pero estaba segura de que era la muchacha que lo miraba.

Abrió sus grandes ojos azules y tiernos y le sonrió.

—¿Se siente bien?

Ella asintió y él le preguntó por qué...

—¿Quién era la joven que estaba en el río? Se parece mucho a usted.

La guapa moza sonrió.

—Es mi hermana mayor Anne, nos parecemos, pero ella es la amante de su amigo Lambert.

Lo sabía.

—Pensé que ...

—No, no era yo, soy más joven y guapa... —dijo y con coquetería le sonrió y le dijo que la llevara a la cueva.

—¿Puede andar?

—Creo que sí, señor francés.

La ayudó a caminar hasta la cueva y entonces comprendió por qué lo había llevado allí. Era un lugar oscuro y privado y allí lo besó en la oscuridad y él tembló de deseo al sentir ese beso ardiente y apasionado.

Había visto antes a esa joven, era una de las que seguían sus pasos, pero sabía que no era correcto. No debía...

Pero ella fue rápida y se tendió desnuda en la hierba usando una manta que allí había escondida y su vestido para invitarle a que la tomara.

Era una joven hermosa, muy parecida a su hermana, pero más delgada y sin pensarlo se acercó y la besó. La besó con la desesperación de un loco y mientras lamía su rincón más íntimo perdió la cabeza. Era dulce, era deliciosa, y estaba húmeda y lista para ser tomada pero antes quería deleitarse como un demonio con esos juegos.

Ella no tardó en complacerlo y le quitó el pantalón con prisa para liberar su miembro y brindarle esas caricias que lo volvieron loco y desesperado.

Placer inmenso y lujurioso, placer sublime, caricias húmedas, los hermosos labios de una mujer meciéndole con suavidad mientras engullía un poco más de su miembro y lo llevaba... al cielo. Cuánto lo necesitaba y luego retozar sin parar como un demonio, una y otra vez... imaginando que era su esposa perdió el control.

Una y otra vez copularon y desparramó su semilla en su interior. Era tan deliciosa y estrecha. Y gemía y gritaba como una gata disfrutando cada caricia, cada embestida. Era toda una mujer, como debía ser una mujer apasionada como las amantes que tuvo antes de enamorarse de Agnès...

Solo cuando todo terminó supo que había cometido una locura, pero diablos, no había podido contenerse, era tan débil... pero si alguien se enteraba pensarían que era un lascivo, un desgraciado que se aprovechaba de una guapa moza de la pradera.

Estaba loco.

La guapa campesina se vistió y sonrió feliz totalmente ajena a sus pensamientos, parecía estar en su propio mundo. Era tan hermosa, tan delicada...

—Es usted un hombre de fuego francés, y creo que no ha tocado a una mujer en años. Esa joven no es su esposa, de eso estoy segura...—dijo de pronto mientras movía sus labios carnosos con coquetería y terminaba de vestirse con su ayuda.

Él la miró aturdido.

—Lo lamento, esto no debió pasar—le dijo.—No soy esa clase de hombre... yo le pido perdón y...

Y de pronto sacó unas monedas de su bolsillo.

—No soy una ramera Monsieur, soy la esposa de un hombre mayor que bebe y ya no puede tocarme. Pero a él no le importa que tenga amigos. Me adora, ¿sabe?

—Eso no puede ser, no es verdad... yo no soportaría que otro hombre tocara a mi esposa.

—Si tuviera esposa, pero creo que no la tiene—la joven dejó escapar una risita burlona—
Supongo que los rumores son ciertos, ella no es su esposa, es su protegida... pero no tema, su secreto está a salvo conmigo.

—¿Por qué dice eso, muchacha? ¿Qué le hace creer que no es mi esposa?

—Es lo que todos dicen. Se ve muy mayor para una dama tan fina... y, además, parecen amigos o parientes. Nunca los he visto besándose ni tampoco...

—Eso no es verdad, es mi esposa y creo que cometí un error, pero no volverá a pasar.

—No tiene que volver a mí si no quiere, Monsieur. No diré nada. No tenga miedo. Tengo esposo y debo ser discreta.

—¿No siente pena por su marido, señora?

—Me casé porque era amigo de mi padre y había perdido a su esposa hacía años. No tenía más familiares vivos. Necesitaba compañía porque se sentía solo. Lo había perdido todo. Dijo que nunca me tocaría y no lo hizo. No podía hacerlo. Ya no era un hombre como los demás. Estaba muy enfermo, pero he sido una buena esposa. Siempre he cuidado de él. Pero no puede darme lo que una esposa necesita y yo tenía un novio con el que mis padres no me dejaron casarme. Lo quería mucho y tuve dos hijos con él, pero luego me dejó para casarse con una mujer que escogió su familia. Eso me dolió... estaba furiosa. Dejó de visitarme y me sentí desolada y luego de eso nada me importó. Soy una mujer discreta y todos piensan que mis niños son de mi esposo y él se siente feliz de presumir a mis hijos como si fueran suyos. No se parecen mucho a él, pero no importa. Es un hombre solo y está muy enfermo ahora. Durante años le he cuidado, pero estoy harta de hacerlo, necesito alejarme y distraerme... se ha vuelto mayor de repente y a veces me cansa.

—Lo siento... es una pena que no la dejaran casarse con el hombre que amaba.

—Eso ya lo olvidé, señor francés. Quedó en el pasado. El amor es efímero, todo es

efímero, la vida lo es... él no me amaba o habría luchado por mí. pero solo quería lo que todos desean.... Retozar y disfrutar porque soy una mujer joven y hermosa. Nada más.

—Señora, lamento mucho que sufra, pero no puede esperar nada de mí... esto ha sido un desliz, un error. Nunca he engañado a mi esposa y ella no debe enterarse. Se lo ruego. No soy más que un forastero aquí y...

—No tema, no diré nada... pero si quiere estar conmigo puede buscarme. Sabe cómo complacer a una dama y es todo un hombre. Lo he observado. Es distinto a los hombres de aquí.

Había estado mirándolo con atención desde su llegada, le gustaba todo de él, sus ojos azules, su cabello oscuro con algunas hebras blancas, y su porte de caballero. Decían que no era quien decía ser y que su esposa en realidad era una prima o un familiar caído en desgracia y él la había llevado allí para protegerla. Fingían ser un matrimonio, pero decían que dormían en cuartos separados y ahora mientras lo veía vestirse con prisa pensó que esos rumores tenían algo de verdad.

—No puedo volver aquí, no es correcto. Soy un hombre casado, madame.

Ella le respondió con una sonrisa mientras se acomodaba el corsé.

—Señora, no deseo dejarle un bastardo. Espero que pueda...

La joven sonrió.

—Puede ir tranquilo, sé cómo evitar quedar preñada, francés—le respondió.

Él se alejó y le entregó un ramo de flores. Se sintió tonto, pues ella rechazó sus monedas y él no insistió. Solo quería alejarse de allí y olvidar lo que acababa de hacer.

Al volver a casa se dio un baño y estuvo un buen rato allí. Olía a esa hermosa mujer y se sentía saciado y en paz. Atontado era la palabra. En las nubes... no dejaba de pensar en ella. Qué criatura tan bella y dulce acababa de tener en sus brazos, dulce y hermosa... una verdadera mujer que sabía cómo entregarse a un hombre y brindarse por completo...

Pero luego de salir de esa nube se sintió atormentado.

No era la primera vez que engañaba a su esposa, y cuando se enteró hubo un lío horrible, y por ello habían tenido que abandonar Francia, en parte... Fue un estúpido entonces y había vuelto a caer en la tentación de una hermosa dama ansiosa de complacerle y ahora no dejaba de pensar en esa joven guapa y rubia y aunque dijo que no volvería a verla, ahora temblaba al pensar que alguien pudo haberle visto.

Si su esposa se enteraba...

Si uno de esos fisgones que merodeaban por las praderas, esos duendes del bosque lo habían seguido ese día...

Se sintió muy mal esa noche. No pudo dormir. ¿Qué locura había hecho? ¿Por qué rayos se había dejado llevar así por la tentación?

No lo sabía, pero se juró a sí mismo que no volvería a pasar.

Todos hablaban de la fiesta de mayo, el primero de mayo sería la fiesta tan esperada del pueblo. La fiesta a una diosa pagana y todos hablaban de ello.

Agnès supo que no solo sus criados se preparaban para asistir a la fiesta sino todos los aldeanos, incluyendo a los más encumbrados.

No era como la fiesta de la vendimia en su país, era una fiesta de primavera celebrando la época de cosechas y también habría ofrendas a la diosa de la fertilidad. La antigua diosa pagana a quien llamaban madre naturaleza. Era una oportunidad de agradecerle la buena cosecha, los retoños y también celebrar que dejaban atrás el crudo invierno.

Una de sus criadas, Mary no dejaba de hablar de la fiesta de mayo.

—Habrà disfraces, se beberà cerveza y también habrá pasteles y un baile. Imagino que asistirá con su marido, señora Dubois.

La joven dama lo negó con un gesto.

—Mi esposo dijo que era una fiesta pagana, Mary.

La criada puso cara de espanto.

—Pero es una gran fiesta señora, es tan alegre y divertida... debe ir o el conde se ofenderá.

—¿Sir Anthony?

Su criada asintió muy seria y mientras aseaba las habitaciones no dejaba de hablar de la fiesta.

Agnès sabría que su esposo no querría ir.

Estaba de mal humor esos días, enfadado con su amistad con los hijos del conde. La noche anterior habían tenido una discusión.

—Hay rumores sobre tú y sobre él, mon belle.

Solo en privado la llamaba así, por su verdadero nombre.

Tembló al recordar esa conversación.

Aunque hablaran en francés temía que alguien más hablara de ella y del hijo del conde.

Su esposo la había confrontado sin piedad.

—Dicen que os veis a escondidas cuando vais a visitar a la señorita Howard.

Agnès quiso que la tierra se la tragara, se puso muy incómoda y colorada. No porque fuera culpable, maldita sea, no lo era, solo le molestaba que su marido pensara esas cosas. que la creyera capaz de serle infiel.

—Eso es mentira, Louis—le dijo temblando.

Intentó mostrarse firme, indignada, pero por dentro temblaba como una gelatina. Ella misma se sentía como un flan de leche y jengibre.

Y su marido debió notar algo porque la miró y se le acercó.

—¿Estáis segura de eso? Porque los rumores crecen mon amour.

—¿Rumores? ¿Qué rumores? ¿Crees que podría seros infiel, con ese joven que además es el hijo de nuestro benefactor?

—No, no lo creo por supuesto, pero sé que no os pierde pisada. Y por eso os pido que pongáis una pausa razonable a vuestra amistad con su parlanchina hermana.

—Pero querido, eso sería muy descortés y os aseguro que ese joven siempre se ha comportado como un caballero.

—Porque supongo que no ha tenido oportunidad de comportarse de forma diferente.

Ella lo miró perpleja, no entendía por qué su marido de repente se había convertido en un hombre celoso y malhumorado. Era como si ese lugar lo cambiara y no podía entender por qué.

—Pero debo alejarme de forma gradual, Madeleine siempre me invita Louis. Y es mi única amiga, ella y Rosalie...

Pero Rosalie no era tan alegre y divertida como Madeleine. Además, sospechaba que estaba interesada en Duncan y por se había alejado de ella, como si pensara que tal vez tenía algún interés en... era absurdo. Todo era tan absurdo...

Su esposo comprendió que no podía acusarla de esa forma.

—Querida, solo ten cuidado con ese joven. Confío en ti, sé que sois una buena esposa, pero no olvidéis que ese joven os mira con otros ojos y que los ingleses no son tan inocentes como parecen.

No, no lo eran... pícaros y traviesos. Siempre fisgoneando y mirándola a hurtadillas, aunque su esposo hubiera puesto un cerco se las ingeniaban para pasar y verla dar paseos a media mañana.

Tampoco podía vivir encerrada.

Se sintió inquieta al recordar esa conversación.

Sabía que él nunca le haría daño. Era todo un caballero. Era tan amable y gentil, tan

encantador... su voz, sus maneras...

Días atrás la había llevado a recorrer los lugares más recónditos de la mansión, hogar de los condes de Graham y se ruborizó al recordar esa casita escondida del bosque donde su abuelo había llevado a sus amantes en sus años mozos para que tuvieran sus bastardos y vivieran allí.

Fueron tres en total y los niños luego fueron criados por sus parientes.

El lugar tenía un encanto especial, era una casa en medio del bosque y ella se imaginó a los amantes retozando en esa cama inmensa y mullida y casi lo deseó...

Notó que Duncan reía al contar las hazañas de su abuelo, pero ella pensaba, ella lo veía a él como el patriarca de los condes de Grovenham, alto y fornido, enamorando a todas las campesinas de la aldea, dejándolas preñadas sin esfuerzo...

Luego se sintió atormentada por tener esos pensamientos. Por pensar en él con tanta frecuencia.

No podía evitarlo, y al parecer algún cretino se había ido de lengua al decir que ellos eran amantes. que tenían un entendimiento...

Pero Duncan nunca la había tocado. Ni siquiera había intentado besarla, pero sí la había mirado con intensidad mientras ella fingía no notarlo.

Era tan educado y bueno que con él se sentía a salvo y en paz... y no podía entender se sentía así con un joven al que había conocido hacía escasos meses.

Se alejó para pensar en esa conversación.

En esos encuentros.

Estaba molesta porque su marido le había pedido que no fuera a la mansión de los condes de Grovenham.

“Dejad pasar un tiempo, para que los rumores se acallen querida. No querréis que piensen que sois la conquista del heredero y yo un pobre esposo cornudo”. Le dijo su marido con

insistencia.

Pues no lo haría pensó y de pronto miró a su alrededor al oír pisadas, pero luego vio a unas campesinas con una corona de flores en sus cabellos tarareando canciones. Iban muy alegres cargando la fruta en sus cestos.

Suspiró aliviada y notó el aire primaveral en el aire y pensó que no quería dejar de ver a Madeleine. La echaba de menos y no tenía mucho qué hacer en esa aldea.

Días después, cuando fue a ver a su amiga Madeleine como habían acordado ella no tardó en hablarle de la fiesta de la primavera mientras daban un paseo a pie por los Jardines. Su amiga pecosa quería enseñarle las flores de su huerto y Agnès se sintió interesada al instante.

Al ver los capullos y las nuevas flores suspiró.

Todo reverdecía a su alrededor en primavera, y el frío crudo del invierno cedía. Aunque todavía estaba algo fresco.

Miró los jardines bellos y cuidados y elogió a su amiga.

Ella sonreía feliz.

—En realidad es por nuestro jardinero y su esposa, pero ahora es más agradable estar en los jardines, señora Dubois. ¿En Provenza tenía usted jardines tan hermosos?

—Sí. Eran muy bellos...

—Por favor, cuénteme más de su antigua vida señora Dubois.

Agnès se sonrojó.

Madeleine siempre quería saber cosas y eso la inquietaba a veces. No es que siempre estuviera sonsacándola, pero era curiosa por naturaleza. No tenía malicia y pensó que todos allí tenían cierta curiosidad por saber más de ellos.

—Era un lugar muy bello, los jardines eran inmensos y tenía vestidos hermosos.

Fiestas...

Pensó que había hablado sin pensar y se preguntó si no sería esa cerveza que le había servido momentos antes con esos dulces.

Los ojos verdes de Madeleine brillaban de entusiasmo.

—Entonces usted vivía en un Château. ¿No es así? No lo niegue. Conozco Francia, pasé unos meses en casa de unos amigos de mi padre. había un joven que se había enamorado locamente de mí, pero mi padre dijo que ese asunto era un disparate... era tan guapo y galante. Me decía tantas cosas bonitas.

—Oh de veras? No se sorprenda tanto. En Francia todos los jóvenes están enamorados de una dama o de más de una—dijo Agnès y rio.

Madeleine la miró ofendida y notó cómo se sonrojaba.

—Pues ese joven sí estaba loco de amor por mí. pero yo solo tenía catorce años y mi padre dijo que era un disparate y lo apartó a golpes de mí.

Agnès se disculpó.

—Lo siento, no quise ofenderla, pero es que son muy seductores, es lo que quise decirle. Debe tener usted cuidado.

—¿Así? ¿Y usted tuvo muchos pretendientes a esa edad señora?

La dama lo negó.

—A esa edad estaba en un internado de monjas, señorita Howard. Allí recibí educación y modales. De niña hasta soñaba con ser monja...

—Oh qué horror. Supongo que luego se le pasó.

Agnès suspiró.

—Las monjas eran tan buenas conmigo. Además, teníamos una hermana que luego fue beatificada. Era muy vieja, pero hacía milagros, curaba a las personas que iban a verla... tengo

un trozo de su hábito.

La historia de Sor Agnès incomodó un poco a Madeleine Howard quien miró a su alrededor inquieta.

—Madame Dubois, supongo que es usted católica.

La dama se sonrojó. Olvidaba que estaba en un país donde no veían con buenos ojos a los católicos y que en otros tiempos los habían hecho arder en la hoguera.

—Lo siento, no debí hablar de ello es que me dejé llevar por esa historia fascinante y solo quería explicarle por qué soñaba ser monja. Creí que podría convertirme en santa como Sor Agnès de Amiens.

—Escuche, no me importa si es católica, muchas familias aquí lo son, señora Agnès, pero lo esconden... ¿comprende? No es bueno decirlo a los cuatro vientos. Siempre hay alcahuetes que luego pueden denunciarla y cobrarle una multa. Ya le habrá advertido el reverendo cuando llegó y si no lo hizo fue un tonto... a veces creo que el reverendo se está haciendo viejo.

La joven sonrió.

—Es verdad, me lo dijo... es que usted preguntó y...

Madeleine sonrió con picardía.

—Oh tranquila, su secreto está a salvo conmigo. No diré nada. Supongo que no es su único secreto... dicen cosas extrañas de su marido y de usted, Agnès.

—¿Cosas extrañas? ¿Qué quiere decir con eso?

La joven pecosa se puso seria de repente.

—Bueno, es que los pueblerinos hablan, señora Dubois. Dicen tonterías. Como por ejemplo que su marido no es su esposo en realidad sino un tutor... que son personas muy ricas que lo perdieron todo y por eso están aquí... y también que no eran granjeros porque ninguno sabe nada de las labores de campo.

La dama francesa se sonrojó.

No era la primera vez que oía eso de su marido y pensó que debía hablar con Madeleine al respecto.

—Señorita Howard, tengo esposo, Louis Dubois es mi marido. No entiendo por qué dicen esas cosas.

—Porque no se ven como esposos, parecen tan distantes... No se ven enamorados ni cercanos como deben ser dos esposos.

Agnès se sintió muy incómoda con esa conversación.

—Pues tiene usted opiniones muy arbitrarias de cómo deben verse dos esposos siendo como es aún una joven soltera—le respondió.

—Oh no se enfade, por favor, Agnès... soy su amiga y estoy de su lado. Por supuesto que me indignan esos rumores, se lo aseguro y no piense que doy crédito a ellos, en absoluto. Solo me pregunto si... quizás su boda fue arreglada por sus familias por eso se ven tan alejados.

—Eso no es verdad, mi esposo pasa todo el día trabajando y apenas lo veo ahora, pero le aseguro que es mi marido y todo lo que dicen es mentira.

No quería continuar esa conversación y su amiga se dio cuenta así que no insistió y la llevó a dar un paseo por el parque para hablarle de la próxima fiesta de la primavera.

—¿Asistirá a la fiesta de la primavera? Debe ir. Escogerán a la reina de la primavera y quizás usted pueda ganar el premio.

—¿La fiesta de mayo?

—Así es, el may day. Habrá bailes, pasteles y mucha cerveza, señora Dubois y muchas jóvenes estrenarán vestidos nuevos y se verán muy guapas... por supuesto que no puedo participar de ese concurso, sería injusto que lo ganara porque mi padre es el patriarca de esta aldea y dirían que fue arreglado—dijo con cierta arrogancia Madeleine sonriendo y de pronto se puso a hablar de la fiesta y de que la reina ganaría una corona de flores y unas monedas de oro.

—Quizás gane Rosalie Anderson... aunque eso no me agradaría. Es demasiado presumida y además... estoy molesta con Rosalie ahora.

A la dama le agradó que hablara de Rosalie y no de ella así que le hizo preguntas sobre la hija del reverendo.

Pero entonces Madeleine no quiso hablar de ella sino de su hermano.

—¿Mi padre ya ha elegido una esposa para él, sabe? Y eso no me agrada... no me gusta demasiado, pero supongo que si él la eligió deberé hacerme a la idea—declaró.

Por alguna razón eso le provocó un sobresalto a Agnès, no pudo evitarlo.

—¿Entonces tendrá usted una cuñada muy pronto?

Madeleine hizo un mohín de disgusto.

—Espero que esa boda no se celebre, mi futura cuñada es una joven presumida y nada guapa. Arrogante. Cree que su familia es más importante que la nuestra y mis ancestros eran duques del condado, pero por una guerra le arrebataron tierras y perdieron prestigio e importancia, pero le aseguro que la familia de Camelia de Kenville no tiene un linaje tan antiguo ni importante como el nuestro.

No le agradaba nada su futura cuñada, pero según dijo su padre estaba decidido a concertar una boda.

—Mi hermano no quiere saber nada del asunto, ¿sabe? A él le gustan las damas hermosas y sueña con tener una esposa guapa sin pensar en su linaje o fortuna. Hubo un tiempo en que se enamoró de una joven de otro pueblo, pero el asunto no prosperó... mi madre dijo que era un capricho amoroso. Lo cierto que nadie puede hablar de ello con Duncan, se enfada demasiado. No quiere a Camelia, la detesta y hasta ha reñido con mi padre por ese motivo.

—¿De veras?

Madeleine asintió y la miró con astucia.

—Pero Duncan no puede hacer nada, ¿sabe? Si mis padres han arreglado esta boda, deberá aceptar. Tarde o temprano lo hará. Debe casarse. Ya tiene edad para hacerlo y mis padres son muy viejos... es que nos tuvieron a una edad tardía ¿sabe?

—Su hermano es joven, señorita Madeleine...

—Oh tal vez lo parezca, pero mi padre dice que a su edad ya estaba casado. Mi hermano tiene veintisiete... no los aparenta porque es muy tonto y todos dicen que tiene cara de muchacho, pero sí tiene veintisiete recién cumplidos. ¿Qué edad tiene su marido, señora Dubois?

Madeleine cambiaba de un asunto a otro con mucha rapidez y pensó que tal vez no le agradaba hablar tanto de su familia, pero sí averiguar de su esposo y de su antigua vida en Francia. Hasta el momento había esquivado las preguntas más delicadas con mucha sutileza, con respuestas imprecisas.

—Mi esposo tiene treinta y seis.

—Oh pensé que tenía cuarenta, realmente se ve mayor. Tiene muchas arrugas y... esa cicatriz en su rostro.

Agnès se estremeció cuando mencionó la cicatriz, lo había notado, pero era la primera vez que la mencionaba. De pronto se dio cuenta por qué su esposo se mostraba tan receloso de su amistad con la hija del conde. Él sabía que era muy dada al cotilleo.

—Fue una herida que tuvo en su infancia mientras jugaba en el campo con sus hermanos mayores, señorita Howard y el trabajo en el campo hace envejecer antes a los hombres.

Ella asintió no muy convencida.

—En cambio usted se ve guapa y joven como una rosa, mi madre dijo que ha tenido una vida acomodada y fácil porque tiene la piel muy tersa y blanca. Casi parece inglesa y mi madre cree que es raro que hable tan bien nuestra lengua, señora Dubois.

—Hablo tres idiomas, señorita Howard. Me eduqué en un convento y luego tuve una

gobernanta muy inteligente que me obligó a estudiar y me preparó para ser una señorita ilustrada y culta.

—Oh eso solo ocurre en Londres, señora Dubois, aquí nadie se preocupa de enseñar idiomas a una señorita para que pueda encontrar un buen esposo. Lo consideran innecesario por completo.

Agnès calló sintiendo que había dicho algo inadecuado. Pero de pronto se dio cuenta que Madeleine ignoraba cómo se educaban en su país a las hijas de los nobles más importantes del reino, ni que ella había sido educada con tanto esmero porque todos esperaban que hiciera una boda ventajosa y encumbrada... estaba prometida a un importante caballero, hijo de un duque y emparentado con el rey, pero ahora todo eso le parecía tan distante e irreal. Haber vivido en un castillo, haber frecuentado Versalles con su esposo y vivir en esa aldea era como algo insólito y triste, aunque trataba de no pensar en ello ni añorar lo que sabía nunca más podría tener.

Por fortuna Madeleine siguió hablando de su futura cuñada y de lo detestable que era y dejó de enredarla con más preguntas y con cosas que debía evitar mencionar.

Comprendió que su marido tenía razón y que debía espaciar más las visitas a la casa del conde, pero ahora Rosalie parecía evitarla como si estuviera enfadada y la última vez que la invitó a la granja dijo sentirse indispuesta y no fue... se había quedado sin amigos y no le agradaba tener que conversar con aldeanos y criados. Las criadas de la casa eran más incisivas que Madeleine y siempre intentaban hacerle preguntas.

Lamentaba que Rosalie se hubiera alejado y estuviera tan misteriosa últimamente pensó que moriría de tristeza si pasaba otro invierno encerrada en esa granja sin hablar con nadie más que con las criadas.

Y como le aburría que hablara de Camelia hasta por los codos y de la próxima boda de Duncan , le preguntó a Madeleine sin reparos.

—¿Y por qué Rosalie no puede casarse con vuestro hermano, querida Madeleine?—le

dijo.

Su amiga pelirroja se puso tiesa y pensó que era muy celosa de su hermano, quizás porque era su único hermano.

—Pero querida Agnès, Rosalie no es más que la hija de un vicario, mis padres jamás permitirían que ella fuera la nueva dama de esta mansión. Por más guapa que sea, no deja de ser la hija de un reverendo además... a mí hermano no le gusta Rosalie, la ve como una amiga. Me lo dijo una vez. Para él es solo una amiga. Somos amigos de infancia... desde niña Rosalie viene aquí a jugar con nosotros o a conversar... por supuesto que ya no jugamos al escondite. En realidad, ha dejado de venir a verme y eso me enfada—la joven se puso ceñuda.

—Bueno, tampoco he visto a Rosalie, solo a su madre en la vicaría. Es una señora muy agradable y atenta.

La mirada de Madeleine cambió.

—La esposa de reverendo es un pelmazo, es usted muy generosa al decir que es buena... es una chismosa. Quiere una boda encumbrada para su hermosa hija, pero no lo conseguirá, su familia no es importante. Por más bella que sea...

Agnès notó que Madeleine estaba enfadada con Rosalie, pero pensó que lo había imaginado, eran amigas de infancia y siempre estaban juntas.

—Mi hermano está interesado en otra dama, además, y dice que hará lo imposible para que sea su esposa—dijo de pronto.

Esas palabras dejaron a la joven francesa muy alterada, aunque se esforzó por disimularlo.

—De veras? Vaya. no lo sabía.

Madeleine la miró.

—Oh creo que sí lo sabe. Es evidente. Se escapa para espiar a la bella señora de la que le hablo, pero eso no puede ser... jamás podría ser. La dama está casada.

La joven sintió su corazón latir acelerado.

—Por supuesto—dijo para evitar seguir esa conversación y pensó que era momento de irse, pero si lo hacía sí sería muy evidente la razón, así que le preguntó sobre la próxima fiesta de primavera, pues sabía que todo el mundo quería hablar de ello, incluyendo a su pelirroja amiga.

—Oh debe ir usted, señora Dubois... habrá disfraces y mucha cerveza y además... será muy divertido.

—Me encantaría ir, pero debo convencer a mi marido.

—¿Acaso no quiere ir?

—No parece muy entusiasmado, siempre está cansado...

—Bueno, es un hombre muy viejo, quizás el trabajo en el campo es excesivo para él.

Prefería hablar de la fiesta y enterarse de los detalles sin tener que responder preguntas sobre su matrimonio o su pasado.

A esa altura muchos debían saber que nunca había sido una joven campesina, pero al menos desconocían el resto de la historia y eso era un gran alivio...

Pero ella no sabía si su esposo aceptaría participar de la gran fiesta. Había dicho que no iría en realidad, estaba de mal humor esos días y no lo convencería. Hablaba desdeñosamente de esa “fiesta de campesinos”.

Y mientras conversaba con Madeleine, de pronto vio a Duncan llegar en su caballo con su padre y tembló.

No sabía por qué ese joven sir la alteraba tanto. Pero verle llegar de repente la hizo lanzar un respingo y luego tuvo que disimular porque él la miraba con tanta intensidad y temía que notara que la ponía algo nerviosa. Llevaba días sin verlo y había echado de menos su compañía, aunque sabía que era lo mejor para ambos. Su esposo sospechaba que pasaba algo entre ellos y no quería perder la amistad de esa familia.

—Buenos días, señora Dubois—la saludó y sonrió levemente. Pero iba con su padre que la saludó y ambos siguieron de largo.

Sintió una pena extraña y aunque habló con Madeleine un momento no dejaba de pensar en Duncan .

Parecía evitar su compañía.

Pensó que debía irse, no podía quedarse mucho rato, pero de pronto Madeleine la invitó a almorzar.

—Debe quedarse a almorzar. Quiero mostrarle mi disfraz para la fiesta de la primavera.

—Le agradezco mucho la invitación, señorita Howard, pero no deseo incomodar...

—Claro que no incomoda. Encuentro muy grata su compañía, Agnès. Me divierto mucho más que Rosalie... se ha puesto algo tonta ahora ¿sabe? Además, evita mi compañía y eso me duele. Creí que era mi mejor amiga.

—Oh lo siento mucho, no lo sabía. ¿Qué le sucede a Rosalie?

—Tiene un secreto y eso me molesta—declaró la joven frunciendo el entrecejo.

—¿Un secreto?

—Sí, tiene un enamorado y no me ha contado nada. Creí que era su mejor amiga y me ha dejado de lado—se quejó Madeleine al borde del llanto. Parecía muy afectada así que comprendió que no lo estaba inventado. A veces Madeleine hablaba hasta por los codos, pero era bastante sincera.

—¿Y cómo sabéis que tiene un enamorado, querida Madeleine si ella no os ha contado nada?—le preguntó.

—Es por la forma en que se comporta, esconde algo... pero lo he sabido por rumores que escuché. La han visto besándose con un joven en el bosque y dicen que es Henry de Ketville. La odiaré si me roba a Henry. Si eso es verdad nunca más volveré a hablarle.

Agnès recordó que Madeleine le había contado de un tal Henry de Ketville heredero de un antiguo linaje. Un pretendiente muy codiciado en el condado que había ido a visitar a sus familiares aprovechando el buen tiempo y todas querían llamar su atención.

—Hace años que él mira a Rosalie, es muy guapa... maldita sea. ¿No cree que sea injusto que mujeres tan insignificantes como usted y la hija de un párroco se roben toda la belleza y nosotras que somos hijas de condes seamos tan poco favorecidas por la diosa de la belleza, señora Dubois? No se ofenda por favor... pero creo que es muy injusto.

—No me ofendo. No soy hermosa, señorita Howard. Rosalie sí lo es, pero no puede ver a las mujeres como solo bellas o feas, las cualidades que tenga una dama, sus virtudes, la bondad, generosidad y altruismo son mucho más valiosas que la vana apariencia.

—Rosalie es una santurrón además de guapa y modesta. No le faltan virtudes además de belleza lo que hace imposible que no tenga a todos aquí locos por ella. Tendría el esposo que quisiera, pero ella se niega a prestarles atención. Ella quiere ser la esposa de Henry de Ketville... quiere robarse al hombre que amo y moriré si lo hace, no podría soportarlo—replicó con voz dramática, casi gritó para decir eso último mientras veía alejarse a su padre y a su hermano a caballo.

—Oh no diga eso por favor.

—Es la verdad... y me desespera porque yo también lo amo. Es el hombre más guapo que vi en mi vida y aunque mis padres lo han intentado, lo han invitado, Henry solo vino una vez y se lo pasó cabalgando, jugando a los dados y no me miró más que cuando fuimos presentados. No me invitó a bailar ni... pero sé que han visto a Rosalie con un misterioso caballero. Con un hombre en el bosque. Y creo que es él...

—¿Y no le habéis preguntado, Madeleine?

—No... no me atrevo. Ella evita mi compañía, no responde a mis cartas ni quiere verme ahora. Nunca está en su casa cuando voy a visitarla y eso me ofende. ¿Quién se cree que es? En

el momento en que llega él, ella desaparece misteriosamente. ¿No le parece muy revelador?

—Pero no creo que un heredero como sir Henry pueda casarse con la señorita Rosalie Anderson, ¿verdad?

Ella la miró con astucia.

—Sabe usted las reglas... es una dama muy educada y hermosa. Por supuesto que no. No puede casarse con ella, pero sí puede convertirla en su querida y llevársela a vivir a su mansión secreta como hacen algunos caballeros con sus amantes. No sería una mansión, sino un cottage en su propiedad. La esposa es quien debe vivir en la mansión principal. Y la amante en una casucha, con mucha discreción.

Agnès pensó que, en su país, los hombres adinerados solían esconder a sus amantes en otra propiedad, pero si vivían en el campo solían reservar aposentos secretos para su amante y su esposa no decían nada al respecto. No le importaba pues como eran matrimonios concertados y los cónyuges apenas se soportaban, pero...

—Rosalie no aceptaría eso, señorita Howard. Si ama a ese joven anhelará ser su esposa.

—Pues no sé qué pensar... ella sabe que nunca aceptarían una boda tan desigual se lo aseguro. Henry está comprometido con otra joven, pero sé que le gusta Rosalie, los he visto conversar y ella le coquetea, pero siempre creí que no se fijaría en una joven tan insignificante. Pero aprendí que los hombres solo aman la belleza de una mujer, señora Dubois. No aman sus cualidades ni talentos, no les importa si sabe leer o escribir, o bordar, o tiene un corazón amable y gentil, solo importa que sea virtuosa sí, pero también hermosa. Hermosa, antes que nada— declaró la joven muy molesta y nerviosa con todo ese asunto.

Agnès no supo qué responder. No conocía a ese joven heredero, pero sí que Rosalie y Madeleine habían sido amigas desde la infancia y se lo dijo.

—Eso ya lo sé... es mi amiga y la quiero, pero esto es diferente. Amo a ese hombre, sueño con él y esperaba que mis padres arreglaran una boda para mí con él, pero mi padre ha

dicho que no. Que Henry ya tiene una esposa, está comprometido en realidad. No podría casarme con él, ¿entiendes? Y eso me rompe el corazón, pero pensar que Rosalie se ve con él a escondidas me enferma. Es una horrible traición a nuestra amistad. Es una traición que no le perdonaré.

—Pero ¿cómo es que puedes saber con certeza que es él? ¿Ha visto a Rosalie con él o alguien le ha contado que los vio juntos?

Madeleine vaciló mientras secaba sus lágrimas. Se veía muy afligida. Ella era así, saltaba de la risa al llanto en un momento. La vio tan animada hablando de la fiesta de la primavera, pero todo cambió al mencionar a Rosalie y su misterioso enamorado.

—No... no la he visto con él, pero son rumores. Alguien la vieron besarse con un joven y eso es inmoral para la hija de un reverendo ¿no cree?

—Tal vez tenga otro enamorado.

—Rosalie tiene enamorados, pero no son más que granjeros y campesinos. Aunque no lo crea ella conoce su valor, sabe que es hermosa y que hay un montón de hombres que mueren de amor por ella y que puede elegir un buen partido. No se casará con un granjero. Ella tiene ambiciones. Me lo ha dicho.

—¿Pero realmente cree que esté enamorada de Sir Henry o solo se siente halagada de sus atenciones?

Madeleine no lo sabía, no estaba segura.

—¿Alguna vez os habló de él?

—No. pero la vi ponerse colorada cuando mi hermano los presentó. Eso me molestó mucho. Vi cómo la miraba sir Henry. Parecía bobo... enamorado. Y no me sorprendió porque todo hombre que llega aquí queda enamorado de Rosalie, aunque ahora todos están enamorados de usted, señora Dubois.

Agnès sonrió.

—Qué tonterías dice, señorita Howard. No es verdad. Creo que exagera en muchas cosas y le pido que reconsidere sus apreciaciones porque Rosalie es una joven seria y muy educada y no creo que arriesgue su reputación con un enredo amoroso en esta aldea. Su padre es un hombre muy respetado en esta comunidad según he observado y ella es su única hija. No se arriesgaría a...

—Sí, supongo que tiene razón. Tal vez debería hablar con ella, pero ¿sabe algo, señora Dubois? Ella se ha alejado de mí de repente luego de la llegada del heredero y eso me parece extraño y muy sospechoso.

—Debe hablar con ella, mademoiselle. No pierda una amistad por un capricho amoroso. Si él no se ha fijado a usted quizás tampoco se ha fijado en su amiga. Ha de haber visto jóvenes igual de hermosas. No creo que se haya enamorado luego de verla una vez, eso me parece improbable.

—¿Habéis visto a Rosalie, estos días, Agnès?—preguntó ella de repente.

—No... solo fui dos veces a la vicaría y Rosalie no estaba, me quedé conversando con su madre. Es una dama muy agradable.

—Y aburrida... oh ella siempre tejiendo para los niños necesitados. Creo que la pobre sufre porque solo tuvo una hija. Soñaba con tener media docena de niños y solo tuvo una, o eso me contó mi madre.

—Soy buena con aguja y la ayudo a veces.

Madeleine la miró con suspicacia.

—Es usted tan joven, no parece tener veintidós años. Todos dicen que se ve menor. Me cuesta verla como una dama casada y a veces lo olvido.

—Soy una esposa joven—puntualizó la dama francesa.

—Mi hermano cree que su matrimonio es fingido y que su esposo en realidad es su tutor. Que vino de Francia escapando de algo.

Agnès se puso pálida al oír eso.

—No es verdad, eso es una mentira.

—Mi hermano no cree que tenga esa edad, se ve mucho menor y además cree que es una esposa virgen.

Agnès pensó que era demasiado.

—¿Cómo se atreve a decirme esas cosas? ¿Es que no tiene educación?

La jovencita comprendió que había metido la pata y se disculpó al instante.

—Lo siento mucho, no se enfade, es que todos lo dicen. Hay rumores sobre usted y su esposo. Dicen que es extraño que no tuvieran hijos. Que su esposo sea tan mayor y usted...

—Es mi esposo, mademoiselle y no he mentado. Tengo esa edad, aunque me vea menor. Me casé muy joven, es por eso.

—Entiendo... No sé por qué dije eso... son cosas que dice mi hermano él... parece algo obsesionado por saber cosas de usted, siempre me hace preguntas.

Antes de decir una palabra más preguntó de nuevo por Rosalie.

—¿Dijo usted que no logró reunirse con ella? ¿Cuándo fue eso?—dijo Madeleine deseando cambiar de tema.

—Fui a verla hace unos días. Pero no pude hablar con ella, aunque en realidad necesitaba llevarle ropita de lana que tejí para los niños de los campesinos. Había tejido unas mantas y estuve ayudando a la señora Anderson.

—Sabe usted coser y teje mantas? La admiro. Nunca me ha gustado aprender nada de eso y mi madre cree que no es necesario aprender labores de aguja, que eso es para las campesinas.

Ella sonrió, pero estaba molesta. Saber que Duncan había estado haciéndole preguntas a su hermana la hacía sentirse incómoda. No era lo que ella deseaba. Valoraba su amistad, pero...

En vez de encaminarse a la casa quiso correr. No quería quedarse a almorzar, pero de pronto se dio cuenta de que era tarde. Estaba atrapada y habría sido descortés salir corriendo, aunque se muriera de ganas.

—¿Quién le enseñó a tejer mantas? ¿Fue su madre? ¿Quiénes eran sus padres, mademoiselle? Nunca habla de ellos.—le preguntó Madeleine mientras se acercaban a la gran mansión de Grovenham house.

Ella se sonrojó ante esa pregunta.

—Mi madre me enseñó a bordar, a zurcir y también a tejer mantas de bebés para los niños pobres de la aldea. Era una dama muy habilidosa y mi padre era granjero, pero era un hombre honesto y educado.

—Oh vaya... entonces ambos murieron?

Ella asintió y pidió perdón al señor por esa mentira. Pensó que llevaba varios pecadillos acumulados desde su llegada a esa aldea. ¿Lo entendería el Señor? Habría deseado confesarse, abrir su corazón como solo lo hacía en tiempos en que iba a misa y hablaba con el padre Guillaume, su confesor. Pero no podía ir a verlo ahora... ni encontraría un cura católico en esas tierras.

—Nunca habláis de vuestros padres ni de su familia y evita hablar de su vida en Francia. ¿Por qué guarda tanto silencio?—le preguntó Madeleine y ella habría preferido que siguieran hablando del distanciamiento de Rosalie, pero así era Madeleine, saltaba de un asunto a otro luego de perder interés o en su afán de conversar.

—Es triste recordar el pasado a veces, señorita, por eso no hablo de ello—dijo.

—Lo siento mucho, no quise entristecerla. ¿Entonces solo tiene a su esposo ahora?

Ella asintió.

—Debe echar de menos a su familia, a sus amigos.

—Así es...

Una criada se acercó entonces para avisarles que estaba listo el almuerzo.

—Fantástico, muero de hambre—confesó Madeleine.

Se escucharon las campanadas a la distancia y de pronto vio llegar a los condes y a su hijo Duncan que la miró con una sonrisa.

—Señora Dubois qué agradable sorpresa.

De pronto se sintió abrumada cuando él se paró frente a ella para besar su mano como si no la hubiera visto momentos antes.

Sus padres la saludaron, pero con menos entusiasmo. Él sí estaba muy feliz de que se quedara a almorzar y notó que Madeleine sonreía con picardía.

No fue muy cómodo para la joven, aunque Madeleine habló tanto que pudo permanecer en silencio.

Los condes de Grovenham eran muy educados y no le hacían preguntas.

Todavía sentía vergüenza al saber que ese joven había estado haciendo preguntas sobre su matrimonio. Debió imaginarlo, lo sabía, pero... odiaba quedarse encerrada en la granja y sus visitas sociales eran tan escasas, como sus amistades.

La llegada del almuerzo hizo que Madeleine callara.

Allí se servían platos finos, como debía ser, una entrada que era una sopa levemente espesa de arvejas, caldo de carne y poco más y luego el platillo principal. Un buen trozo de pollo asado con un pudding salado muy inglés. Abundante vino o cerveza... prefirió beber agua porque la cerveza la volvía locuaz y no deseaba decir nada más. Solo disfrutar ese opíparo almuerzo similar al que comía en su país, aunque los platillos que preparaban eso Maitre du cuisine eran sabrosos y originales, competían entre sí para ver quién hacía bocados más

deliciosos. En esas fiestas se comía lo mejor y sus vestidos eran hermosos...

Tiempos que parecían tan lejanos... pero hacía solo un año estaba en Versalles, bailando con un caballero muy guapo y encantador.

Pero nadie habría imaginado jamás que había estado en Versalles ni que su familia era una de las más encumbradas de París. Ni Madeleine podría siquiera imaginarlo.

Algún día regresaría a su país junto a su familia y recordaría esa aventura en tierra de la corona inglesa como un extraño sueño.

Excepto que su marido evitaba hablar del asunto, todavía no, le decía con insistencia, todavía no “mon chérie...” Espera, espera...

Por fortuna los condes de Grovenham eran nobles muy agradables y no eran presumidos, y pensó que era extraño pues eran una de las familias más importantes el condado y sin embargo nunca la hicieron sentir incómoda. Ni le hacían preguntas sobre su vida en Francia.

Era Madeleine que hacía preguntas a veces, pero ahora no dejaba de hablar de la fiesta de la primavera y de eso hablaron el resto del almuerzo ante la mirada insistente de Duncan .

Hasta que una visita inesperada captó la atención de Madeleine: y fue la llegada del heredero Henry de Ketville su hermano Oliver y Madeleine sintió que flotaba entre nubes.

Agnès observó al joven con curiosidad.

Era guapo, pero no tanto como para que una joven perdiera la cabeza por él. Alto, delgado sus ojos eran grises y fríos, como los de su hermano-, uno moreno y otro rubio, arrogantes nada más entrar saludaron a los condes y a Duncan , y a Madeleine apenas le dedicaron un saludo cortés.

Agnès pensó que debía irse.

La casa se vio llena de los de Ketville, pues luego de los dos jóvenes llegaron sus padres y los anfitriones abandonaron la mesa para conversar con sus amistades.

Aunque los condes de Grovenham eran muy amigables, los de Ketville se mostraron fríos y ni siquiera se detuvieron a saludarla. Quizás pensaron que era una criada pues pasaron a su lado y se apartaron dirigiéndole una mirada de extrañeza.

Agnès se vio entonces en un espejo de la sala y pensó que no tenía vestidos apropiados para asistir a una mansión tan importante y por eso ni el heredero codiciado ni los demás se fijaron en ella y los anfitriones estaban demasiado dispersos para presentarla. Era como si fuera invisible, o algo molesto de mirar. ¿Pues qué hacía una joven vestida de criada en el comedor siendo parte del grupo familiar como los señores de Grovenham?

En otra ocasión se habría sentido ofendida o triste, pero pensó que era mejor así, no le agradaban esas personas ni tampoco que su amiga se desesperara por llamar la atención del heredero de Ketville.

Sus ojos se desviaron a Duncan y se sintió atrapada por la intensidad de su mirada. Si había un hombre guapo en esa aldea allí estaba. Y a su lado Henry de Ketville era insípido por completo. Lo que sí tenía el heredero era un gran ego, vestía con mucha elegancia, pero no lo veía mirar mujeres, siempre estaba rodeado de hombres.

Apartó la mirada sonrojada y pensó que era momento de marcharse, debía buscar alguna excusa... se le hacía tarde. Se había quedado demasiado y su esposo se preocuparía.

Así que se acercó para despedirse de sus anfitriones, quienes apenas le dirigieron unas palabras corteses, Madeleine asintió y luego volvió a conversar con los recién llegados.

Era el momento de marcharse. Pero entonces vio a Duncan , él no le perdía pisada y no tardó en ir a saludarla.

—Madame Dubois, ¿acaso piensa marcharse ahora? ¿no se quedará a tomar el té? Habrá juegos de cartas y dulces y confites. Sus preferidos.—le dijo.

Sabía que adoraba los dulces que preparaba la cocinera, esos bollos de crema y nuez , las tartas de manzanas con canela y otras delicias.

—Me encantaría quedarme sir Duncan , pero se hace tarde y debo regresar—respondió.

—¿Ha venido sola a caballo?—preguntó. Debía saber que rara vez llevaba escolta.

—Me acompañó una criada y luego se marchó, pero puedo volver sola.

El joven se acercó con rapidez y miró el camino desde el ventanal.

—No puede volver sola. Aguarde. Yo la acompañaré en mi caballo.

—No es necesario, por favor, puedo irme sola. Llegaré en un rato a la granja.

—Debo hacerlo. Es peligroso que una dama como usted viaje sola por estos parajes, aunque no tarde mucho en regresar. Su criada debió esperarla en vez de largarse. Aguarde un momento, yo la acompañaré.

Ella se sonrojó, pero no se resistió. Sabía que debía pedir que alguien la acompañara, pero la avergonzaba hacerlo. Podía cabalgar a gran velocidad, pero él quería escoltarla.

Y cuando regresó tenía puesto su traje de montar y estaba listo para acompañarla.

Ambos montaron a su caballo y emprendieron el regreso sin prisa.

—Es mejor recorrer este tramo siempre despacio, nunca sé cuándo vendrán los perros de la granja a molestar...—se quejó—son demasiado guardianes.

Ella se había encontrado con los perros en una ocasión y le habían dado un gran susto, eran enormes.

—No puede salir sola, señora, es mejor que pida ser acompañada cada vez que haga un paseo—le dijo de pronto él.

—Pero sé ir veloz.

—Eso no la salvaría de que un tunante quiera molestarla. ¿Por qué no vino su esposo?

—Mi esposo siempre tiene cosas que hacer, sir Duncan .

—Pues debería cuidarla más. Tiene una esposa muy hermosa.

Ella se sonrojó al oír eso.

—Me he pasado todo el invierno encerrada milord, ahora quiero disfrutar los días de sol y aprecio mucho la amistad de su hermana.

Él sonrió y cruzó su caballo.

—Y yo me alegro de contar con su amistad, madame—le dijo en francés.

Hablaba francés y no lo sabía.

—¿Habla usted mi lengua?—dijo ella sorprendida.

Pensó las veces que había hablado y reñido con su esposo en francés pensando que nadie podía entenderlos pues creía que solo el reverendo hablaba francés en esa aldea y ahora se enteraba que ese joven también lo hablaba. Tal vez solo supiera unas palabras...

—¿La asusta eso, madame?—le dijo él.

—No... solo estoy sorprendida.

—Habla usted en francés con su marido para que nadie la entienda. Pero sí hablo francés, lo aprendí de ni niño, mis padres también hablan su lengua pues tienen parientes en Francia y además viví en París unos meses. Lo acompañé a un viaje en busca de un manuscrito.

Ella se sintió atrapada.

Como si la conversación estuviera tomando rumbos peligrosos que la ponían tensa.

—Qué bien, vaya, qué sorpresa. Conoce usted mi país y habla francés muy bien—dijo.

—Sí, es extraño pues viajé hace dos años a París y aprendí francés de niño con mi madre. Su madre era una dama francesa que huyó a este país con su prometido porque sus padres no daban aprobación para que pudieran casarse.

—¿Entonces tiene usted sangre francesa?

—Sí, pero mi abuela nunca quiso volver a Francia, vivió escondida aquí pues temía que su familia la encontrara. Vivió con miedo durante muchos años, toda su vida y hablaba en un dialecto raro de los franceses del sur.

Ella se quedó tiesa sin saber qué decir y emprendieron el camino al paso, sin prisa como si ambos quisieran demorar el momento de la despedida.

Temblaba cada vez que veía a ese joven y a pesar de la distancia podía sentir su olor y se sintió una tonta. No sabía qué le estaba pasando, pero no era bueno, no era correcto. Tenía un esposo y no podía enamorarse de ese joven.

Aunque últimamente no viera nunca a su marido y él se hubiera vuelto distante y callado. Luego estaba esa casa helada y hostil de la que siempre quería escapar, y un montón de aldeanos espiándola en los alrededores.

A veces quería correr y alejarse y lo habría hecho si hubiera tenido alguien que la llevara de regreso a su casa, pero no tenía a nadie que pudiera ayudarla a volver.

—Imagino que ha de echar de menos su país, madame Dubois. En Provenza hay un clima muy agradable. Más que aquí y es un lugar muy hermoso.

Conocía Francia, había recorrido todo el continente al parecer en distintos tiempos con sus padres, pero su hermana se había quedado con su nodriza porque le daba miedo subirse a un barco le contó luego.

—Mi hermana siempre fue una pequeña peste—se quejó—quería un hermano... pero nació ella y luego mi madre no pudo tener más hijos. Nos tuvo muy mayor...

—Pero Madeleine es una joven alegre.

—Es una niña, y un completo incordio. Pero es mi única hermana. ¿Y usted tiene hermanos en Francia?

—No... soy hija única.

Otra mentira. ¿Por qué? ¿Por qué debía mentir? Tenía dos hermanas que debían estar buscándola por todas partes al igual que sus afligidos padres.

—¿Y sus padres viven?

—No... murieron.

—Vaya, entonces solo le queda un esposo que le dobla la edad. Qué triste. Imagino que fue difícil para usted.

Ella lo miró con tal aflicción que él se sintió traspasado por su pena como si pudiera sentirla.

—Sí, lo fue...

—Una boda concertada y luego el viaje a una solitaria aldea inglesa... Desea regresar ¿no es así? Supongo que se muere por volver a su país.

—Pero no puedo hacerlo... no podemos volver.

Su respuesta le causó sorpresa y algo más, ¿acaso sospechaba algo o sabía algo de ellos?

—¿Por qué no puede volver? ¿Acaso su esposo hizo algo malo, madame?—le preguntó sin rodeos.

Ella pensó que había hablado demasiado y que no midió sus respuestas ni sus palabras... es que con él se sentía confiada pero no sabía si era de fiar. Se tomaba demasiadas molestias y la miraba de una forma que...

—No puedo hablar de ello, todavía no... algún día le contaré Monsieur. No deseo mentirle—le respondió.

—Entonces ocurrió algo grave. Escuche, señora. Si alguna vez se siente en peligro por favor, dígle a mi hermana o envíeme un mensaje con su criada. Quizás su marido no pueda protegerla, o no esté allí. Tiene usted muy pocos criados y los aldeanos y granjeros cuidan de sus propios asuntos.

—Le agradezco, pero no hay ningún peligro aquí, este es un lugar muy tranquilo, ¿no es así?

El joven heredero pareció vacilar y detuvo su caballo un momento.

—Desearía decirle que sí es un lugar muy tranquilo, pero no me siento tan seguro de ello. Hay muy pocas mujeres en la aldea, señora, me refiero a damas jóvenes y solteras, y las pocas que quedan son codiciadas. Muchos granjeros se han marchado porque aquí no encuentran esposa.

—Pero nunca sucede nada malo aquí, sir Duncan .

—Es verdad, pero debe estar alerta. Los hombres del norte son peligrosos y siempre merodean los campos. No debe usted venir sola a Groven Manor , señora Dubois si quiere venir... avíseme que enviaré a buscarla. Y si ocurre algo en la granja, si su marido le hace daño... no dude en avisarle a un sirviente. Iré a buscarla. La ayudaré.

Estaban por llegar y de pronto la joven dama se dio cuenta de que Duncan creía que su marido era un malvado capaz de hacerle daño.

—Mi esposo no es un hombre malo, sir Duncan . Al contrario, cuida de mí, siempre lo ha hecho. Es un buen hombre y lo respeto. ¿Comprende?

Los ojos del joven brillaron de repente y la miró como si desconfiara de sus palabras o pensara que él no era su esposo sino su tutor como creían algunos.

—Pero usted quiere volver a su país, señora. Noto su tristeza, su soledad y también que no es feliz—le dijo el inglés.

Ella no lo negó, no quería seguir mintiendo.

—Mi esposo es el único que podría salvarme, milord. Usted no entiende ni puedo decirle la verdad. Pero es mi esposo, no es mi pariente ni mi tutor. Estamos casados y lo quiero. Es un buen hombre. Algún día le contaré por qué hui, pero no creo que deba verle a solas. No es correcto.

Se habían detenido y ambos bajaron de sus caballos y ella quería despedirse, pero él le cortó el paso.

—Aguarde. Por favor, piense en lo que le dije. Si necesita ayuda no dude en avisarle a

sus criados y decirles que me busquen Yo estaré allí. La ayudaré, lo prometo.

—Se lo agradezco mucho, es muy gentil, pero no necesito su ayuda.

Él se acercó y la miró de esa forma tan intensa que la hacía ruborizar, y se quedó mirándola un momento como si quisiera embrujarla con su mirada. Miró sus ojos y luego sus labios con creciente deseo.

Agnès retrocedió porque sabía que no era correcto y sin embargo casi había sentido su beso en sus labios en esos momentos, mientras sus ojos le decían con claridad lo que sus labios cerrados callaban.

—Debo irme... por favor... no.

Ella quiso correr alejarse, pero de pronto ese joven le cerró el paso y cayó en sus brazos que la atraparon. Sus brazos eran muy fuertes y no pudo escapar, fue imposible. Sus ojos no dejaban de mirarla y de pronto se vio envuelta en un rincón espeso del bosque y en sus brazos le dio un beso ardiente al que no pudo resistirse, un beso que la hizo estremecer de una forma que jamás imaginó, un beso que le sacudió el alma, la hizo volar muy lejos a un lugar desconocido y extraño.

Hasta que comprendió que eso era pecado y que se estaba comportando como una desvergonzada. ¿Qué pensaría de ella por dejarse sin oponer resistencia? ¿Qué pensaría alguien si la veía en los brazos de un hombre que no era su marido? Debía apartarlo, debía alejarse de ese hombre antes de que su marido o alguien más la viera.

—¿Está loco? Suélteme por favor—le gritó mientras se resistía.

—Lo siento, creo que la amo, dama francesa. El amo a usted y su misterio y sé que ese hombre no es su esposo. No puede ser su esposo. Quizás la ha raptado de casa de sus padres en un acto bárbaro y por eso tuvo que huir...—le dijo y supo que realmente creía esa historia. Su voz, su expresión delataba una gran emoción y ella se sentía igual. Estaba temblando mientras luchaba por alejarse de ese hombre y contener la rara emoción que sentía.

—Se equivoca... es mi esposo. Louis es un buen hombre y le ruego que olvide esas tonterías. Usted no me conoce. No sabe nada de mí. Y le ruego que no vuelva a besarme ni a buscarme, señor Howard.

Estaba molesta y agitada por sus palabras y por toda la situación. Sentía que todo ese tiempo había buscado verlo, estar cerca de ese joven sin pensar que eso pasaría. O como si no le importara.

—Suélteme por favor...

Él la había retenido más tiempo del necesario y finalmente la soltó.

Notó que era un hombre fuerte y pensó que podría hacerle mucho daño, pero no era un joven malvado sino alegre. Un muchacho. Demasiado joven para querer casarse y tal vez demasiado ingenuo para creer esas historias. La miró embobado, sin sacarle los ojos de encima.

—Aguarde por favor, no se vaya... escuche. Puedo ayudarla. La ayudaría a volver a su país si él la tiene raptada... confíe en mí. Sé que su esposo no es quien dice ser, guarda un secreto, todos lo dicen y usted... no es hija de ningún granjero, estoy seguro de eso—le confesó.

Ella lo miró nerviosa, no podía creer que pensara esas cosas. En realidad, era peligroso que lo hiciera.

—Vaya, tiene usted mucha imaginación. Se ha creído esas historias... todos aquí imaginan cosas malas de mi esposo y hasta creen que no soy una campesina sino una dama.

—Eso no lo puede ocultar. Tiene el porte de una dama, su belleza y los modales... Habla nuestra lengua casi sin acento y eso es extraño en una campesina. Además, mi padre lo vio el día que llegó aquí y pensó que viajaba con un tío y estaba en problemas. Se veía muy asustada entonces. Aterrada. Él me lo contó.

—Por supuesto que estaba aterrada, aterrada por ese horrible viaje en barco. El viento hacía que el barco se tambaleara y jamás creí poder llegar a puerto. Pensamos que moriríamos. Todos los que viajábamos ese día.

—¿Y por qué huyó de su país? ¿Por qué estaba tan asustada que ni siquiera se atrevía a salir de la granja esos días?

Ella sintió que perdía la calma por más que se esmerase en disimularlo, habría deseado evitar esa conversación, pero pensó que si lo hacía solo despertaría más sospechas.

—Hacía mucho frío afuera esos días, estaba helado... el frío de aquí es feroz para un francés del sur. Además, no me sentía segura, ni sabía cómo nos recibirían. Por eso estaba asustada.

—Miente. Oculta cosas... no quiere mentir, pero debe hacerlo. Porque esconde un secreto, sé que esconde un secreto en su corazón.

—No escondo nada, solo vinimos aquí en busca de paz, y tranquilidad. Mi esposo lo perdió todo en nuestro país, Monsieur. Perdió su herencia y sus bienes. Pero no debo hablar de ello, le causa infinita tristeza a él y también a mí... agradezco que quiera ayudarme, pero no imagine cosas que no son. No tenemos secretos y le aseguro que no hemos engañado a nadie.

—No la acuso de eso, señora, pero siento que me esconde algo—le respondió él.—Sé que está muy asustada... está temblando. Teme que descubra la verdad.

Ella lo miró espantada.

—¿Qué verdad?

—La que ocultan sus ojos, señora Dubois, pero no tema, no diré nada. No hablaré palabra de esto. Pero si necesita mi ayuda, búsqume y la ayudaré.

—Lo único que necesito es que cesen esos horribles rumores. Por favor. Tengo esposo y lo respeto así que no vuelva a besarme ni a creer que debe rescatarme de un malvado porque no es verdad. Esos rumores solo me harán más daño, se lo ruego.

Él se quedó mirándola sin decir nada y la joven dama, desesperada, corrió con todas sus fuerzas sin detenerse hasta llegar a la granja.

Todo estaba en calma, la casa parecía vacía, pero por dentro seguía temblando, con el

corazón agitado al recordar ese beso y ese abrazo, sus palabras... No podía creer que esas personas murmuraran y sospecharan que ambos ocultaban algo. Era peor de lo que había creído. Mucho peor que la curiosidad de Madeleine, estaban inventando cosas, historias y ese joven creía que escondía un secreto.

Solo rezaba para que nadie la hubiera visto.

Detuvo sus pasos a tiempo para fingir normalidad y controlar la agitación que la sacudía, pero no podía dejar de temblar.

Las palabras de ese joven no dejaban de perseguirla.

Todos sabían que no eran pobres granjeros franceses caídos en desgracia, aunque eso fuera cierto en parte, los lugareños no eran tontos, por eso Madeleine intentaba sonsacarla trataba de saber de donde era exactamente y por qué nunca hablaba de su familia.

Debió imaginar que eso pasaría algún día lejano, no tan pronto.

No era una simple aldea de campesinos ingleses.

O ellos no eran tan buenos fingiendo ser personas que no eran.

Pensó angustiada en su futuro y comprendió que debía decirle a su marido. Debía contarle de esa conversación... pero antes debía tranquilizarse.

Ahora apenas podía estar en pie.

De pronto se dio cuenta de que la casa estaba vacía y al llamar a su esposo nadie le respondió.

Pensó que era mejor así, no quería que la viera en ese estado.

Fue al cuarto de aseo y se miró en el espejo que allí había y notó que sus ojos estaban muy brillantes y las mejillas le ardían.

Su esposo sospecharía, rezaba para que al menos nadie la hubiera visto besándose con el hijo del conde.

Pensó que le diría a su esposo lo que le había dicho Duncan, pero no tuvo el valor para hacerlo.

Todavía se sentía atormentada por haber dejado que ese hombre la besara y temía que alguien la hubiera visto así que estuvo escondida ese día y los siguientes, permaneció en la granja leyendo algún libro que le había prestado el conde a su esposo y cosiendo alguna ropita para ayudar a la señora Anderson con los niños de los campesinos, era una buena obra y la mantendría distraída y ocupada.

Comprendió que lo más sensato era alejarse de la familia del conde.

Lo lamentaba por Madeleine, era una compañía divertida pero no esperó que su hermano estuviera tan interesado en sus asuntos. Quizás por eso había investigado y averiguado la verdad.

¿Cómo se había atrevido a besarla a pocos metros de la granja y a decirle esas cosas?

Pensaban que su marido era un malvado que la había secuestrado y era mentira. Nadie la había secuestrado y era su esposo, aunque pensarán lo contrario.

Tal vez era su culpa, su esposo le había advertido sobre esas amistades.

¿Pero cómo podía vivir en ese lugar sin hablar con nadie? A veces sentía que odiaba esa casa y se volvería loca en ella. No le gustaba demasiado ese bosque, pero al menos era un lugar donde podía tomar aire y distraerse.

Era mejor que viajar al nuevo mundo.

La asustaba hacer ese viaje, no era seguro y luego de esa travesía desde Francia le dijo a su marido que nunca más se subiría a un navío en su vida.

No habría soportado un viaje de seis meses por mar para llegar al nuevo y mundo y enfrentarse a los nativos. La aterraba pensar en eso.

Trató de serenarse.

Pero no le fue posible.

No dejaba de pensar en lo que ese joven le había confiado en un arrebato de pasión.

No sabían nada de ellos, no habían descubierto nada, solo tenían sospechas. Murmuraban... pero no entendía por qué. ¿Por qué necesitaban saber si realmente era su esposo? ¿Por qué dudaban de ello? No tenía necesidad de inventar algo como eso. De haber sido su tío o tutor...

Pero si le hablaba de ello a su esposo él querría marcharse al nuevo mundo. Tendría miedo...

A pesar de todo habían sido buenos con ellos, les habían ayudado y entregado esa propiedad para que vivieran allí.

No eran malas personas, al contrario, habían sido amables.

Solo que sentían curiosidad.

De pronto se preguntó si su esposo lo sabría. Por eso le dijo que debían tener un hijo... debió escuchar los rumores de que no parecían un verdadero matrimonio y por eso...

Pero sabía que no estaba esperando un bebé.

Quizás fuera estéril.

O el señor pensara que no era el momento para tener un hijo.

Él era quien decidía esas cosas...

No estaba lista para ser madre, no quería tener un bebé y afortunadamente para ella hacía semanas que su esposo no la tocaba.

Eso no era extraño, pero nada había sido lo mismo luego de su llegada a esa aldea. Su esposo estaba distinto y no podía saber qué era.

Solía llegar tan tarde que dormía en otra habitación. Apenas se veían...

Luego lo vio cansado y agobiado por algo que había pasado en las tierras que lo mantuvo

alejado y cuando intercambiaron palabras en el almuerzo de su día a día no le habló de los rumores que corrían sobre ellos.

Tampoco sabía si eran importantes. Quizás fuera mejor ignorarlos.

Pasaba tanto tiempo sola en la casa que no pudo soportar mucho el encierro.

Días después fue a casa de Rosalie porque su madre la había llamado.

Le pidió a un criado que la acompañara a caballo y que luego la fuera a buscar siguiendo el consejo de Duncan .

Era increíble que ese joven se preocupara más que su esposo.

Al llegar Rosalie estaba allí muy sonriente con una corona de flores en compañía de Madeleine. Le alegró verlas charlar y reír en los jardines. Parecían hablar de la próxima fiesta de la primavera con mucho entusiasmo.

Como si nada malo hubiera pasado. Eso la alegró pues le parecía muy tonto pelearse por un hombre.

Ambas la miraron y la llamaron para que se uniera a ella en los jardines.

Agnès fue un momento a saludarlas.

—Agnès, qué guapa estáis. Si mi hermano os viera—dijo Madeleine y dejó escapar una risita.

La joven francesa se sonrojó y Rosalie miró a su amiga inquieta.

—Lo siento, no debí decirlo, pero creo que todos lo saben. Mi hermano está enamorado de usted, señora Dubois. Todos lo saben... pero él también sabe que tiene un esposo así que es un amor platónico.

—Madeleine, no debes decir eso, no es correcto—dijo Rosalie Anderson.

Rosalie era la más sensata de las dos.

Madeleine se echó a reír y Agnès dijo que tenía que hablar con la señora Anderson.

Quería alejarse de su amiga. A veces tenía esos desvaríos que la hacían preguntarse si a esa joven no le faltaba un tornillo. De repente estaba eufórica como ahora, feliz y decía esas tonterías, al rato se enfadaba por cualquier tontería. Al principio la encontraba muy divertida, se reía, pero no era divertido que gritara a los cuatro vientos que su hermano estaba enamorado de su amiga la dama francesa.

No era algo para bromear. No después de que la hubiera besado días atrás.

—Mi madre no está ahora, señora Dubois. Tuvo que irse—le avisó Rosalie a la distancia.

Eso la desconcertó.

—Pero me dijo que viniera hoy...

Le había enviado o un mensaje, aunque el mensaje era extraño. Escrito como con prisas.

—No se preocupe, por favor, venga a charlar con nosotros. Pronto será la fiesta de la primavera. Quiero obsequiarle un vestido, señora Dubois. Mi padre me lo ha pedido—dijo Rosalie.

Tuvo que quedarse y disimular su desconcierto y temor a que Madeleine dijera otra tontería, mientras fingía que no había oído nada de lo otro.

Estaba segura de que su esposo no acudiría a la fiesta de la primavera. Estaría atareado o cansado, además no le gustaban esas fiestas campesinas, se lo había dicho.

Se quedó conversando con las jóvenes un rato y luego fue a probarse los vestidos que madame Anderson había dejado para ella.

Eran tan bonitos...

Se miró en el espejo mientras veía los colores claros y delicados con discreto corsé y mangas cortas. Frescos. De verano. Aunque también había de invierno.

—Pero son demasiado bonitos—dijo de pronto.

Sintió la mirada Madeleine en un rincón, parecía observarla ceñuda, pero Rosalie sonreía de otra forma.

—Le quedan hermosos, señora Dubois y por favor, debe llevárselos. Los han traído para usted... Creen que es una forma de agradecerle su ayuda al participar en las actividades de la comunidad cosiendo ropita para niños y tejiendo mantas.—dijo Rosalie.

—Ese vestido no le va, Rosalie—dijo de pronto Madeleine a su amiga.

Agnès se sonrojó al ver que el vestido no le entraba y por supuesto que la pelirroja se rio al ver sus pechos levemente fueras del corsé a puntos de caer el vacío o estallar. No era su talla o quizás el corsé estaba ajustado, pero era de fina de seda color celeste y le encantaba.

—Le queda precioso, Madeleine. ¿Qué dices?—dijo Rosalie.

—Bueno, me confundí... está usted más regordeta señora Dubois. ¿No estará esperando un bebé?—le preguntó Madeleine.

Agnès la miró furiosa.

—No lo creo... son los dulces que me prepara Mary. Como demasiados.

—Bueno, tiene esposo, seguro que él podría hacerle un bebé, aunque todos dicen que es muy viejo para que eso suceda.

—Madeleine por favor.

Rosalie intervino antes de que su amiga dijera más tonterías.

Qué suerte tenía de tener a Rosalie de su lado ese día.

—Su madre ha sido muy amable, señorita Anderson—le dijo.

—Oh no es nada. Le ruego que asista a la fiesta de la primavera porque es un evento nuestro y será agradable verlos allí a usted y a su esposo.

Ambas se miraron como si pensarán algo o quisieran decir algo y tuvieran que callar.

Por insistencia de Rosalie se quedó a almorzar pues no tenía nada más que hacer y

esperaba ver a la señora Anderson. Pero ella al parecer estaría ausente el resto del día y durante el almuerzo Madeleine estuvo más tranquila y discreta. No dijo ninguna tontería ni le hizo preguntas indiscretas. Rosalie era muy hábil para llevar adelante la conversación.

Y todo giró en torno a la próxima fiesta de primavera.

—Habrás bailes, señora Dubois, y escogerán a la reina de la primavera... un gran honor, creo que muchas chicas esperan ese día para lucirse y sentirse las más guapas de la aldea.

Rosalie se sonrojó y no dijo nada.

Pero cuando Madeleine dejó de hablar de la fiesta la miró y le dijo.

—Por favor, no deje de venir a verme. La echo de menos y mis padres también. Le tienen mucho aprecio.

—Iré a verla en cuanto me sea posible.

Ella la miró suplicante, parecía nerviosa, asustada por algo, pero no se lo dijo. No tuvo el valor.

No podía ir a verla enseguida, no después de que su hermano la había besado y le había dicho que ella no tenía esposo.

A esa altura no podía negar que pasaba algo entre ambos, algo que debía evitar a toda costa, pero por cortesía le dijo a Madeleine que iría a verla en unos días.

Sin embargo, se quedó algo preocupada por su amiga pelirroja, nunca la había visto así, tan nerviosa, parecía preocupada por algo.

Los días siguientes todo estuvo abocado en preparar la fiesta de la primavera, aunque su esposo le dijo que no pensaba asistir ese día durante el desayuno, cuando se preparaban para ir al oficio religioso.

Ella lo miró con extrañeza.

—Pero será una fiesta divertida, habrá cerveza y pasteles y...

—Pues tengo otros asuntos más importantes que hacer, mon belle. Esa fiesta es una tontería.

Agnès comenzó a molestarse.

—Se ofenderán con nosotros si no asistimos.

Su esposo apenas comió los huevos con el pan y se rio.

—Oh de veras? Pues me da igual.

Parecía tener prisa por salir hasta que le dijo que debían asistir al oficio.

Él frenó los pasos sin ocultar su mal humor.

—Acaso es domingo? Diantres, lo había olvidado—dijo y miró a su alrededor indeciso.

—Escucha, no puedo ir hoy. ¿Puedes pedirle a Jules o a Pierre que os acompañen?

La joven pensó que eso era extraño.

—No quiero ir con vuestros amigos, quiero ir con mi esposo—le respondió y pensó que hacía tiempo que no salía con su marido. No la acompañaba a visitar al reverendo, o a dar paseos, siempre estaba ocupado con sus asuntos y distante.

Hasta ahora no se había dado cuenta de ello.

—No puedo ir querida, tengo cosas que hacer aquí, debo vigilar la granja. Siempre hay curiosos merodeando y espiando—le dijo.

Esa respuesta la dejó desconcertada y no pudo evitar que se marchara un domingo a la mañana con mucha prisa.

Pensó que no deseaba ir sola a la iglesia y que todos notaran que su esposo ni siquiera la acompañaba.

Estaba muy raro, y se preguntó si no estaría tramando el viaje al nuevo mundo. No quería ir. Quería volver a Francia un día, era su sueño, pero no se atrevía a mencionar ese asunto

todavía. Tendrían que esperar un tiempo más. Aunque no sabía cuánto...

Decidió dar un paseo para despejarse y juntar flores para la fiesta de la primavera que se acercaba. Todos los criados estaban entusiasmados excepto su marido que había dicho que no pensaba ir.

Pensó que su esposo actuaba raro.

Se ausentaba demasiado y estaba de mal humor a veces.

Pensó que llevaba semanas sin tocarla, no entendía por qué, sabía que una vez a la semana al menos le tocaba complacer a su esposo, aunque no tuviera ganas o estuviera cansada.

Las flores debían ser frescas, aunque sabía que otras serían de papel brillante. Al menos quería adornar su casa para la fiesta, aunque sospechaba que tal vez no podría ir.

Ensimismada contemplando las flores pensó en los jardines del castillo de Provenza, su hogar de recién casada cuando sentía que vivía un sueño. Suspiró al recordar que había flores de todos colores y ella recorría esos jardines pensando que no había lugar más hermoso en el mundo y que siempre viviría en ese lugar tan hermoso... a salvo...

Se puso seria al comprender que nada era como antes, y de pronto lloró al preguntarse si algún día podría regresar a Francia.

Caminó por el bosque olvidando las flores y de pronto sintió un sonido, un silbido y descubrió una pareja de campesinos besándose y sonriendo y se sonrojó.

Sabía por qué estaban allí y seguramente el sonido sería otra pareja que se reunía para conversar y hacer cosas a escondidas. Lo había visto antes y le parecía desagradable y vergonzoso. En su país esas cosas no pasaban... al menos creía que eran más discretos. En sus tiempos de casada jamás tuvo que presenciar algo como eso. Una pareja de jóvenes retozando.

No podía creer que esos aldeanos disfrutaran tanto de retozar en las praderas en vez de hacerlo en sus casas en la debida intimidad. ¿Luego se alejó preguntándose por qué el reverendo permitía esa desvergüenza? No se atrevió a decirle a su esposo lo que había visto. La

avergonzaba presenciar esos actos y mucho más hablar de ello.

Y le molestaba más que estuvieran cerca retozando, cerca de la pradera que bordeaba su propiedad y regresó con prisa a la casa.

Mientras caminaba sintió pasos y de pronto mientras seguía un atajo para llegar antes lo vio allí parado mirándola.

—Agnès...

Solo su esposo la llamaba así a veces, con acento francés, pero no era su voz y no era él... se detuvo en seco al ver a Duncan , el hijo del conde, escondido en el bosque seguramente esperando para verla aparecer. Sus ojos la miraron con alegría y algo más, deseo. Se preguntó si no la había seguido mientras recorría la pradera en busca de flores olvidando por completo que había ido allí por ese motivo y no había podido recoger ninguna.

La dama se detuvo en seco algo asustada y lo miró. Sabía que no era correcto que ese joven volviera a espiarla, se lo había pedido y se había alejado de él todo lo que le fue posible sin embargo no podía negar que verlo la hacía feliz.

—Buenos días, señora Dubois, lamento haber venido sin avisar antes. No quise asustarla —dijo él.

—No me ha asustado, milord. Solo me ha sorprendido, no esperaba encontrarlo escondido como esos campesinos.

Iba d decir campesinos lascivos, pero se contuvo.

En esa aldea eran unos libertinos, retozaban casi a diario y no con la misma mujer, luego la dejaban preñada y así seguía el ciclo de la vida. Más bebés llorones, más damas encintas de forma misteriosa como la esposa del granjero Joshua que esperaba su tercer hijo y decían que no era de su marido pues este era demasiado viejo ya para engendrar... y esa historia se repetía.

—Lo siento —dijo él—es que quería saber si irá usted a la fiesta de la primavera. Mi hermana no estaba segura cuando le pregunté.

¿Y había hecho tan largo viaje solo para preguntarle eso?

—No lo sé, mi esposo no quiere ir.

—Pero será una fiesta muy divertida. Habrá regalos, dulces y la mejor cerveza—
respondió el joven.

A esos aldeanos les gustaba mucho comer deliciosos manjares, beber vino, cerveza, sidra, y también lo otro... eso que hacían escondidos en las praderas. Ni tan escondidos a veces, solo bastaba para que unas faldas se levantaran, un pantalón abajo y luego... ¡Al demonio la decencia!

Mary le contaba, la otra sirvienta hacía bromas y a nadie parecía molestarle que nacieran bebés todo el tiempo. Algunos hasta eran abandonados en la vicaría y entregados luego a familias pudientes que quisieran adoptar a un niño...

Los sermones del reverendo sobre el recato y las buenas costumbres eran ignorados, pero él se jactaba de decir que al menos no había crímenes en su aldea. Eran personas alegres y tranquilas. Con algunos vicios y pecadillos, como si los pecadillos fueran bocadillos que se digerían, aunque no se toleraban completamente.

Y mientras pensaba esas cosas se sintió molesta al imaginar a ese joven haciendo lo mismo con una campesina que tendría para eso... aunque Madeleine jamás le había hablado al respecto, no era tan descarada, imaginó que a un hombre guapo y joven como él no le faltarían enamoradas.

—Trataré de convencer a mi marido, pero él está muy ocupado con otros asuntos. Además, viajará a Londres...

No debía decirlo...¿o sí? No lo recordaba.

Le había hablado de ello el día anterior pero justo estaba distraída.

—¿Entonces se irá a Londres ahora? ¿Por qué?—quiso saber Duncan súbitamente interesado.

—Creo que dijo que iría a vender manzanas o.... no lo recuerdo.

El joven caballero sonrió.

—No habla mucho con su esposo, señora Dubois ¿verdad? O no le presta atención.

Ella lo miró ceñuda.

—Es que lo olvidé, estaba distraída, Monsieur.

Se puso nerviosa al sentir su presencia.

No quería que pensara que era una de esas mujeres que se dejaba bajar el corsé, subir la falda y...

—Debo irme ahora, lo siento, sir Duncan .

—Oh no, aguarde por favor.

Parecía desesperado y en un arrebato se interpuso nuevamente en su camino cuan largo era para no dejarla pasar.

—Debo hablar con usted... es importante—le dijo tomando sus brazos en un arrebato.

Se veía serio, pero sabía si lo hacía para tratar de llamar su atención.

—¿Qué sucede, milord?—respondió ella y apartó sus brazos despacio.

Él sonrió.

—Lo siento—se disculpó.—pero no soy ni lord ni sir todavía, puede llamarme Duncan o señor Howard.

Ella tragó saliva sin comprender muy bien los títulos que usaban esos lores ingleses.

—Han llegado aquí rumores señora, hay un grupo de bandidos merodeando los caminos. Roban mujeres jóvenes y guapas para luego venderlas. Son muy valiosas si son guapas—le dijo.

Ella tembló cuando escuchó eso porque camino a esa aldea habían sido atacados por un grupo de bandidos y lo habían pasado mal, pero pensó que esas cosas ya no pasaban.

Lo miró nerviosa sin entender por qué le decía eso.

—¿Por qué me dice esto? ¿Acaso pretende asustarme?

—Por supuesto que no... pero me he enterado de que pasa usted mucho tiempo sola en su casa. Quise hablar con su esposo, pero él no me prestó atención y como no tiene más familiares... pensé en decirle que no se aleje de estas praderas. No salga sola a ver a la esposa del vicario.

—Nunca voy sola ahora, ni siquiera salgo a veces...

—Pero esta casa no es segura para usted, señora. Es la casa menos segura de la aldea, la primera que verían... ¿no ha oído usted los rumores que se cuentan de esos bandidos?

—No...

—Debería tener cuidado y no alejarse de la casa sin criados y tampoco quedarse aquí sola. Son hombres muy crueles, señora, no le importará que usted tenga esposo, además no lleva alianza.

Ella se sonrojó.

—La perdí, Monsieur.

Él la miró con detenimiento y sonrió como si no le creyera.

—Debo regresar, mi esposo debe estar preocupado—dijo la joven.

—Miente, su esposo no está en la granja ahora, señora Dubois—le dijo mirándola con astucia.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo vi cerca de la vicaría. Creo que se dirigía a ver al reverendo.

Él se le acercó y ella retrocedió asustada.

—Déjeme en paz, por favor milord. No se correcto y lo sabe.

—Solo vine a advertirle, me preocupo por vos, señora. Nunca le haría daño, se lo aseguro

—le dijo.

—Aléjese de mí, no intente besarme como el otro día. Soy una mujer casada.

A él no parecía importarle, no sabía por qué, pero era muy osado.

Tembló al preguntarse qué tramaba ese hombre.

¿Acaso esperaba que fuera su amante a escondidas de su marido?

Corrió furiosa rumbo a la casa, pero él la siguió y la atrapó poco antes de llegar mientras ella se resistía molesta.

—Déjeme en paz o deberé decirle a mi esposo—le dijo nerviosa.

—Ese hombre no parece su esposo, parece su padre, señora.

—Es muy osado al hablarme así. Soy una mujer casada y debe respetarme.

—No me importa que sea casada, hermosa dama, quisiera robármela, no dejo de pensar en usted, en sus ojos, en sus labios...

—Está loco, deje de seguirme, solo va a arruinar mi reputación en esta aldea pues creerán que soy culpable de que siga mis pasos.

—Solo es culpable de haberme robado el corazón, dama francesa, pero nadie puede culparla por eso.

—No soy culpable de nada, y debe dejarme en paz. Tengo un esposo y si sigue molestándome todos pensarán que soy una coqueta. Y se burlarán de mi marido y él querrá darle una paliza y luego... usted parece pasar por alto la amistad de mi marido con su padre y que hemos llegado aquí en busca de un lugar tranquilo para vivir.

—No le haré daño, señora... no tema. Se lo juro. No quise asustarla.

De pronto pareció darse cuenta de su torpeza y se alejó un poco de ella, al menos no intentó besarla como la otra vez.

—Solo no me ignore, se lo ruego, no huya de mí... solo quiero verla, no espero más que

eso ahora.

—Pero sé por qué quiere verme y se comporta como si fuera una joven soltera y tonta. No soy soltera, tengo un esposo, aunque eso no le agrade. Creo que debería buscarse una mujer de su edad y casarse.

Él se quedó mirándola y de pronto lo tuvo frente a ella muy cerca, tanto que podía sentir su olor.

—Usted será mía un día, madame y ese día está cerca, lo presiento.

Vaya, hombre galante, y atrevido, además, decirle en la cara que pronto la haría suya... ¿cómo se atrevía?

—Eso no pasará, olvídense de mí y búsquese una novia con quien casarse. Ya tiene edad para tener una esposa.

No, tal vez no tenía edad suficiente, pero en esa aldea todos se casaban jóvenes y debía comprender que debía casarse, pues era mejor casarse que arder, eso decía su confesor. Y ese joven hacía tiempo que ardía, pero ahora ardía un poco más y sus pasiones eran inadecuadas.

Él sonrió de repente como si sus consejos le hicieran gracia.

—No quiero escoger una esposa en esta aldea, solo os quiero a vos, dama francesa. Me encantaría que fuera mi esposa un día...

—¿Olvida que tengo esposo, Monsieur Howard?

Él sonrió.

—Su esposo está muy distraído, madame, ¿qué clase de marido deja sola a su bella esposa aquí y se olvida del tiempo? ¿Dónde pasa sus horas ese hombre? ¿Lee tantos libros de la vicaría o tiene otra distracción?

Agnès se puso colorada.

—¿De que habla, milord? No comprendo lo que está insinuando. ¿Qué quiere decir

exactamente?

La joven se puso tensa, y su mirada cambió, ahora se veía como una esposa celosa y ella no era así, pero... no era tonta y sabía lo que ese hombre le estaba insinuando.

—Bueno, usted conoce al hombre que dice ser su esposo. Imagino que sabrá por qué se aleja y la deja sola tantas horas. Pero yo considero que esa actitud es muy peligrosa. Me preocupa usted, bella señora, sola en esa casa. Mi padre también está preocupado porque él los recibió aquí y ha sido bondadoso y gentil, pero teme que algo malo le suceda si su esposo la descuida. Esta granja casi no tiene criados ni mozos. Tampoco veo a los amigos de su marido por los alrededores.

Agnès se sonrojó y pensó que esos holgazanes no hacían nada bueno.

—Lo que dice no es verdad, mi esposo no me deja sola y lo demás debo decirle que es muy costoso mantener tantos sirvientes en una casa por eso notará usted todo vacío. Pero en cuanto a lo demás si sabe algo de mi marido le ruego que me lo diga en vez de hacer esas insinuaciones tan desagradables.

Se puso tensa y aguardó inquieta a que él le respondiera.

—No puedo hablar de ello, no sería correcto. Su esposo debería contarle.

Sabía que eso no era bueno, debía hablar con su esposo... sabía por qué no estaba tanto tiempo como antes en casa. Un peligro acechaba, pero los aldeanos se imaginaban que tal vez podía estar haciendo cosas pecaminosas en la pradera, como todos... pero no conocían a su marido, no sabían nada de ambos... y era mejor así, mejor que pensarán que su esposo la engañaba a que se dieran cuenta que él y sus amigos franceses vigilaban los alrededores.

—Debo irme ahora, milord. Le ruego que no me busque. Soy una dama casada y no estoy interesada en sus atenciones. Solo quería su amistad y la aprecio, como aprecio a su familia y a todas las personas de aquí que han sido tan amables con nosotros. Por favor, no quiero perder esas amistades ni que hablen de mí de forma cruel por culpa de sus atenciones. Se lo ruego.

Él se puso muy serio y solemne.

—Nadie habla de usted, señora. No lo permitiría, se lo aseguro. Pero no se aleje de mí por favor, necesito saber de usted, saber que está bien y si se esconde solo hará que sienta más deseos de verla.

Se lo dijo al oído, antes de que pudiera correr y escapar.

Pero esa conversación la dejó inquieta, agitada.

Por varias razones.

Ese joven despertaba en ella cosas que no lograba entender, que no podía controlar, sensaciones intensas desconocidas como cuando se enamoró de su esposo años atrás.

Pero ahora ni siquiera sentía ese amor. Se sentía tan sola esos días... él no dejaba de hablar entre murmullos del peligro y le ordenaba que se quedara en casa. Se molestaba si lo desobedecía, pero ¿qué quería que hiciera?

No podía quedarse todo el día, encerrada en esa casa antigua y solitaria.

Pero ese día debía decirle lo que pasaba. Debía hablarle de los rumores desagradables que se contaban sobre él.

Dio vueltas en la casa sin saber qué hacer hasta que de repente su esposo apareció de mal talante.

—Vaya, al fin habéis llegado Agnès. ¿Dónde estabais?—le preguntó.

Era temprano, no solía llegar a esa hora. Se quedó mirándolo aturdida.

—No ha pasado nada, querido... solo fui a dar un paseo y me demoré.

—¿Os demorasteis? Llevo un buen rato buscándote. No puedes dar paseos sin criados, sin escoltas, Agnes.

Ella tragó saliva.

—Aguarda, debo decirte algo, deja de hacerme preguntas. Solo estaba caminando. Salí a

buscar flores para adornar la sala y luego lo olvidé—dijo con sinceridad—Eso no es importante, pero hablan de vos, mi señor. Hablan de vos en la aldea.

En otro momento sabía que su marido se habría reído y burlado o habría ignorado sus palabras. Los aldeanos eran muy dados al cotilleo y ambos lo sabían.

—¿Qué has hecho, Louis? ¿Por qué me miráis así?—le preguntó.

—Nada, mujer... sabes por qué me he ausentado. Debo vigilar los alrededores y además...

Lo vio vacilar y morderse el labio.

—Soy un hombre, Agnès, tengo necesidades. Pero no volverá a pasar, lo prometo.

Ella sintió que ardía de rabia.

Había escuchado antes esa frase.

Ella no era una esposa apasionada, no era suficiente para un hombre como él y lo sabía, pero no por eso podía cometer una indiscreción en ese lugar.

—Pero no estamos en París, vivimos en esta aldea y todos van a enterarse, Dios mío.

No le importaba que tuviera amantes, porque eso evitaría que la embarazara o la buscara. A esa altura ya no soportaba ni que la besara. Su matrimonio estaba destruido y no podían estar más alejados. Pero de los dos él era el más enfadado y lo sabía.

—Agnès, lo siento mucho—le dijo con expresión culpable.

—¿Acaso has estado viendo a una mujer?—le preguntó.—No necesitas inventar excusas.

Él la miró con expresión culpable. No lo negó, pero tampoco quería hablar de ello.

—Lo siento mucho—insistió—ella me buscó. Yo...

—Y tú aceptaste de buen agrado lo que os ofrecían.

—Tú ni siquiera duermes a mi lado, hermosa. Sois mi esposa y no puedo tocaros.

—No tenemos que fingir ahora. Solo acepté vuestra ayuda porque tenía miedo, no lo hice

porque os amara, Louis. Ya no... todo fue un error. Pero ahora debemos evitar que hablen. Sospechan que no somos un verdadero matrimonio y eso no es bueno. Pero además sospechan que os encontraréis con otra mujer y me engañáis con ella. Algo que por otra parte es verdad al parecer.

Iba decirle que era un estúpido mujeriego, un hombre infiel y egoísta, pero se contuvo.

—Pero saben que lo hacéis, así que deja de buscar a esa mujer por favor, dejad de verla por un tiempo. O creerán que eres un esposo malvado y libertino. Algo que es cierto, pero no es bueno que lo sepan ahora. Porque a pesar de sus fechorías, todos tratan de enmendarse y mostrar una imagen distinta. Les importa el qué dirán.

—Lo sé, perdóname...

Sabía lo que haría, le diría que la amaba y trataría de hacerle entender, pero ni siquiera hizo eso.

—Lo prometo... no volveré a hacerlo. Pero hay algo más que me preocupa ahora, mon amour.

Tardó en decirle lo que pasaba. Tardó tanto tiempo que ella ya se había ido a asearse.

Estaba furiosa al comprender que Duncan ya lo sabía. Sabía que su marido la engañaba con otra mujer. Era horrible y humillante.

Escuchó la voz de su marido y lo miró inquieta.

—Hay un peligro ahora, Agnès y os aseguro que no he ido a buscar una mujer, solo he estado...

Se vistió con prisa y escuchó una historia de unos bandidos merodeando la aldea. Bandidos del norte o de un lugar más lejano.

—No debes salir sola. Temo que sean los caballeros de...

Lo miró furiosa.

—No quiero que volváis a acercaros a mí.

Él se acercó y la miró suplicante.

—Agnès, debemos irnos de aquí. No podemos dejar ... no quiero morir. Y tú debes entender que nuestro destino nos une. No os dejaré aquí para que cualquier sucio granjero quiera tocarte. Eres mi esposa, lo sois...

—No me iré, Louis. No me iré de aquí—declaró.—Hemos encontrado un lugar para vivir en paz y estar a salvo. Solo me iría de regreso con mis padres, con mi familia. Pero sé lo que planeáis—miró nerviosa a su alrededor y fue a verificar que no hubiera ningún criado espiando. Los había visto cerca en ocasiones, pero al parecer la casa estaba vacía.

Su esposo la siguió.

—Qué sucede, Agnès?

—Solo quería saber si había alguien escuchando nuestras conversaciones.

Él se quedó mirándola.

—Entonces no es un lugar tan seguro como creíais.

—No lo es porque vos... habéis hecho una tontería y ahora todos lo saben. Vuestra reputación, Louis... ¿quién es esa mujer?

—Eso no importa, fue una tontería. Por favor... no os diré nada de ella.

—No lo haréis?

—Es que no es importante... os hablé de un peligro. He estado hablando con mis amigos y todos creen que debemos emprender el viaje al nuevo mundo.

—En barco a Boston? Oh no lo haré, no haré ese horrible viaje de meses.

No la escuchó, seguía hablando de los del nuevo mundo. La tierra prometida, el paraíso para los que habían perdido su fortuna y deseaban recomenzar. Tierras, muchas tierras y una posición mucho mejor que ser un triste granjero de esa aldea.

—Debemos irnos. Este lugar no es seguro. Han pasado cosas Agnès...

—¿Qué cosas, Louis?

Él no quiso decirle, parecía asustado y bastante alterado, nervioso.

—¿Qué sucede, Louis? ¿Qué me ocultáis?—le preguntó molesta.

Él guardó silencio y esquivó su mirada.

—Teníamos un plan, algo salió mal, pero creo que este lugar ya no es lo que esperaba. Ocurren cosas... y esos aldeanos no dejan de husmear y de seguir tus pasos. Pero eso no es lo peor de todo... No me siento seguro aquí. He recibido una carta de lord Templeton de Londres. Dice que ha visto a un grupo de franceses allí preguntando por madame Rochelle.

Ella lo miró furiosa cuando pronunció su nombre.

—OH cállate por favor.

—Nadie sabe aquí francés, los ingleses son muy lerdos para entender o aprender.

—El reverendo y su hija hablan nuestra lengua y también el conde.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Acaso vuestro amigo Duncan os lo dijo?

Ella se sonrojó.

—¿Y los habéis oído hablar? Son terribles pronunciando nuestra lengua... no la comprenden. Dudo que puedan entender de qué hablábamos, ni siquiera el reverendo habla bien.

—Pero es un hombre amable, Louis. Nos han ayudado y vivimos aquí en paz lejos de nuestros enemigos.

—Calla por favor, habéis dicho demasiado y yo también, pero os dije lo que necesitáis saber. Me iré a Londres pronto y deberéis acompañarme. Es eso o quedaros aquí y convertirlos en la amante de ese hijo de conde de pacotilla...

—De quién habláis? ¿Cómo os atrevéis?

—Ese mozalbete no os pierde pisada, querida, ¿creéis que soy tonto? Duncan Howard,

hijo del señor de Grovenham.

Agnès se sonrojó.

—Duncan es solo un amigo, como su hermana Madeleine. Pero vos siempre habéis tenido unos celos infernales y ahora me confesáis que tenéis una querida... pero no deseáis decirme su nombre, solo hablar de ese joven para desviar mi atención.

—Cree que os tendrá muy pronto, que solo sois la esposa de un pobre granjero francés y que puede reírse de mí.

—Nadie se ríe de ti, Louis.

Él se puso impaciente.

—Todo lo que he dicho es verdad, pero ahora no quiero hablar de ese hombre. Solo os diré que debéis estar preparada. Debemos irnos de aquí muy pronto, ángel. Luego de la bendita fiesta de la primavera y pospondré mi viaje a Londres del que os hablé. Tengo otros asuntos que resolver antes—dijo cansado.

Ella lo miró con pena. Se veía prematuramente viejo, cansado... No podía creer que ese hombre había sido en el pasado un caballero tan importante y guapo. De pronto se dio cuenta de que no era más que la sombra de lo que un día había sido.

Pensó que ella también se habría convertido en una sombra. Desterrada de su familia, de su país, de sus amigos...

Entonces escuchó esas palabras que la hicieron volver al presente.

—No podemos postergar nuestro destino, mon belle—dijo su marido.

Sabía lo que esas palabras significaban.

—Debemos irnos. He recibido una carta.

—OH no ... ahora no. Ese viaje es peligroso. He escuchado historias horribles sobre el nuevo mundo y los indios. La travesía...

Él dejó que hablara, que dijera lo asustada que estaba, pero entonces él le mostró la carta que le había enviado el conde desde Londres y la dama tembló.

La leyó sin entender de qué hablaba pues la carta estaba escrita casi en clave, con garabatos casi ininteligibles.

Su marido le tradujo el mensaje.

—Debemos irnos. Eso significa. Porque si mi enemigo me encuentra aquí soy hombre muerto, mon chérie y tú lo sabes bien.

Ella lo miró espantada, incrédula.

—No puede ser... nunca nos encontrarían aquí, eso dijo vuestro primo. Tiene que haber un error. Quizás solo son sospechas...

—Pues yo no creo que sean sospechas, mi amigo no me escribiría un mensaje como este tan urgente si solo fueran suposiciones. Eres tú que se ha encariñado aquí con ese hombre y quiere quedarse.

—Louis, ¿cómo os atrevéis a decir tal cosa?

Él la miró muy serio, no era una broma, hablaba en serio.

—Debíamos tomar ese navío, mon belle. Pero ahora es tiempo de irnos. Llamáis demasiado la atención y eso no es bueno. Hay extranjeros en el pueblo vecino, los han visto, holandeses, irlandeses y han visto a los franceses. Seguramente en París se han enterado de que no fuimos a Boston, sino que estamos aquí.

Pensar en eso la aterraba. Mucho más que ser acusada de ser una esposa infiel con un caballero inglés.

Ahora tenía asuntos más cruciales que resolver y no era sobre Duncan.

—Pero es un viaje largo y peligroso. Podemos morir... pudimos morir ese día, Louis— dijo la joven nerviosa.

—Pero eso no pasó, estamos vivos, sanos y salvos pero este lugar no es seguro. Me lo han dicho los granjeros, esta casa, mon belle, esta casa perteneció a un granjero al que mataron una noche para robarle a su esposa.

—Qué dices... pero eso nunca lo mencionaron.

—¿Y por qué diantres creéis que no lo mencionaron?

Agnès retrocedió espantada.

De pronto se quedó allí tiesa sin saber qué decir, incrédula.

—No puede ser... nadie habló de ello.

—Pues no, no lo hicieron, supongo que imagináis por qué...

—Qué estáis pensando, Louis? ¿Qué es lo que creéis ahora?

—Pues no me agrada nada todo ese asunto. Me lo ocultaron y me enteré cuando fui al pueblo el otro día, cuando un forastero supo que vivía en la granja del señor Bells y fue entonces que supe su historia. Al pobre hombre lo mataron para robarle a su esposa. Una esposa muy guapa y joven.

—¿Y qué pasó con su esposa, con ese hombre?

—Pues dicen que fueron los bandidos del norte, eso me dijeron cuando pregunté, aunque otros se miraron entre sí y comenzaron a murmurar que tal vez fueron los lugareños lo cierto es que nunca volvieron a ver a su esposa. creen que se la llevó un hombre del norte o que está aquí escondida en algún lugar. Creen que un caballero la escondió en su mansión. Es la costumbre de estos hombres. Por eso creo que es hora de irnos. No quiero terminar muerto y arruinado aquí.

—Por favor, Louis... no pensarás que

—Luego hablaremos del viaje. Pero mejor será que os hagáis a la idea.

—Pero son buenas personas, han sido tan amables... jamás harían algo tan horrible.

Su esposo se crispó.

—No han dejado de vigilarte mon belle, no solo vuestro joven enamorado. Hay otros que os miran con lascivia. Los he visto y estoy harto de expulsarlos. Y me dijeron además que este lugar es muy inseguro, está expuesto a los salteadores de caminos, se ve desde el otro lado.

Su esposo parecía muy alterado, pero ella se quedó mirándole sorprendida pues Duncan acababa de decirle lo mismo poco antes.

—Debemos irnos de aquí, Belle, no hay alternativa. Es peligroso.

No pudo hablar más del asunto pues la llegada de sus amigos y del almuerzo en bandejas los obligó a guardar silencio.

Fue un día muy extraño y molesto para ella. Acababa de enterarse de que su esposo había vuelto a engañarla, que tenía un amorío con una mujer de la aldea y que, además, planeaba hacer un viaje al nuevo mundo con su compañía.

Tembló al pensar en el viaje en barco.

No se sentía capaz.

A menos que fueran expulsados de la aldea.

Ella solo se iría para volver a Francia, no pensaba recorrer medio mundo en barco, pero ¿qué podía hacer si su marido se iba? No tendría alternativa. No podía quedarse sola allí.

No después de saber que habían matado al antiguo dueño de la granja para robarle su esposa. Nadie lo había mencionado, pero resultaba sospechoso que le dieran una propiedad tan inmensa para que la habitaran.

Quizás solo fue una fatalidad, pero no le gustaba, le daba mala espina.

Por supuesto que ese hecho había decidido a su esposo a planear ese horrible viaje al nuevo mundo.

Apenas pudo probar bocado, para ella todo estaba arruinado, pero no podía dejar de pensar en esa conversación y a la mañana siguiente, su esposo anunció que debían partir cuanto

antes.

Lo dijo con tal firmeza que ella comprendió que su partida era inminente.

Agnès dejó sus quehaceres y lo miró.

—Acaso planeáis un viaje ahora? pero no tenemos dinero para tan largo viaje.

Su mirada cambió y miró a su alrededor. Luego la llevó hasta la ventana de la cocina, el lugar más alejado de la casa.

—Escucha mon amour, todavía quedan nuestros ahorros. Las joyas.—le recordó—y sé que lord Ponsonby nos ayudará. Ha sido mi amigo más leal desde el comienzo.

—Pero ese viaje es muy costoso, Louis y además muy riesgoso. Sabéis bien que todos podemos morir... yo no quiero morir—su voz se escuchó triste y desesperada, ella misma se sorprendió al descubrir la angustia que le provocaba ese viaje.

Él se acercó y la abrazó, y por un momento ella lo olvidó todo y se aferró a ese abrazo.

—Querida, ten calma, solo es un viaje. Nada malo pasará...

—Pero sabes que puede pasar lo peor... no quiero morir. Quiero volver a casa... ir al nuevo mundo siempre ha sido vuestro sueño, no el mío.

Él la miró inquieto cuando le dijo eso.

—Sois mi esposa, todavía lo sois...

—Pero quiero volver a casa, por favor. Quiero volver con mi familia. No quiero hacer ese horrible viaje.

La mirada de su marido cambió, pareció perder brillo y entusiasmo, como si no considerara siquiera volver a su país.

— Ya no le temo a la muerte, Belle, he pasado demasiado dolor en esta vida, lo he perdido todo y solo os tengo a ti. Pero todo cambiará en el nuevo mundo, allí estaremos a salvo.

Ella lo miró con tristeza.

—Creí que podría ver de nuevo a mis padres, que en un tiempo podríamos volver a Francia—le dijo. Y su voz se quebró.

Había una nostalgia en ella, una tristeza. Se arrepentía de haberse dejado llevar por el amor, por haberse dejado atrapar pues por culpa de su insensatez, por culpa del amor lo había perdido todo.

Hasta que el amor la abandonó.

Él trataba de acercarse, de hablarle con dulzura y reconquistarla, pero hacía tiempo que no amaba a su esposo, aunque no se había dado cuenta hasta que fue evidente. No lo quería, o le habría dicho sin pensar que lo acompañaría al nuevo mundo a pesar del miedo que esa travesía le provocaba.

—No podemos regresar a Francia, si lo hago me matarán, mon chérie. Y vuestros padres os encerrarán por haberles desobedecido. Ese será vuestro castigo. ¿Es que no lo entendéis?

Ella sabía que era verdad, pero se aferraba a esa esperanza, no podía evitarlo.

—No tenemos nada aquí, Agnès. Nada más que tierras, y una granja miserable. ¿Acaso deseáis quedaros en esta tierra triste y horrible solo porque teméis hacer ese viaje? Pensad que luego seréis compensada y podréis tener la vida de antes. Os lo prometo.

—No podéis hacerme esa promesa, Louis. Ni siquiera sabéis si podremos llegar con vida a ese lugar. Pero aquí han sido buenos con nosotros y podemos quedarnos un poco más, tenemos ahorros.

—Os aferráis a una quimera. Aquí no somos más que un matrimonio de franceses, campesinos... nunca he vivido de forma tan miserable en mi vida. ¿Es que no deseáis algo mejor que esto? No estabais acostumbrada a esta vida, os juré que sería algo transitorio, que luego todo mejoraría, pero eso no pasó. Eso no pasará. Y creo que jamás debimos venir aquí.

Ella lo miró.

—¿Y acaso teníamos alternativa?

—No, no la teníamos Belle, pero ahora debemos irnos. Nuestro disfraz se desvanece, sospechan, dicen que soy demasiado viejo para ser vuestro marido, que no soy vuestro esposo en realidad sino un tutor... sí, ya he escuchado los rumores. Os miran con codicia y deseo por eso inventan historias. O porque se han dado cuenta que no somos un matrimonio de granjeros franceses. Lo temía...

—Pero nos han aceptado de todas formas y nos han dado un hogar.

—¿Un hogar? ¿Esto es un hogar? Es una pocilga campestre querida Belle, esto nunca será un hogar. Y no quiero hablar más del asunto. Temo que alguien escuche nuestra conversación.

Ella suspiró y lo miró molesta. No se iría de ese pueblo para hacer tan largo viaje y se lo dijo.

—No me iré, Louis, no lo haré.

—¿Es que no os dais cuenta? Esta casa es una maldita trampa de tontos. Solo quieren matarme y robarme a mi esposa, por eso nos han traído aquí.

—Estáis loco, eso no es verdad. ¿Creéis que vuestro padrino os habría enviado aquí si eso fuera cierto?

—Bueno, supongo que él no lo sabía, mon amour. Estos pequeños pueblos del sur son lugares infernales. Ya no me fío de nadie aquí, ni siquiera del reverendo y mucho menos del conde.

—¿Por qué? ¿Qué os han hecho Louis?

—Nada, pero no me fío de nadie. Nos iremos de aquí luego de la fiesta de la primavera mon chérie, os daré unos días para que os despidáis de vuestras amistades, pero luego vendréis conmigo a Boston. Sois mi esposa y no os dejaré aquí sola con esos buitres—le dijo mirándola con determinación.

No era un hombre posesivo, ni celoso en realidad, pero parecía asustado o empecinado

con salirse con la suya, no estaba segura, solo sabía que no se rendiría.

Ella sintió que todo se caía a su alrededor, la amabilidad de los lugareños, las atenciones del hijo del conde, y sus nuevas amistades, todo le pareció de cristal y a punto de quebrarse mientras pensaba en los anteriores dueños de la granja. Nadie los había mencionado jamás, o sí lo hicieron... dijeron que habían muerto de viejo o que se habían marchado a otro lugar, ya no recordaba.

Pero la historia que acababa de descubrir su marido la había asustado y pensó que nada era lo que había imaginado.

—Querida, debes vencer el terror que sientes por ese viaje, solo dejad de pensar en ello, os lo ruego. Es por vuestro bien. Por nuestro bien. Muchos han realizado ese viaje, familias enteras y ahora son grandes señores y viven en una ciudad bella y próspera.

Sí, había escuchado antes esas historias de personas que habían viajado al nuevo mundo como se le llamaba entonces, a América, un lugar mágico dónde personas pobres se hacían ricas, dónde los desheredados encontraban tierras y una casa sin mucho esfuerzo, y luego con el tiempo se convertían en millonarios.

Algunos lo lograban, pero otros morían durante el viaje que duraba meses. Ella ni siquiera había soportado la travesía por el canal de la Mancha desde Francia a Inglaterra cómo podría soportar un viaje tan largo. Solo quería volver a su país, ver a su familia, a sus amistades y a sus queridas primas.

Pero su esposo le decía que eso era imposible, y volvió a decírselo en esos momentos.

—Deja de soñar Belle, por favor, deja de soñar con volver a París. Nadie os recibirá allí ni os brindará ayuda, sabes bien por qué.

No quería decirlo en voz alta, no quería revelar la razón por la que habían escapado. Nadie debía saberlo y sabía que era mejor así.

—Os acompañé una vez, mon amour, me convencisteis de huir de mi país porque era

vuestra y os debía obediencia, pero no haré ese viaje. No haré ese horrible viaje. Muchos han muerto en el camino devorados por el mar... son aguas peligrosas, es un viaje horriblemente largo. Infernal.

—Vaya ¿y quién os ha contado? ¿Vuestro amigo el hijo del lord?

Agnès se sonrojó.

—Belle... ese hombre solo os ve como un capricho. Para él sois una tentación, una bella dama que se le resiste, pero cuando os haga suya luego os olvidará y os quedaréis aquí para parir sus bastardos hasta que se aburra y luego...

—Calla, no me habléis así. No soy la amante de ese joven, solo su amiga y no espero que...

—Lo sé, querida, pero solo intento haceros pensar, porque no lo estáis haciendo ahora. Solo estábamos escondidos esperando el momento, este nunca fue el destino que buscábamos. Muchos han hecho el horrible viaje y lo hicieron en embarcaciones más precarias, las de ahora son más resistentes y formaron colonias, colonias de puritanos ingleses y de otros países. Mis amigos se han ido y pude acompañarlos. Debimos estar allí, pero debimos volver por ese percance.

—Pero eso no pudo ser, olvídale por favor. Es un viaje peligroso.

—¿Peligroso? Peligroso es quedarse aquí más tiempo y lo sabes. Mis amigos están listos para irse, solo Lambert se quedará y él no podrá cuidarlos.

Ella se sintió atrapada.

—Sois cruel. ¿Ahora vais a abandonarme? ¿Me dejaréis sola aquí?

Él se le acercó y le dio un beso ardiente y apasionado, un beso que no llegó su corazón, ni siquiera rozó su piel. Y luego la miró como si buscara alguna reacción en sus ojos, pero ella seguía emperrada en quedarse y no podría convencerla.

—Os ruego que reconsideréis. Sois tan joven... os están engañando. Nada de esto es

real... no hay nada aquí para nosotros. ¿Qué futuro os aguarda? Esos nobles ovejeros tienen más arrogancia de lo que creéis y sois mi esposa. Todavía lo sois. Ese joven fantasea y os galantea, pero nunca podría desposarte. ¿Creéis que soy tonto? Os han visto en su compañía en algunas ocasiones, y sé que os espía... sigue vuestros pasos. Vigila a mi esposa.

—Para mí es solo un amigo y yo no sé nada de que esté espiándome. En esta granja siempre hay fisgones.

—Pues no soy tan ingenuo como tú querida, he vivido más.

—Por favor, Louis, solo esperad un poco más. No os marchéis ahora.

—No es prudente quedarse, os advertí. ¿Por qué no queréis escucharme?

Se hizo un incómodo silencio y entonces él dijo.

—Os dejaré que lo penséis. Supongo que querréis disfrutar la fiesta de la primavera antes de iros. Os daré ese tiempo para que lo penséis. Pero sabes lo que pasará si descubren vuestro verdadero nombre, si se desvela nuestro secreto.

Ella lloró cuando le dijo eso, pero sabía que era verdad.

Todo sería peor si su secreto salía a la luz.

¿Pero sería capaz de hacerlo, de revelarlo?

—No puedes hacerme esto... he renunciado a todo para seguirte, lo he dejado todo, lo he perdido todo, Louis Dubois.

Él sabía que tenía razón y le pidió perdón.

—Lo siento mucho. Siento haberte traído aquí, haberte hecho sufrir... al final temo que escogisteis al hombre equivocado. Pero no os abandonaré, no lo haré, sois vos quien desea hacerlo, quien ya no me ama.

—Vaya... ¿y ahora es mi culpa? No quiero escuchar más vuestras historias, Louis. Solo me arrepiento de no haber escuchado a mi madre, ella quiso advertirme, ella me avisó que esto

pasaría. Que un día me vería en la ruina y abandonada porque tú nunca serías un buen esposo. Que yo solo era un capricho de tu deseo y nada más. Oh, pero cuánta razón tenía. Solo fui vuestro capricho.

—Eso no es verdad, os amaba... habría dado mi vida por ti, Belle y lo sabes. Pero tuve problemas, todo se perdió...

—Por supuesto, lo disteis todo, hasta vuestra vida... nunca me amasteis. Y yo no sabía de lo que hablaba mi madre, pensaba que solo estaba enfadada y no la escuché, ni siquiera sabía nada de la vida ni del amor cuando os conocí. Pero ella vio más allá. Dicen que las madres nunca se equivocan y es verdad.

Él se quedó mirándola sin decir palabra, Agnès se alejó llorando. Todo estaba perdido y lo sabía. De qué servía ahora discutir o tener esas peleas y comenzar con las recriminaciones. Era su culpa, fue una estúpida, una niña estúpida desobediente y encaprichada con un hombre mayor que supo enamorarla porque era un seductor y un artero y tenía bastante más experiencia que ella.

Pero distaba mucho de sentirse feliz con la partida de su esposo.

Al contrario. Estaba furiosa y empezaba a sufrir las consecuencias de su locura, es decir eso era casi lo peor que podía pasarle pues se quedaría sola en la aldea y todos la verían con otros ojos por haber sido abandonada por su marido.

Eso no era Francia, no era París. Una dama de noble cuna jamás era abandonada, pero si padecía esa desgracia su familia inventaba una fatalidad y la convertían en viuda. Pero primero se cercioraban de que el infeliz nunca pudiera poner un pie en Francia para que ella pudiera continuar con su vida y casarse de nuevo luego de hacer un funeral con toda prisa para los más allegados y declarar muerto al esposo en cuestión.

Su padre en cambio habría matado a Louis en ese instante solo por decirle que se iba a ir al nuevo mundo y la abandonaba. Pero su padre estaba en París, lejos de todo eso y no la

ayudaría.

Maldijo en su lengua mientras caminaba de un lado a otro de su habitación furiosa y asustad, pues a pesar de su orgullo no quería quedarse sola en esa aldea. Ahora que al fin empezaba a hacer amistades... pero ¿qué pensarían de ella si todos se enteraban de que su esposo la había abandonado para viajar al nuevo mundo? Había que ser muy osado y aventurero para irse tan lejos.

Pero él no se conformaba con ser un simple granjero.

Se lo había dicho en otras ocasiones.

Su marido odiaba ser un granjero y vivir de la ayuda de esos buenos samaritanos ingleses. Esos pequeños duendes del bosque. Solo esos simples podían disfrutar de esa vida sin aspirar a tener algo mejor, pero él... él había sido un noble muy rico. Un heredero de un antiguo linaje. ¿Qué podían ellos imaginar a su rey que era un hombre listo y tan culto y le decían el bienamado?

Esa noche durante la cena trató de convencerla, de suavizar las cosas, de hacerle comprender que nunca tendrían nada en esa aldea.

—Si os quedáis solo os convertiréis en el juguete de ese conde ovejero. Su juguete. No su esposa. Porque estáis casada conmigo.

Ella lo miró furiosa y en esos momentos casi odió estar atada a ese hombre.

Por su culpa lo había perdido todo y se lo dijo. Se lo dijo por primera vez demostrando cuánto había sufrido por sus engaños, por su seducción y abandono de su familia. Lo había perdido todo. Lo había dejado todo por amor y ahora se daba cuenta de su gran error.

—Es que siempre fuisteis muy dulce y tierna Agnès. Aun ahora. Estáis enamorada de ese joven y seguro que te creeréis todas sus mentiras y esperaréis que un día os convierta en su esposa. Pero eso no pasará. Porque siempre estaréis casada conmigo, aunque quizás con el tiempo declaren nula nuestra boda... por mi abandono. Escucha. No soy un malvado. Si

queréis... estoy dispuesto a llevarte de regreso a Francia. Lo haré... permitiré que anulen nuestra boda y que tú puedas encontrar un caballero de tu rango. Es lo que tanto soñáis ¿no es así? No os dejaré aquí para que ese maldito gnomo os llene de bastardos y llevéis una vida de indignidad. Porque sois mi esposa, y sé que no fui un buen marido, pero quiero enmendarlo. Quiero que tengáis una vida más digna, una vida como la que teníais antes.

—¿Y creéis que mi padre me recibirá con los brazos abiertos? ¿Que anularán la boda y podré casarme con un caballero como si nada hubiera pasado? ¿Creéis que podéis robaros a una mujer, arruinar su vida y luego devolverla como un juguete viejo inservible?

Él no respondió, sabía que su padre jamás la había perdonado por fugarse con ese libertino del sur y nunca había respondido sus cartas. No la había perdonado ¿y cómo esperaba él que ella regresara como si nada?

—No volveré a Francia sin ti. No quiero terminar mis días en un convento. Sabes bien cómo piensa mi padre y una hija abandonada por su marido, entregada de regreso sería la peor vergüenza para un hombre. ¿Creéis que soy una maleta, una cosa, un mueble que ni siquiera habéis comprado, solo tomaste, robaste y luego devolverla? No... eso no pasará. Yo decidiré mi vida, mi futuro, tú te irás y deseo que lo hagáis pronto. Ya no quiero volver a verte. Os han dado un hogar, estas tierras, os han ayudado, pero ni siquiera habéis sido agradecido. Solo esperabais el momento para fugarte al nuevo mundo. Pues hacedlo, pero no voy a ir contigo, no subiré a ese barco ni tampoco me regresaréis a Francia. Todo está perdido para mí, pero sé que aquí estaré a salvo. Solo sé discreto a la hora de abandonarme y no dejes que nadie os vea.

Pensaba que todo era como una pesadilla, una locura. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo escaparía de esa aldea sin ser visto? Sin despedirse... sin dar las gracias.

No quería ni saber cómo sería el día en que despertaría sola y abandonada, no se atrevía. Estaba asustada, furiosa y ni siquiera podía pensarlo con claridad.

Su orgullo le impedía tratar de convencer a su marido, ya no quería retenerle a su lado

con mentiras. ¿De qué serviría? Si ya no la amaba. Solo quería irse lejos como siempre había querido. Recuperar su herencia, su fortuna en América como creía que habían hecho sus amigos. No haría dinero en esa aldea, no podría vivir como un caballero y la dejaría sola.

Al menos pudo engañarla, irse misteriosamente y que nadie lo supiera...ni ella misma. Y que luego todos pensaran que había muerto.

Pero él no era así.

Era cruelmente sincero y, además, conocía bien sus planes. Sus planes secretos de ir al nuevo mundo. Nunca había renunciado a ellos.

Pero lo más triste era que hasta le había ofrecido llevarla a Francia con Lambert. Como si quien devuelve una esposa inútil, inservible...

Estaba tan furiosa que no pudo conciliar el sueño y tardó en dormirse.

Al día siguiente despertó sola y sintió un frío intenso. Un frío en toda la habitación a pesar de ser primavera, que la obligó a envolverse con la manta.

Luego recordó esa conversación y fue a ver si él se había marchado.

Tenía que saberlo.

El cuarto estaba vacío y también la casa. Era temprano.

Pensó con tristeza en sus palabras. En lo que le dijo de Duncan .

No se hacía ilusiones con respecto a ese joven, y no estaba enamorada de él como creía su marido, pero guardó silencio para ver si su esposo se sentía desafiado o molesto.

Pero no le importaba lo que pensara.

Era un maldito y lo odiaba.

Una sola criada apareció ese día: Mary y se veía agitada.

—Lamento la demora, señora, es que he estado muy atareada. La esposa del

señor Adams entró en parto justo esta madrugada y acaba de nacer su niño. Es hermoso... y tuve que ayudar, estaba muy alterada. Siempre pasa así con las madres primerizas.

Ella la miró aturdida.

—No lo sé, nunca he tenido un bebé Mary.

—Qué pena... es tan joven.

Agnès se sonrojó.

No entendía por qué debía tener hijos o estar encinta solo por tener un esposo.

—¿Nunca ha querido ser madre, madame Dubois?—insistió su criada.

—No lo sé... supongo que siempre tuve miedo al parto.

En realidad, lo que menos quería era hablar de bebés en esos momentos.

Su marido planeaba abandonarla y se alegraba de no haber quedado nunca preñada. Estaba muy enfadada y triste por esa conversación. Herida y no quería hablar de niños ni de esposos. Pero luego sintió un alivio casi salvaje al ver toda su ropa bien guardada en la maleta. No se había ido como pensaba, por supuesto, quizás demoraría unos días. Haría como que nada pasaba y ella fingiría no verlo.

No quería verlo en realidad. Había pasado una noche infernal con horribles pesadillas.

Luego tendió su cama y pensó que a lo mejor se había arrepentido. Dijo que le daría unos días para considerarlo, además.

Os daré unos días...

Ella secó sus lágrimas y pensó que su esposo era todo cuanto tenía ahora. Sus amigas de la aldea eran recientes, sus admiradores unos tontos y Duncan ...

Duncan jamás se convertiría en su esposo.

—Belle.

Era su esposo y estaba allí, se veía cansado y al parecer él tampoco había tenido una buena noche.

La miraba con cara de arrepentido.

—Lo siento Belle, no me iré, lo prometo. Me quedaré contigo.

Ella lo miró molesta y bastante incrédula.

—¿Habéis cambiado de idea?—le preguntó.

—No... pero no me iré sin ti. No os dejaré...

De pronto la abrazó y la besó, pero la presencia de la criada hizo que no intentara algo más.

No podía creer que su marido hiciera eso.

—Perdóname por favor. Olvidad lo que os dije antes, fui muy cruel.

Ella lo miró confundida y él se alejó de nuevo.

No podía creerlo.

¿Entonces se quedaría? ¿Por eso había dejado intacta su ropa y lo demás?

Algo lo había hecho cambiar de idea. Pero no sabía qué era.

Su conversación del día anterior le pareció absurda y cruel. La hizo sufrir, le rompió el corazón al decirle que la ayudaría a volver a Francia.

¿Cómo ahora llegaba y le pedía perdón?

¿Qué hombre hacía eso?

Como si `con pedir perdón alcanzara.

Pero de pronto pensó que debía haber otra razón.

Quizás se había arrepentido o...

Tuvo que pasar algo más. Él no era un hombre impulsivo ni tonto y parecía muy seguro, aunque bastante alterado el día anterior. Decidido pero nervioso.

Algo había pasado, pero no quería enterarse de lo ocurrido.

Los días pasaron y todo parecía ser como antes.

Su esposo le obsequió flores y le prometió que no la abandonaría.

No se iría y hasta se acercó para besarla e intentó hacerle el amor, pero ella lo rechazó.

No lo perdonaría tan pronto.

Su actitud era muy extraña.

Lo conocía bien, por eso sabía que él no habría hecho eso y luego habría cambiado de opinión. Parecía un loco y un día decidió seguirlo.

Sospechaba que tramaba algo, lo había visto irse con sus amigos y luego perderse en el bosque sin ellos y regresar tarde.

No esperaba que se quedara, no creía que lo hiciera y pensó que seguramente dejaría pasar un tiempo antes de volver a intentarlo.

Algo lo detuvo ese día, lo hizo desviar su camino y de pronto vio algo que no esperaba ver...

A su marido hablando con una mujer rubia muy guapa.

Era una de esas campesinas guapas muy blancas y rubias, había muchas así en la aldea, pero algo en su forma de gesticular le hizo comprender que había algo entre ellos y saltó de su caballo y se acercó. Avanzó cuerpo a tierra sin pensar en nada, guiada por el instinto.

Y de pronto los vio alejarse y detenerse en un lugar, una de esas cuevas que

abundaban en esa aldea.

Estaban conversando, pero no sabía qué decían ni fue necesario escuchar nada, pues de pronto lo que vio fue una escena de dos amantes que se desean y buscan un recoveco para retozar y liberar tanta tensión. Tenían prisa y lo primero fue un beso ardiente, uno de esos besos que comienzan como el preludio de una noche de pasión. Allí a plena luz del día, a la vista de todos...

Apretó los labios y se contuvo.

Entonces esa era la amante de su marido, esa indiscreción de la que se había disculpado el otro día. Allí estaba... una simple campesina regordeta y rubia, tan parecida a todas las campesinas guapas y rubias de la aldea que jamás habría sabido distinguirla de las demás. Bella, osada y muy ardiente, seguramente sería como esas campesinas que retozaban en la pradera con sus amantes sin ningún pudor.

No soportó ver eso. Fue demasiado y furiosa se alejó y entendió por qué se había quedado.

Dudaba que esa fuera la primera vez que se veía con su amante.

Ya lo había hecho antes de casados, ya la había engañado antes, pero le juró que nunca más lo haría.

Sabía por qué buscaba a esas mujeres.

Eran complacientes y le daban todo lo que él quería... esas horribles cochinadas en las que se negaba siquiera a pensar.

En esos campos había siempre alguna pareja retozando a escondidas. Los había visto. No se desnudaban, solo se abrazaban, una falda levantada gemidos y zas, todo terminaba. Luego llegaban los bebés. Uno tras otro como esa primavera. Los niños eran adorables, graciosos, y de mirada dulce. Los campesinos eran muy cariñosos con sus hijos, y tenían muchos niños. Nunca pensó que esos sajones fueran así de ardientes, pero

todo allí era como en su país: les gustaba beber, cantar, y retozaban a toda hora con su esposa o con la mujer de otro.

Y luego asistían al oficio con cara de santurrones para pedir perdón seguramente o para fingir que eran personas respetables.

Entonces pensó que su esposo era un inglés más, actuaba como otro y trató de recordar de dónde conocía a esa mujer. Estaba segura de que la había visto antes cerca de la granja...

Avanzó furiosa mientras pensaba que Louis era capaz de enredarse con una mujer de la granja.

Tragó saliva y al llegar a la casa se sintió enferma.

Nunca pensó que su esposo hiciera eso cuando se lo dijo pensó que había sido un desliz, una tontería, nadie prestaba atención a un desliz, todos los esposos solían tener una querida para divertirse en París, aunque ella no habría permitido que su marido lo hiciera.

Se preguntó si todos lo sabrían ... en esa aldea donde todos se enteraban de los chismes. Lo había sospechado, pero pensó que sería más sensato.

Pero de pronto todo tuvo más sentido.

Él quería irse porque temía que el marido de la mujer que era su amante lo matara, o tal vez quería irse con esa rubia pues a su esposa no había podido convencerla. O quizás se quedaba por ella...

Y fue tan cínico de hacerle creer que estaba arrepentido y lo lamentaba cuando le había dicho que podía ayudarla a volver a Francia porque no deseaba que fuera la amante de Duncan .

Pero él sí podía tener una amante inglesa y retozar en un escondrijo donde cualquiera podía verlo. Cerca de la granja...

Estaba furiosa, herida y pensó que su matrimonio había sido su peor desgracia. No solo había perdido una vida cómoda en Francia, ahora ni siquiera tenía un esposo que la respetara y cuidara, no tenía nada más que un hombre infiel, desleal, que solo planeaba abandonarla a su suerte cuando llegara el momento pues dudaba que realmente hubiera cambiado de parecer.

Todos sabrían que la había dejado por otra mujer, y sabrían ahora que mientras algunos la miraban con deseo, su marido se entretenía con una guapa moza en los campos.

Pero seguramente a nadie importaba eso porque todos allí lo hacían.

Excepto que a ella sí le importaba. ¿Cómo pudo ser capaz?

Por más que lo intentó, no pudo gritarle lo que pensaba de él. Su esposo volvió tarde y no lo vio ese día ni el siguiente.

Pensó que era mejor así, pero se sintió avergonzada y furiosa.

Tuvo la sensación de que en la granja todos la miraban distinto, la miraba de forma extraña y se preguntó si lo supieran.

Casi habría deseado que se marchara, deseaba que se fuera pues al menos no la dejaría tan mal parada.

Fue en esos días que estaba de mal humor que Madeleine la invitó a visitarla.

Sabía que se acercaba la fiesta de mayo y no dejó de hablar de ello desde su llegada.

—Por favor, debe ir señora Dubois.

—Pero ¿dónde será la fiesta, señorita Howard?—le preguntó.

Ambas daban un paseo por los jardines y ella se preguntó si Duncan estaría allí

cerca. Casi temía encontrárselo, aunque no había dejado de pensar en él esos días.

Pero Duncan brillaba por su ausencia.

—Será en el campo de los Ashton señora Dubois. Han preparado una gran mesa y habrá cerveza de primera cosecha, pasteles, todo para celebrar la primavera, debe ir. Por favor.

—Me encantaría ir Madeleine, pero no sé si mi esposo irá. Además, no tengo un disfraz...

—Oh no necesita un disfraz, solo llevar flores en su cabello o algún adorno.

De pronto Agnès pensó que tenía asuntos más importantes de qué preocuparse más que la dichosa fiesta de la primavera que sería en unos pocos días, pero habló de que tampoco tenía un vestido apropiado.

—No se preocupe por eso, por favor, déjeme obsequiarle algunos vestidos señora Lefebvre.

Aquello fue inesperado.

—Tengo los vestidos que me obsequió Rosalie.

Madeleine hizo un mohín.

—Pero no creo que la señora Anderson le diera vestidos bonitos. ¿Siente envidia de usted y celos de su esposo, todos hablan de lo guapa que es, sabe?

—Eso no puede ser verdad, Madeleine... creo que exageráis.

—Pues yo no miento, señora Dubois.

Eran los mejores que tenía, lucía uno de ellos para visitar la mansión, aunque no eran de seda, era una fibra noble y bonita.

—Venga conmigo por favor y escoja el vestido que desee. Seguro que usted lo lucirá mejor que yo.

Y sin más fueron a su habitación a buscar vestidos para la fiesta, aunque Madeleine insistía en obsequiarle unos que fueran realmente bonitos y elegantes. Y mientras entraba vio a Duncan y tembló. Estaba tan guapo, pero no estaba solo había personas a su alrededor. Una familia al parecer y Agnès se sintió tan insignificante al lado de esa joven rubia y elegante que no dejaba de mirarlo.

—Señora Dubois...—dijo mirándola con sus grandes ojos oscuros tan dulces. Su mirada era tan intensa que siempre la hacía estremecerse, temblar y se preguntó si no sería cierto lo que decía su marido sobre ambos. Decía que él planeaba convertirla en su amante y ofrecerle una vida indigna. Pero también había asegurado que era su enamorado y no negó que ella le correspondiera...

Respondió a su saludo apartando esos pensamientos.

Fue él quien tuvo la gentileza de detenerse a saludarla y la presentó con sus amigos. El conde y su esposa se veían distantes ese día, como si no recordaran quién era ella.

Pensó que hacía tiempo que no los invitaban a almorzar como antes y se preguntó la razón.

Cuando se alejó de Duncan sintió tristeza y aunque vio los vestidos que le ofrecía su amiga, no sabía cuál elegir.

—Mi hermano tiene una nueva candidata. La joven que ha visto... mi padre intenta que él se fije en ella, pero a él no le gustan las rubias... solo para divertirse un rato. A veces—dijo Madeleine.

Agnès esquivó su mirada y dijo que la joven que vio en el comedor era muy bella y distinguida.

—No se engañe, señora Dubois, mi hermano solo tiene ojos para usted, pero no puede desposarla ni acercarse y lo sabe. Aunque siempre es muy gentil y no deja de

mirarla.

Esas palabras le provocaron mucha incomodidad y vergüenza.

—Su hermano es un amigo, le aprecio como un amigo—declaró ruborizada tratando de cambiar de conversación.

—Oh vamos, mi padre no es tonto, señora Dubois. Se enteró de su amistad y sabe que él tiene otras intenciones y no es correcto ni decente. Usted es una dama casada para empezar. Pero no finja, sé lo que pasa... usted se pone roja como una cereza cuando lo ve y él también se pone muy feliz. Me encantaría que pudieran casarse, pero no hay esos matrimonios aquí, mi padre no lo permitiría... nuestros matrimonios son arreglados por una buena razón.

—Creo que está imaginando cosas; Madeleine. Son solo fantasías de su cabeza. ¿Tengo esposo sabe?

Tuvo ganas de gritar y de correr y se negó a aceptar un vestido de Madeleine.

—Debo irme ahora, mi esposo se inquietará...

Madeleine la miró escandalizada.

—OH no se vaya, por favor. Quédese... lamento haberla ofendido. Perdóname a veces digo tonterías, es que siempre digo lo que pienso. No debí decirle de la boda de mi hermano. Temo que la ha afectado.

—Creo que debo irme ahora. Dudo que vaya a la fiesta de primavera.

—Por favor, Agnès, no puede faltar.

Ahora sabía que no iría, no iría a ver a Duncan bailando con su futura prometida.

No dijo nada, pues sabía que Madeleine insistiría en que fuera, pero al marcharse no sabía qué pensar.

¿Acaso la había invitado para que viera a la nueva prometida de Duncan ?

Se sintió algo escandalizada mientras regresaba al galope a su granja.

No había llevado ningún vestido y pensó que no iría a la fiesta de la primavera.

Estaba feliz de haberle visto y al llegar no podía dejar de pensar en Duncan , su mirada era especial, era cálida e intensa. Pero luego lloró al recordar a esa joven guapa y con un hermoso vestido color crema sonriéndole encantada.

Por supuesto que le buscarían una esposa adecuada. Era el heredero y a su padre no le agradaba saber que tenía amoríos con una dama casada.

Cuando regresó a la casa estaba más tranquila pero triste. No dejaba de pensar en lo que había visto y que sus miradas se habían unido un instante.

Al llegar a su casa sintió rabia pues allí estaba su esposo charlando con sus amigos muy risueño.

En el mejor de los mundos.

—¿Dónde estabais mon amour?—le preguntó mientras corría a cambiarse pues no pensaba usar sus vestidos para salir de entre casa.

Ella lo miró espantada.

—Fui a Groven Manor, Madeleine me pidió que fuera.

Él asintió con un gesto y la miró a la distancia.

—Y supongo que habéis visto a vuestro amigo. ¿Lo habéis felicitado?

—¿Felicitado?—repitió ella incómoda evitando su mirada.

—Dicen que se casará pronto con una guapa heredera de Bristol. Sus padres están organizando la boda—le respondió su marido con cierta satisfacción.

Era increíble que le dijera esas cosas.

—No lo sé, fui porque Madeleine me invitó y planeaba convencerme de que fuera a la fiesta de la primavera.

Estaba furiosa y pensó que, si continuaba esa conversación sobre Duncan y su próxima boda, explotaría. Apenas pudo mirarlo ese día sin recordar que lo había visto retozando con esa mujer en las praderas. Y ahora se reunía con sus amigos en secreto para planear su fuga por supuesto.

Pues no le importaba que se fuera al nuevo mundo.

Al diablo con todo.

La fiesta de primavera

Entonces llegó la fiesta de mayo.

No estaba de ánimo para ir y su marido dijo que era una tontería y que no pensaba asistir. Estaba en la granja, atareado y con mucho trabajo dijo.

No lo había visto bien los últimos días, parecía nervioso y callado.

No le preguntó qué le pasaba, estaba demasiado enfadada con él para ello. Así que cuando lo vio irse al campo solo sintió alivio.

Por supuesto él tendría cosas más divertidas que hacer que ir a una tonta fiesta de primavera como dijo. Seguramente se reuniría con su bella campesina en los bosques y tendrían su propia fiesta de primavera.

Ella tampoco sentía deseos de ir, estaba triste y malhumorada y pensó que si iba vería a Duncan con su novia y eso la afectaría. Y todos lo notarían.

Pero por si acaso se dio un baño temprano y decidió usar uno de sus vestidos más bonitos y alegres en color damasco. Quizás era demasiado animado... y pensar que ese vestido lo usaba antes para salir de la cama y estar presentable durante el desayuno... sus otros vestidos eran de fina de seda, bordados en piedras preciosas, con mucho encaje y escotes atrevidos como era la moda de entonces.

Pero aun con un vestido de entre casa se veía elegante en esa aldea. Y al verse en el espejo le pidió ayuda a Mary antes de que se marchara. No era una doncella, pero a veces la ayudaba en su arreglo personal. Cerró el vestido y la ayudó a cepillar el cabello.

Sus ojos saltones brillaron a través del espejo.

—Se ve muy hermosa, señora Dubois, pero necesitará llevar alguna flor en el cabello o en el escote—le advirtió.

Y luego de decir eso corrió a los jardines a buscar una flor que combinara con su

vestido. Solía llevar el cabello sujeto con lazos o un moño pues era más cómodo para montar a caballo o caminar, pero ese día no haría ni lo uno ni lo otro y pensó que solo se quedaría un momento para ver la fiesta y luego regresaría. Así que podía lucir su cabellera castaña y sus grandes ojos verdes que brillaban de alegría sin saber por qué. Hasta recordó que había llevado a ese país algo de trucos de belleza, un aceite rojo en crema para darle color a sus labios y brillo y ese otro ungüento para realzar sus pestañas oscuras.

Pero no quería que la criada la viera pintarse, así que se apuró a buscar sus trucos de belleza antes de que Mary regresara con las flores.

De pronto escuchó voces cantando y se acercó a la ventana y vio a un grupo de aldeanos marchar todos juntos hasta la fiesta seguramente.

—Venga señora Dubois, ya traje camelias y lilas... escoja usted alguna—le avisó Mary.

Agnès pensó que eran demasiadas flores así que escogió dos flores blancas para colocar en su cabello y una para el vestido, pero no en su escote. Llevaba un pañuelo de gasa para cubrirse el escote para no lucir como si fuera a una verdadera fiesta.

Suspiró mientras se miraba en el espejo con su vestido armado de seda, el más sencillo que tenía.

—Se ve muy hermosa señora, es una pena que... su esposo no la acompañe hoy —dijo y de pronto calló y cerró la boca como si no quisiera decir más o pensara que había hablado demasiado.

—Supongo que vendrá más tarde, no me quedará más que un momento, además —le respondió.

—Pero no puede ir sola, señora Dubois. Aguarde, le pediré a el señor Lambert que la acompañe.

—OH no, Jules no está, no lo vi en todo el día—le respondió la joven.

—Bueno, entonces yo la acompañaré señora. Luego podrá quedarse con la familia del reverendo y...

La joven dama aceptó que Mary la acompañara porque no quería pedirle un favor a ninguno de los amigos de su esposo. Todos estaban muy raros y misteriosos, rara vez los veía en la granja, ni siquiera sabía si estaban en la propiedad y ese día quería distraerse en lo que sería una fiesta campesina seguramente muy divertida.

Llegó poco después acompañada por Mary y un criado, a caballo y saludó a los Ashton con cierta timidez. No los conocía más que de haberlos visto en la iglesia, pero en esos momentos nadie estaba prestando atención a nada, solo estaban reunidos charlando y bebiendo cerveza mientras los aldeanos llegaban uno a uno con sus mejores galas.

Se sintió algo incómoda al comienzo pues no pudo encontrar al reverendo ni a su familia en ese gentío, había demasiada gente y casi tuvo ganas de volverse. En realidad, había ido para distraerse y porque Madeleine había insistido.

Se sentó dónde pudo y miró nerviosa a su alrededor, pero aceptó beber un vaso de cerveza y un trozo de biscocho que le ofrecieron unas mujeres que pasaban con bandejas.

De pronto buscó a los Anderson, a los condes de Grovenham, pero no vio a nadie.

Entonces pensó en su esposo besando a esa mujer y tembló de rabia y fue como si todo desapareciera a su alrededor.

Lo buscó en todas partes, de pronto dejó el asiento y comenzó a caminar sin saber por qué lo hacía, pero de pronto notó que había unos jóvenes mirándola y se sintió

asustada.

No tenía a nadie, no había nadie cerca y pensó que debió insistirle a Mary en que se quedara.

Los muchachos habían bebido y uno de ellos se le acercó para conversar.

—Buenos días, preciosa, no sois de este pueblo ¿verdad? ¿Habéis venido sola?

De pronto se vio rodeada de esos jóvenes que habían bebido y pensaban que era forastera y buscaba compañía... se alejó nerviosa y buscó a alguien a su alrededor para pedir ayuda, pero no pudo moverse.

—No soy forastera—dijo—vivo aquí y mi marido ha salido un momento.

—¿De veras? Nunca la había visto por aquí, lo habría recordado. Tampoco he visto a ningún marido aquí. ¿Cuál es vuestro nombre, bella dama? Vuestro acento es extraño.—preguntó el más robusto de todos mientras los otros se colocaban en ronda para evitar que pudiera escapar.

Su acento era bastante bueno, pero cuando se ponía nerviosa se notaba más que era francesa.

Miró a su alrededor desesperada mientras ese joven pelirrojo de ojos muy azules que olía como un barril de vino la miraba con gesto lascivo y la invitaba a beber en su compañía. Solo quería conversar decía...

—Apartaos de la señora, es la dama francesa—dijo una voz muy fuerte y acto seguido apareció Duncan de la nada para empujar al pelirrojo y a los demás.

—Marchaos de aquí, tunantes, regresad a vuestro chiquero de Brenne—les gritó.

—Lo siento señor, no sabía que tenía esposo, se lo juro. Nunca la habíamos visto—dijo el pelirrojo alejándose despacio como si temiera recibir el primer golpe.

—Pues largaos de aquí, no sé quién os invitó, pero prohibí que invitaran a

hombres de otros pueblos. Esta es nuestra fiesta de mayo de Pretty Lake Grovenham. No sé qué hacéis aquí.

—Solo vinimos a saludar a nuestros parientes, señor Howard, pero nos iremos pronto.

—Eso espero. Manteneos alejados de la señora y de nuestras mujeres o lo lamentaréis. Os lo aseguro.

Los bribones se fueron corriendo y Agnès no pudo evitar sonreír pues había pensado que le harían daño y al final solo eran muchachos ebrios, aunque en gran número y sin Duncan quizás...

—Duncan ... os lo agradezco mucho. Señor Howard...

Él la miraba muy serio.

—No tiene nada que agradecer, solo me preocupa saber por qué su esposo la ha dejado sola señora Dubois.

—Vendrá más tarde—mintió ella y luego buscó las palabras, pero no supo qué más inventar.

—¿Vino sola a la fiesta?—le preguntó.

Ella pensó que no tenía sentido mentirle.

—Solo vine a saludar y me iré pronto, no creí que fuera necesario... mi esposo vendrá más tarde.

—Debió venir con usted, acompañarla. Es su marido, ¿no es así?

La dama se sonrojó.

—No podía venir—balbuceó—y le agradezco mucho que me ayudara, jamás pensé que sufriría un percance.

—Oh no tiene nada qué agradecer, pero le ruego que venga con nosotros para que

pueda cuidarla, señora Dubois. A mi hermana también le alegrará verla. Por favor, acompañeme.

Agnès pensó en negarse, pero pensó que no podía quedarse sola. Había demasiados hombres solos dando vueltas y muchos ya estaban ebrios. No era la fiesta que dijeron que sería y pensó qué ocurriría más tarde cuando celebraran la coronación de la reina de la primavera. Mientras acompañaba a Duncan vio a muchas jóvenes luciendo coronas de flores, y algunas hasta llevaban una corona.

Algunos iban a pie cantando muy alegres y al llegar todos bebían cerveza y cantaban y fueron el centro de las miradas. Pero Duncan la llevó enseguida al lugar donde estaba su hermana y sus padres con los de Kettle. Allí estaba la joven con la que esperaban casar a Duncan .

—Señora Dubois, ha venido.

Solo Madeleine parecía feliz de verla, los demás la miraron con cierto desagrado. Fue presentada a los de Kettle casi de forma forzada mientras Duncan no se apartaba de su lado, aunque su padre lo mirara ceñudo.

—Señora Dubois, le ruego que no se aleje del grupo. Si ha venido sola debe permitir que pueda escoltarla y cuidarla hasta que se quede en la fiesta. Se lo ruego—le dijo casi al oído. Quizás para que su hermana Madeleine no escuchara.

Pero luego tuvo que alejarse, Madeleine se sentó a su lado y él le dijo algo antes de irse.

Estaban algo apartada de los demás y notó cómo Duncan se acercaba a la joven rubia Amelia de Kettle, pero apenas le prestó atención. Sus ojos la buscaron mientras ella intentaba conversar con Madeleine.

—Pero¿ dónde está su marido, señora Dubois?—le preguntó Madeleine.

—Se ha quedado en la granja, vendrá más tarde—inventó la dama molesta de que

todos le hicieran la misma pregunta.

—¿Entonces ha venido sola?

—Me acompañaron unos criados—respondió.

Agnès notó que el vestido de Madeleine era de un color muy vivo nada favorecedor. Madeleine era demasiado alta y delgada y el vestido acentuaba más su delgadez, pero a su vez tenía flores y se veía recargado, aunque notó que otras mujeres usaban vestidos así, alegóricos a la fiesta.

—¿Mi hermano fue a buscarla, señora Dubois?—le preguntó de pronto.

—No... solo vino a rescatarme, unos jóvenes comenzaron a hablarme y pensaron que era una mujer soltera.

—Oh qué emocionante. Nunca me ha pasado algo así. Vivo rodeada de criados. ¿Acaso le hicieron algo?—Madeleine parecía más divertida que preocupada por el incidente. Quiso conocer los detalles de lo ocurrido, pero eso al menos la hizo olvidar un poco sus problemas.

La llegada de Rosalie y su familia puso muy tensa a Margot pues los ojos del heredero de Henry miraron a Rosalie de una forma delatora. Al parecer se conocían, él la conocía o le gustaba porque su mirada azul insípida y petulante de pronto cobró vida y vio una chispa de algo que solo podía ser amor... como los ojos de Duncan mirándola a hurtadillas cuando creía que no lo veía. Como su mirada de celos al verla en apuros por culpa de unos pícaros de Brenne.

Casi era la misma mirada y la señorita Howard vio la escena y quizás notó eso porque cuando ambas se saludaron notó cierta incomodidad en su amiga.

Pensó que todo había pasado, que los celos de Madeleine habían desaparecido, pero ahora tal vez acababan de avivarse pues Rosalie también miró al heredero, pero Agnès no pudo ver su mirada pues estaba de perfil, pero sí notó que llevaba un vestido

color lavanda adornado con lilas que era simplemente perfecto. Mucho más bello que los vestidos que había visto esa noche, elegante, sencillo, pero con volados y flores, aunque tal vez lo mejor era que le sentaba muy bien a su piel blanca y su cabello rubio.

Hasta la hermana del joven miró el vestido de Rosalie con cierta envidia y se preguntó si también ella había notado el flirteo y dónde terminaría todo ese asunto pues según había oído, al joven ya le habían encontrado esposa.

Rosalie permaneció junto a ellas, pero Madeleine se alejó molesta y Agnès no supo qué hacer. La habían invitado a quedarse en ese grupo, pero todos hablaban poco y de pronto vio que Duncan se alejaba.

Todos hablaban entre sí, pero nadie hablaba con ella y de pronto deseó regresar a la granja, pero no se atrevía a regresar sola. Pensó que se quedaría un rato y luego...

De pronto vio que cerca de allí comenzaba el baile y las jóvenes candidatas se acercaban lentamente para la elección de la reina de mayo.

Rosalie miró a la distancia esperanzada y pensó que ella merecía ganar ese premio, tenía una belleza llamativa y muy dulce. No era como las demás.

—¿Dónde está su esposo, señora Dubois?—preguntó de pronto la señora Rosalie Anderson.

Ella la miró algo incómoda.

—Dijo que vendría más tarde, supongo que está por llegar, aunque será difícil verlo, hay demasiada gente...

La abrumaba la multitud que había ese día en la fiesta. Pero sabía que su marido no estaría allí para hacerle compañía.

Rosalie Anderson la miró algo perpleja.

—¿Entonces ha venido sola, señora Dubois?

—Sí.

La mujer la miró con un gesto de rechazo y desaprobación y luego notó que se alejaba con su esposo para saludar a alguien, pero tampoco pudo ver a Rosalie entonces y pensó que seguramente se habría alejado con sus padres.

Sin saber por qué buscó al joven Henry de Ketville y notó que brillaba por su ausencia. Quizás se había alejado con los demás o estaban en otra parte. En esos momentos era imposible saber.

Pensó que si se alejaba nadie notaría su ausencia, pero tuvo miedo por esos jóvenes que se le habían acercado al comienzo, había demasiados hombres alrededor mirando a las jóvenes que esperaban ganar el premio mientras un grupo de danzantes formaban una ronda. Un baile campesino y antiguo, mientras los músicos acompañaban con sus instrumentos. Se entretuvo mirando la ronda y dejó de buscar a Rosalie y a los demás.

—Señora Dubois, debe probar usted mi cerveza—le dijo una voz.

Había bebido cerveza antes, pero aceptó la jarra que le servía un granjero para que no se sintiera ofendido, pero no pensaba beber más. Comió unos dulces que había servido y aguardó impaciente que llegara alguien a llenar la mesa larga y medio vacía pues daba la sensación de que todos se habían alejado de ella.

—¿Dónde está Rosalie?—preguntó Madeleine apareciendo de repente.

Su presencia la animó al instante.

—Se marchó hace un momento con sus padres, se han ido todos.

Madeleine parecía bastante fastidiada y aunque se sentó un momento estaba inquieta.

—La muy tonta cree que le darán el premio de la primavera—dijo.

—Pues deberían, Rosalie está muy hermosa este día con ese vestido y las flores

—respondió Agnès.

—Sí, por supuesto. Pero Henry no se casará con ella, no importa cuánto le coquettee y cuántos premios de la primavera reciba.

—Sentaos por favor, Madeleine, y deja de rabiar, no me quedará mucho tiempo —le dijo Agnès intentando apaciguarla.

Ahora su amiga la miró ofendida.

—Pero acaba de llegar. ¿Cómo es que desea irse ahora? Si lo hace se perderá el desfile de nuestra nueva reina de la primavera.

—¿Acaso será ahora?

—Por supuesto y la han dejado sola, señora Dubois. Vaya... qué descortés de parte de la señora Anderson.

Agnès no dijo nada, pero Madeleine tuvo el gesto de quedarse a su lado, aunque no dejó de buscar a Rosalie con la mirada mientras hablaba con ella.

Parecía furiosa con su amiga porque no estaba con ella y porque Henry tampoco estaba.

—¿Creéis que se han fugado juntos?—preguntó de repente.

Se refería a Rosalie y a Henry de Kenville.

—Oh claro que no, se fue con sus padres a saludar a sus amigos. Han llegado visitas de otros pueblos.

—Es verdad, hay demasiadas visitas y eso tiene muy inquieto a mi padre. No le agrada que haya tantos hombres forasteros. Y mi hermano también está furioso porque no quiere casarse con su prometida rubia... ¿qué me dice? Le encuentran una novia guapa y de buena familia y la rechaza... es prima de los Kenville, además, pero a él no le gusta Catherine. Y no hay nada que hacer. Ha reñido con mi padre, se enfrentó a él...

está loco. Pero es culpa de mi padre, siempre lo ha consentido en todo. Su primogénito varón, su favorito, los mejores juguetes, ropas, caballos... y como siempre lo ha consentido pues ahora no quiere obedecerle y mi padre está furioso. Cree que es un tonto por rechazar a Catherine de Neville.

Agnès se sintió incómoda por la conversación, pero se esforzó por disimular.

—Las bodas arregladas no son algo fácil, señorita Howard, se lo aseguro...

—¿Oh habla por usted, señora Dubois? ¿Acaso su boda fue concertada?

—No, no lo decía por mí.

No quería hablar de su boda ni de sí misma, por momentos sentía que todos querían interrogarla y para ella era incómodo hablar del pasado y de su vida.

La joven se quedó mirándola pensativa y luego miró a la distancia.

—Señora Dubois, mi hermano sabe que debe desposar a esa joven y eso solo lo pone rebelde y de mal humor. Mi padre le riñe, pero él no lo escucha... Ha dicho que él escogerá a su esposa. ¿Os imagináis? Mi padre está que trina. ¿No puede creer que sea tan osado... dicen que se parece a mi abuelo, sabe? Mi abuelo adoraba las faldas, eran su debilidad y aunque tuvo una esposa también tuvo muchas amantes...

Agnès pensó que el vino volvía más locuaz a Madeleine Howard, y ahora le estaba contando cosas que no debía decir.

—Pero debe casarse con la joven, creo que es muy guapa.

Ella se rio cuando le dijo eso. Casi se rio en su cara como si fuera una burla o una broma.

—No mienta, señora Dubois.... Sé que usted también ama a mi hermano en silencio. Se le nota. Sus ojos tienen un brillo especial cada vez que lo ve aparecer. Ya me he dado cuenta y sé que a él le pasa lo mismo. No pueden esconderlo.

—Señorita Howard, soy una mujer casada por favor. Lo que dicen son suposiciones tuyas, no hay nada cierto... ni tampoco.

—OH lo siento, se ha puesto incómoda.

—Señorita Howard, creo que será mejor que me vaya.

—Oh no por favor, no se vaya... No me deje sola aquí—se quejó la joven.

Pero ya no soportaba oír hablar de Henry y Rosalie y no quería ir a espiar a la joven. Madeleine podía ser muy cargosa cuando se lo proponía y ese día estaba pesada. De pronto le había pedido que fueran a ver dónde estaba su amiga.

Pero mientras luchaba por escapar de la incómoda situación escuchó que iban a nombrar a la reina de la primavera y eso la animó a quedarse. Notó el entusiasmo de las jovencitas con sus bonitos vestidos de primavera.

Hasta que escuchó Rosalie Anderson...

—Rosalie Anderson? Oh no puede ser.

Hubo cierta conmoción por el anuncio del premio, murmullos y luego inquietud pues al parecer la reina de la primavera no estaba cerca y comenzaron a buscarla.

—No puede ser verdad—murmuró Madeleine.—Le han dado el premio y no está.

Agnès comprendió que eso era muy extraño e inquietante.

Madeleine se fue porque su madre fue a buscarla y ella se quedó sola en la mesa con personas a quienes no conocía, pero de pronto todos buscaron a Rosalie y el premio quedó en suspenso.

La llegada de Duncan la animó al instante.

—Señora Dubois, ¿no ha visto usted a mi hermana?—le preguntó.

Estaba con uno de sus amigos y parecía preocupado.

—Sí, estaba aquí hace un momento señor Howard, pero su madre la llamó y se

marchó.

—¿Acaso ha sucedido algo, Monsieur Howard?

—Espero que no, señora Dubois. Pero hay demasiados forasteros y eso es peligroso. Rosalie ha desaparecido, no está con su familia ni la han visto y todos están buscándola. Venga conmigo por favor, no es bueno que se quede sola en estos momentos.

—¿Rosalie ha desaparecido? No puede ser...

—Espero que no, señora Dubois, pero hay demasiada gente y usted está sola aquí. Será mejor que venga conmigo.

—Creo que debo regresar a mi casa, sir Duncan . Será lo más sensato.

—Aguarde, yo la llevaré a su casa y la pondré a salvo. Hay demasiados forasteros y todos han bebido demasiado.

La dama comprendió que tenía razón y aceptó que la llevara en su caballo que estaba a unas cuadras del lugar.

Pensó que no era correcto y que su esposo se enfadaría, en un momento lo pensó, pero luego comprendió que no tenía quién la escoltara de regreso a la granja y había empezado a oscurecer. Luego le explicaría a su esposo, aunque imaginó que debía estar ocupado con su amante...

Duncan fue por los caballos y pidió a sus criados que los escoltaran hasta su granja, lo que fue muy sensato de su parte. Agnès se sentía intranquila. Había demasiado bullicio alrededor y estaba molesta porque su marido ni siquiera le había enviado criados para que fueran a buscarla.

Cabalaron un buen trecho hasta que tuvieron que ir a pie hasta la entrada dejando atrás a los criados y a los caballos.

La dama estaba ansiosa por llegar, nerviosa por haber regresado junto al hijo del

conde, pensando que su marido se enfadaría, aunque en realidad estaba más preocupada por aparecer sola con ese joven. Su cercanía la perturbaba, sabía que no era correcto y no quería que pensara que...

Para romper el silencio conversaron y de pronto le preguntó:

—¿Va a casarse con esa joven, milord?

No sabía por qué le hizo una pregunta como esa, pero por alguna razón quería saber si esa boda ya se había concertado, pues Madeleine le había contado algo al respecto.

Y entonces vio cómo Duncan se ponía tenso y luego la miraba con fijeza.

—Quisiera casarme con usted un día, preciosa, si me aceptara, señora Dubois.

Era una respuesta inesperada y ella miró nerviosa hacia el camino sin ver ni de lejos la granja. Luego lo miró.

—Tengo esposo, milord y usted una prometida esperándole. Sabe que no puedo...

—La señorita en cuestión no es mi prometida, no me casaré con la señorita de Neville y solo quiero que usted sea mi esposa.

La forma en que se lo dijo, en que la miró mientras la llevaba despacio a un lugar profundo y oscuro del bosque la hizo temblar y estremecerse. Sabía que no era correcto, que no debía, pero se sintió hipnotizada, atrapada... y cuando la envolvió por completo entre sus brazos para besarla respondió a sus besos gimiendo de placer al sentir su cuerpo apretado contra el suyo. Fue un arrebato tan inesperado que no pudo pensar que no era correcto y no tuvo voluntad para rechazarlo porque también lo deseaba. Le gustaba mucho ese joven, demasiado, por más que huyera de él y evitara su compañía...

La besó y apretó hasta que de pronto tomó su rostro y la miró con tanto amor.

—Agnès, no puedo dejar de pensar en usted, hermosa, nunca puedo... y no

quiero una esposa adecuada, solo a usted.—dijo y volvió a besarla, pero ella lo apartó sintiendo que había llegado demasiado lejos y que no quería terminar tendida en las praderas como las mozas de esa aldea. Para ellas era fácil, conocían bien los lugares y debía divertirles hacerlo al aire libre sin pensar que alguien podía verlas.

Pero ella no era así. No era una campesina ni una aldeana de falda ligera. Era una mujer casada y decente. Leal. A pesar de las fechorías de su marido ella no quería serle infiel. Aunque por momentos lo deseara... ay, era tan difícil resistirse a un joven como ese, era tan guapo y besaba tan bien...

Sin saber ni cómo lo hizo se resistió y lo apartó fingiendo enfado.

—Aguarde, creo que debemos regresar, esto no es correcto y lo sabe, milord—le dijo sin vacilar.

Debía decírselo, debía detenerlo.

Pero él no estaba tan listo a dejarla ir, sintió cómo la abrazaba y apretaba contra sí nuevamente, joven, ardiente e impulsivo, quizás la había llevado a ese lugar para saber qué tan lejos podía llegar y si al final se saldría con la suya. Le robó un beso y le dijo al oído lo hermosa que era.

—No me rechace, solo quiero que sea mía para siempre, la amo—le confesó después mirándola con intensidad y deseo. Un deseo que ella también sintió y la recorrió como un rayo.

—Pero tengo esposo y esto no es correcto. Debemos volver... está oscureciendo, señor Howard. Por favor. No vuelva a besarme.

Ella lo apartó y corrió y él la siguió.

Se había alejado sin darse cuenta y no sabía dónde estaba, no podía reconocer el lugar por la escasa luz y de pronto él la atrapó.

—Aguarde... no puede volver sola. Se ha perdido. Yo la llevaré de regreso,

hermosa—dijo y tomó su mano de forma protectora.

Ella no lo rechazó, apenas podía ver el camino y estaba asustada, no podría volver sola. Pero se sentía inquieta, nerviosa, luego del momento tan romántico temía que su marido la viera llegar. Él no había ido a la fiesta así que seguramente estaría cerca esperándola.

Solo cuando divisó la granja suspiró aliviada.

—Sir Duncan , ha sido muy amable al traerme, pero le ruego que olvide lo que me ha confesado en el bosque. Tengo esposo y no puedo corresponder sus sentimientos, y no quisiera perder su amistad.

Él se puso serio y notó cómo sus ojos brillaban.

—Lo sé señora, le ruego que no deje de visitar a Madeleine, su amistad le hace mucho bien, la hace más sensata. Pero no olvide mis palabras, no estaba ebrio, hablaba en serio.

La joven se sonrojó y entró en la casa sin mirar atrás, no creía necesario decirle que tenía un esposo y que nada cambiaría.

Entró sin hacer ruido a la casa y la encontró silenciosa y vacía, aunque iluminada.

¿Casi temía encontrarse con su marido en cualquier momento, pero eso no pasó, tal vez habría salido? Era temprano, quizás había decidido participar de la fiesta al final de todo.

Buscó a alguna criada que la ayudara a cambiarse el vestido, pero no encontró a ninguna.

Se asomó al balcón de la habitación para ver la hermosa luna saliendo entre los árboles y luego lo vio allí parado mirándola a la distancia, al joven caballero inglés. Quien al verse descubierto le sonrió y extendió su mano antes de desaparecer en su caballo.

Se apartó de la ventana y la cerró y se metió en la cama antes de que su marido llegara y la viera allí. Temía que alguien le hubiera contado que había regresado en compañía de Duncan .

La joven se metió en la cama y suspiró cansada. A la distancia se oían los cantos de los aldeanos pues al parecer la alegre fiesta continuaba. Pero ella no dejaba de pensar en sus besos y la promesa de que un día sería su esposa. nunca había sido tan atrevido, pero sus palabras había sido una declaración de amor que no olvidaría. Si no estuviera casada... si no estuviera atrapada en ese matrimonio no lo habría rechazado. Aunque pensara que era inadecuado e inmoral.

Al día siguiente, Mary le llevó el desayuno y la ayudó con el aseo hablando de la hermosa fiesta de primavera.

Entonces ella recordó a Rosalie Anderson.

—¿Apareció la hija del vicario, Mary?

Esa pregunta la tomó por sorpresa.

—¿Rosalie Anderson? Pero no sabía que estaba desaparecida.

—Ayer se había marchado luego de que la nombraran reina de la primavera.

—Vaya, no he oído nada al respecto. Pero iré a averiguar, señora. Es muy extraño. Tampoco he visto a su marido esta mañana. Quizás salió temprano.

Luego de asearse y desayunar Agnès supo que la hija del reverendo estaba desaparecida.

—Y eso no es lo peor señora Dubois, han desaparecido otras jovencitas anoche. Se las llevaron los pícaros del norte de Wessington.

—No puede ser...

—Había mucha gente extraña en la fiesta de primavera y estuvieron en la aldea demasiado tiempo. Quizás los vio, todos usaban máscaras y disfraces para que nadie supiera que eran de otra aldea pues el conde prohibió que los forasteros participaran de nuestra fiesta, pero ya ve... hacen lo que se les va en gana.—se quejó Mary.

Ella recordó el incidente con esos muchachotes que habían querido propasarse, pero Duncan los había detenido y pensó que se veían bastante atrevidos y grandulones.

—Pobre señorita Anderson, sí vi a esos jóvenes y parecían muy bravos—dijo entonces.

Mary suspiró.

—Nadie sabe qué pasó en realidad, la perdieron de vista... todos los aldeanos están buscándola. Dicen que se la han llevado y que si no aparece pronto habrá caído en desgracia. Sus padres están desconsolados. Ayer la buscaron hasta el cansancio, hasta entrada la noche, pensaron que se había alejado por algún juego, pero Madeleine dijo que no estaban jugando y que dejó de verla antes de que se anunciara el premio.

—No puedo creerlo.

—Todos están buscándola ahora y creo que ya nadie habla de la fiesta de ayer pues nos quedó un sabor amargo.

Mary no exageraba, pues ese día notó que casi no había aldeanos cerca, y luego supo que todos habían ido a ayudar a encontrar a la hija del reverendo y a las demás.

Entonces se preguntó dónde estaría su marido. ¿Acaso habría ido a ayudar en la búsqueda?

Su ausencia durante el almuerzo comenzó a inquietarla.

—Mary... ¿dónde está mi esposo? ¿Acaso le habéis visto?—preguntó con voz muy alterada.

Tuvo un extraño presentimiento sin saber bien por qué.

—No lo he visto hoy quizás ha ido a ayudar en la búsqueda, casi toda la aldea está buscando a la señorita Rosalie, señora Dubois.

—OH no... no creo que fuera a buscar a Rosalie, me habría avisado al menos.

—¿Pero entonces no lo vio esta mañana, señora?

—Anoche no estaba en casa, Mary, ni hoy temprano... a menos que llegara y se marchara enseguida creo que me habría avisado.

—Eso es muy extraño, señora... no tema, iré a hacer preguntas. Alguien tuvo que verlo o saber qué hizo desde ayer. No lo vi en la fiesta.

Mary comprendió que algo malo pasaba y corrió a investigar. El problema es que no encontró a criados ni a vecinos cerca a quién preguntar y tuvo que ir hasta los establos pues los mozos sabrían si el señor Dubois habría salido a buscar a Rosalie como ella sospechaba.

Los mozos se miraron con extrañeza.

—Me temo que no, Mary. No ha salido a caballo esta mañana, quizás lo hizo a pie...

—Oh vamos, quién haría ese recorrido a pie, por favor. Todo está húmedo por la lluvia de esta mañana y la jarana de la fiesta.

—Es verdad...

—Por favor, John, ve a averiguar, la dama francesa está preocupada.

—No puedo ir ahora, Mary, la granja está sola y es peligroso. Todos han ido a curiosear, seguramente el francés también.

—¿Y su amigo Lambert tampoco lo habéis visto por aquí?

—Oh no, ese está muy ocupado visitando a Jane la campesina.

—¿Jane, la hija del herrero?

—Sí, esa misma. Vive pegado a sus faldas. Ni siquiera trabaja aquí ese holgazán porque al parecer tiene asuntos mucho más agradables que atender, como el señor Dubois...

—OH calla, no os atreváis.

El palafrenero sonrió.

—Es algo que está en boca de todos, solo su esposa lo ignora.

—No es de tu incumbencia, John.

—A lo mejor también fue a ver a la esposa del granjero, se ven muy a menudo.

Mary se puso colorada y pensó que no podía transmitir ese mensaje a la señora Dubois.

—Pues ve a buscar al francés, su esposa está preocupada. Por favor. Yo cuidaré la casa. Imagino que alguien más podrá quedarse aquí, uno solo alcanzará. El señor Dubois debe estar aquí con su esposa, media aldea está buscando a la hija del reverendo Anderson.

Los mozos de los establos no estuvieron de acuerdo en eso.

—Pues tampoco creo que sea correcto abandonar nuestro puesto para salir a buscar al francés, cuidar de esta propiedad es nuestro trabajo. Todavía quedan intrusos en la aldea luego de la fiesta, es lo que me dijo el granjero Paul. Me aconsejó que cerrara el cerco y no dejara entrar a nadie. Debo cuidar a las mujeres de esta hacienda y no puedo salir a buscar al francés. Supongo que sabe cuidarse solo. Es un hombre grande y bastante bravo. A lo mejor solo se ha ido a visitar a su amiga... además todos están buscando a Rosalie Anderson, el reverendo ha enloquecido y es un buen hombre, merece toda nuestra ayuda. Os aseguro que nadie querrá ir a buscar al francés ahora.

Mary enrojeció sin decir palabra y decidió ir a preguntar a otro lado. Los mozos seguían pensando que no había nada malo en que el francés saliera de jarana con su

amiga, que seguro estaba allí y era mejor que su señora esposa no se enterase.

Lo extraño era que no hubiera aparecido en la casa, ni ayer ni hoy. ¿Habría ido a buscar a Rosalie? Era amigo del reverendo, lo apreciaba y tal vez fue a ayudar en la búsqueda como todos en esos momentos.

Siguió intentando saber algo, pero no encontró casi aldeanos y a los pocos que interrogó no habían visto al francés.

—No lo vemos desde ayer Mary, desde antes de la fiesta creo—le dijo un vecino, el señor Potts.

Si ese hombre no lo había visto era porque no estaba cerca, era todo un cotilla, más que su esposa.

Mary pensó que era extraño, pero tampoco inusual. Eran momentos difíciles y todos estaban pendientes de encontrar a la hija del reverendo cuanto antes. Seguramente se había ido a buscarla también y eso le dijo a la dama francesa para tranquilizarla.

Ella sin embargo parecía preocupada. Inquieta.

—¿Estáis segura de que ha ido a buscar a Rosalie?—quiso saber.

—Eso parece, señora.

—Es muy extraño. ¿No me avisó... entonces lo vieron irse, Mary?

—No estaban seguros... pero no quisieron ir a buscar todavía, es que temen....

Por los forasteros señora. Al parecer la aldea se ha quedado sin granjeros y dicen que su deber es cuidar la propiedad y también a usted.

Parecía razonable pero la joven francesa se enfadó.

—Pues no me siento segura sin mi esposo en casa, pudo pasarle algo. Ayer había bandidos en el pueblo—se quejó—robaron a la hija del reverendo, se atrevieron a hacerlo...

—Es verdad, pero todavía no estamos seguros, señora... todo es tan reciente.
Quizás el señor Dubois llegue de un momento a otro.

—Sí, tal vez

Sin embargo, ella tenía un mal presentimiento, todo ese asunto del rapto la dejó muy alterada ese día cuando su esposo no regresó, ni tampoco lo hizo su amigo Lambert. Eso también era extraño.

La desaparición de Rosie

Los días pasaron, calmos y primaverales, pero con una extraña calma y Agnes no tardó en tener un mal presentimiento.

—¿Señora Dubois, entonces su marido no ha regresado?—le dijo Mary.

—No... y supongo que tampoco han encontrado a la hija del vicario.

La criada la miró mortificada.

—Esta aldea es un horrible caos. Día tras día, días buscando a la pobre joven y ahora también a su esposo... ¿cómo pudo pasar esto? Dicen que tal vez...—le confesó.

Agnès tuvo la sensación de que había hablado de ello antes sin recordar bien las palabras, pero todos los días despertaba triste y abatida sabiendo que su marido ya no estaba en su casa.

La había abandonado, al final lo había hecho, no era tonta, sabía que tenía una mujer a quien frecuentaba en la aldea, la veía en secreto y cada vez con más frecuencia. Aunque luego le hablara de viajar al nuevo mundo, aunque le prometiera que su vida cambiaría... su vida sí había cambiado y era un horrible desastre. Todo parecía desmoronarse a su alrededor. Su marido no estaba y ahora decían que tal vez lo habían matado la noche de la fiesta. Había oído murmurar a los sirvientes días atrás.

—Señora, esto es muy extraño, pero... Lambert tampoco está. Eso dicen.

La voz de Mary la volvió al presente.

Lambert, el cómplice, el amigo pícaro y holgazán que en vez de ayudar estaba siempre atareado en otros asuntos. Su desaparición solo confirmaba lo que tanto temía: ambos se habían fugado.

—Lo han buscado, se lo aseguro, le pedí que buscaran a su marido.

—También yo, Mary, pero nadie sabe nada... es desesperante. ¿Qué haré sola

aquí? Sin mi esposo... deberé volver a mi país y no sé ni cómo.

Era una realidad, si la había abandonado no se quedaría sola en esa triste aldea.

—Oh no se vaya todavía. ¿Dice de regresar sola a su país señora Dubois? Eso sería peligroso, señora. No se apresure, aguarde... quizás regrese y... es que tal vez fue a buscar a la señorita Rosalie.

—Nadie lo ha visto buscando en la aldea, nadie lo ha visto desde el mismo día de la fiesta de la primavera Mary,

La cara de la criada cambió, estaba seria y daba la sensación de que no sabía qué decir.

—Pero debe esperar... quizás todo tenga una explicación. El conde está preocupado por usted, señora, sola aquí.

¿El conde o su hijo? Agnès había visto a Duncan días atrás merodeando, como si la espiara, pero sin atreverse a hablarle.

Esperaba que no fuera tan osado de intentar acercarse a ella en esos momentos. Realmente estaba muy nerviosa y alterada por todo eso.

—Pues nada gano con esas preocupaciones, si mi esposo no regresa, deberé irme. No puedo quedarme aquí. Tengo familia en París, les escribiré una carta. Quizás puedan venir a buscarme.

—Tal vez... pero no puede irse sola. El conde ha ordenado que nadie salga de la aldea hasta que puedan encontrar a las jóvenes que fueron raptadas.

Agnès no dijo nada, sabía que solo hablaban de la señorita Rosalie, no de las demás.

—El conde ha pedido señora que ninguna mujer casada o soltera vaya sola a ningún lado mientras continúa la búsqueda.

—Y mi esposo? ¿Qué pasará con él? ¿Nadie lo buscará?

—Lo están buscando señora, pero nadie sabe qué pasó... dicen cosas distintas y todo es tan confuso—le respondió su fiel criada.

Impaciente, Agnès decidió pedir ayuda a los demás criados y exigir respuestas. Aunque temía saber la verdad, al menos debía saber que él se había marchado para tomar una decisión. Llevaba demasiados días sin saber nada de Philippe, demasiados...

Era inútil preguntarse por qué se había ido sin siquiera avisarle, quizás se vio forzado a escapar por esa estúpida aventura con la esposa de un granjero. Esos enredos amorosos nunca terminaban bien y no quería ni pensar en que todos se enterasen de ello.

Lo más triste es que nadie le prestaba atención en realidad, a nadie parecía importarle, solo hablaban todo el tiempo de la pobre hija del vicario y podía entenderlo, pero empezaba a cansarse.

Fue entonces que una mañana llegó Duncan con dos criados y un hombre a quien no conocía.

Estaba tan apuesto a caballo y con ese porte tan regio, sus ojos la miraron sin ocultar su gran admiración tanto que la hizo sonrojar.

—Buenos días, señor Howard...

—Señora Dubois, buenos días tenga usted. He venido a verla luego de saber que su esposo ha desaparecido. Nadie mencionó esa fatalidad... solo ayer o habría venido antes. Él es el señor Carter, ayudante del alguacil y un hombre de bien. Ha venido a ayudar... mi padre ha ordenado que busquen a su esposo. Quisiera hablar con usted un momento en privado si me lo permite.

Tuvo el gesto de llevarla aparte, realmente no quería hablar frente a extraños ese asunto, pero en realidad no tenía más alternativa que aceptar toda la ayuda de ese caballero y el ayudante del alguacil.

En privado le habló de ese viaje al nuevo mundo que tanto había planeado.

—Trató de convencerme de viajar, pero sabía que me aterraba hacer ese viaje—le confesó.

—¿Pero sería tan tonto de abandonarla aquí, señora? Sería capaz de...

—No, no lo creo, pero tal vez decidió viajar y si me abandonó debo saberlo señor Howard. Si se marchó quisiera tener la certeza pues deberé tomar una decisión y regresar a mi país.

Él se asustó un poco cuando dijo eso, pero procuró disimularlo.

Continuó los días siguientes y fue entonces que se supo que el francés se había marchado con su amigo Lambert la mañana siguiente a la fiesta de la primavera. Alguien los vio ir a caballo y luego notaron que no estaban sus maletas ni su ropa.

Agnès comprendió que su esposo la había abandonado, que al final había cumplido su amenaza y lloró. Aunque su matrimonio estuviera roto y fuera un completo desastre eso no estaba bien, no estaba bien que la dejara librada a su suerte. ¿Qué haría ahora sin esposo y sin dinero? Porque tampoco le había dejado las joyas que guardaban en un escondrijo de la casa.

Acababa de descubrirlo. Ni siquiera estaban sus vestidos...

Lo cual era extraño y sospechoso. Ella guardaba sus escasos tesoros y cada tanto vigilaba que estuvieran allí pero ese día todo había desaparecido. Su marido...

No sabía cómo había pasado eso, pero de pronto comprendió que su marido no lo había hecho. ¿Para qué llevaría consigo sus vestidos más suntuosos traídos de Francia y las joyas? Él le habría dejado algo, no era un hombre así...

En realidad, no sabía qué pensar del asunto y no se atrevía a creer que había sido un robo. Los criados no eran ladrones, eran personas honestas y gentiles. Jamás le había faltado nada de la granja y no quería pensar que alguien se vio tentado al ver sus tesoros,

pero ese día todo era un horrible caos. Después de la fiesta de primavera todo parecía estar patas arriba. No solo por la fiesta sino por la desaparición de Rosalie. Pobrecita niña, nadie sabía nada de ella. Era como si la tierra se la hubiera tragado.

Y mientras ese día almorzaba acompañada por Mary ella le habló del asunto.

—El reverendo está desesperado. Han buscado en cada palmo de esta aldea y no encontraron nada, ni un rastro, nada...

—Pobre Rosalie, ¿cómo pudo pasar algo así? ¿Fue un descuido o... creéis que la raptaron?

La criada asintió mientras devoraba la sopa para que no comiera sola. Ella en cambio no tenía tanto apetito.

—Es muy triste. ¿Cómo pudieron hacer algo tan osado?

—Se llevaron a otras muchachas ese día, señora Dubois. Algunas lograron escapar y dijeron que eran un grupo de hombres del norte, y por eso hoy irán a preguntar en ese pueblo llamado Brenne. Todos los bandidos viven allí y no me extrañaría enterarme que uno de ellos la tiene. Pero el mal está hecho, ninguna joven raptada regresa sana y salva y Rosalie... Rosalie era demasiado guapa y buena, pobrecilla... su madre también sufre de los nervios. Y no habrá paz hasta que la encuentren y esperemos que esté viva.

—Oh por supuesto que está viva, nadie sería tan malvado de hacerle daño a Rosalie. Es la hija del vicario.

—Pero llevaba un disfraz, la muy tonta llevaba esa tiara en su cabello e iba pintada. Esos disfraces estaban prohibidos, el conde lo dijo, pero de pronto comenzaron a llegar hombres con máscaras y disfraces y las jovencitas lucían vestidos brillantes y extravagantes. No entiendo por qué... querían llamar la atención y lo consiguieron. Ahora veremos en qué condiciones regresan. Sospecho que más de una regresará con un

premio en la barriga.

Agnès se estremeció al comprender por un gesto de lo que hablaba Mary. Ella no podía siquiera concebir ese horror, pero sabía que las pobres campesinas sufrían ese daño si salían solas muy temprano o no tenían un esposo que velara por ellas. En su país también ocurría, por desgracia y luego debían traer al mundo bebés que jamás habían deseado y sus familiares solo podían encontrarle un marido y para ello debían reunir mucho dinero para la boda. Pero Rosalie había estado conversando con ese joven, Henry de Ketville. Se preguntó si acaso ellos...

No se atrevió a preguntarle a Mary, era una criada y, además, no era correcto hablar del asunto.

Pero no dejaba de preguntarse si ese joven no estaría involucrado en la desaparición. Prefería pensar que había sido una fuga romántica.

—Señora Dubois, Rosalie tiene familia y sé que la encontrarán, pero ahora estamos preocupados por usted. Su esposo se marchó sin avisar a nadie y esto es muy extraño.

—Pero seguramente se fue a Londres a visitar a sus parientes, Mary, regresará pronto.

Su criada quedó desconcertada con sus palabras sin darse cuenta de que estaba fingiendo para que nadie supiera que su marido la había abandonado y jamás regresaría. Trataba de no pensar en eso, prefería pensar en Rosalie.

—Quisiera ayudar en la búsqueda, tal vez pueda ser útil...

—Oh no, qué ocurrencia. Usted debe quedarse aquí, señora Dubois. Y encerrarse por la noche. El conde se ha enterado de lo ocurrido y prometió enviar más hombres para cuidar de los alrededores. No queremos que nada malo le suceda ni que algún granjero atrevido quiera hacerle daño.

—Nadie me hará daño porque mi esposo regresará pronto. Aunque me siento agradecida de que os preocupéis por mí.

Mary estaba seria.

—Señora Dubois es usted extranjera y su marido no volverá en días, y espero que lo haga porque dicen que no lo hará...

—Eso no pasará, sé que regresará y espero que Rosalie también regrese.

Pero los días pasaban y ni su marido ni la hija del vicario aparecieron.

La joven comenzó a sentirse intranquila.

Buscó en la habitación de su marido buscando alguna carta, alguna pista. Lo conocía y sabía que él no se iría sin siquiera intentar convencerla de nuevo de que lo acompañara. Era un hombre cambiante, decía amarla, aunque tuviera una amante, quería llevarla a ella y no a su lío amoroso consigo, porque era su esposa y consideraba que era su propiedad. A pesar de todo le pertenecía y no estaba bien que abandonara a su mujer y la dejara sola en esa aldea donde cualquiera podía llevársela como premio.

Él no era así. Tenía escrúpulos. Aunque debía recordar que era un mujeriego perdido y su boda había sido un completo error y su matrimonio fuera como un barco a punto de hundirse. Todavía le tenía a él, a pesar de todo él estaba allí en la granja, aunque tenía otros planes.

Soñaba con marcharse al nuevo mundo y nadie lo impediría y tal vez aprovechó la distracción de la fiesta para marcharse sin ser visto.

Pero ese día no encontró nota alguna, ni cartas, nada, era como si él hubiera borrado cualquier rastro o tal vez se hubiera llevado consigo todas sus pertenencias incluyendo sus joyas, sus ahorros, todo...

Lloró al comprender que finalmente su marido lo había hecho, había cumplido su amenaza de abandonarla. Finalmente pudo más su afán de aventura y hacerse rico que

todo lo demás.

Maldición, no era que lo echara de menos ni que sufriera por amor, pero sí se sentía perdida sin su marido y no imaginaba cómo seguiría su vida sin él en esa granja.

Duncan fue a verla al día siguiente, fue a caballo y pidió para reunirse con ella en los jardines.

No deseaba alejarse ni que la vieran en su compañía. Pero de cierta forma esperaba su visita, deseaba verlo y saber qué sería de ella ahora. su padre había enviado criados para cuidarla y también uno de sus sirvientes había ido a Londres para investigar el asunto. Parecía sospechar que su esposo se había fugado, o quizás solo fue un presentimiento.

—Señora Dubois, ¿cómo está usted?

Sus ojos la miraron con intensidad y devoción, su mirada parecía devorarla despacio y sentía que estaba disfrutando cada instante de ese encuentro.

—¿Estoy bien, espero que mi esposo regrese pronto, pero... han encontrado a Rosalie?

No se hablaba de otra cosa y la búsqueda era tan frenética que el mismo alguacil había intervenido o eso le contó Mary esa mañana.

—Todavía no la han encontrado, pero deseo hablar con usted sobre lo ocurrido aquí... vieron a su esposo ese día con su amigo francés y otro hombre. Dicen que salieron de madrugada con mucha prisa y que se dirigieron al puerto de Wynton.

—¿Al puerto de Wynton? ¿Pero por qué iría a ese lugar?

—Eso es lo extraño, pero al parecer tenían prisa por llegar a Londres y tomaron el camino más corto. ¿Sabe usted por qué llevaban dos grandes maletas de ropa? Si viajaba a Londres era extraño que...

—No lo sé, no me dijo nada o tal vez me lo dijo, pero estaba dormida luego de la fiesta, Monsieur Howard.

—Señora, no puede quedarse sola aquí, he venido a llevarla conmigo a Groven Manor. Mi padre así lo ha pedido.

—Irme con usted ahora? Pero mi esposo regresará pronto.

Su cara cambió.

—Lo siento, pero no tengo buenas noticias que darle ahora.

—¿Qué dice?

Por su expresión supo que algo muy horrible había pasado, lo supo antes de que hablara.

—Han encontrado a dos hombres camino al puerto de Wynton, señora Dubois. Sus ropas... el lodo de esa zona... creo que tardarán en reconocer los cuerpos, pero al parecer se trata de su marido y de su amigo Lambert.

—Oh no puede ser... Dios mío. No es él...

—Temo que no hay dudas, llevaban consigo una maleta muy pesada con ropas y joyas, madame y eso ha sido desconcertante porque da la sensación de que huían con un botín y que como no conocían bien el camino y estaba oscuro sufrieron un accidente en el pantano y un caballero vino a preguntar si conocíamos a esos hombres. Mi padre fue esta mañana y los reconoció.

—Oh no puede ser... los han matado. A los dos...

—Están investigando, señora, pero no fue un robo, sus maletas estaban intactas y se la traerán en un momento, pero creo que ahora debe dejar esta casa y venir conmigo. No es seguro que se quede aquí sola. El señor Anderson cree que los mataron y la razón es extraña y me provoca escalofríos. Vendrán a hacerle preguntas muy pronto. Y usted está sola señora. Sin familia, sin amigos, solo tenía a su esposo y él está muerto. Lo

siento mucho, siento mucho su pérdida, pero ahora debe abandonar esta granja y venir conmigo. No permitiré que nadie se acerque a usted ni le haga daño.

Agnès lloró al comprender la verdad. Su esposo estaba muerto, y lo peor era que había asesinado por uno o más bandidos. Pero no fue para robarle pues llevaba consigo el tesoro, las joyas...

No pudo decir palabra, solo recordó que él la abrazó y le dijo que la ayudaría un abrazo fuerte y reconfortante sin que le hiciera preguntas.

Hasta que le habló con mucha calma.

—No tema señora, la pondré a salvo ahora. venga conmigo. Necesita que cuiden de usted, lleva demasiados días sola aquí y aunque todos siguen buscando a la hija del reverendo... sé que algunos han abandonado la búsqueda y vigilan sus pasos.

Siguió a Duncan completamente aterrada por lo que acababa de contarle. Si su esposo había muerto, asesinado, no quería quedarse un día más en esa casa. Demasiado desdichada había sido allí pero ahora todo era mucho peor. Ya no le quedaba nada, él no regresaría y era una mujer viuda y sola. Pero no quería pensar en ello, solo quería escapar muy lejos.

Amor secreto

Su esposo fue enterrado días después siguiente en el cementerio de la aldea, junto a Lambert. En las maletas que le entregaron ella pudo ver que había tres pasajes a Boston y sus joyas y vestidos. Se lo había llevado todo. cuando vio sus vestidos y sus tesoros quiso gritar, pero no lo hizo. Solo la rabia reemplazó al dolor.

Él no era un ladrón, solo era bribón con las mujeres y sabía que estaba enredado con una...

Estuvo muy triste los días siguientes y apenas pudo pensar en el asunto. Se había instalado en una finca cerca de Groven Manor desde donde veía a Madeleine a diario y tenía sirvientes que la atendían y cuidaban. El lugar estaba cercado y escondido en el bosque y era de difícil acceso. Por momentos sentía que estaba escondiéndose de algo o de alguien.

Madeleine fue la primera en ir a visitarla muy contenta de que fuera su vecina.

—Señora Dubois lamento mucho lo de su marido, no pude asistir a su entierro porque había visitas en casa. Los de Ketville están aquí... los primos de Henry. Catherine...

Ella sintió un calor en toda la cara, odiaba que le hablara de la futura esposa de Duncan, no lo soportaba, pero estaba demasiado abatida en esos momentos para prestarle atención.

—Gracias Madeleine...

—Le he traído pasteles que hizo nuestra cocinera y flores que le envía mi hermano. Es un gesto muy galante. Sigue loco por usted... el muy tonto. Acaba de perder a su marido y le envía flores. Pero no se ofenda, realmente está loco—dijo y dejó escapar una risita burlona.

—Gracias, Madeleine—le respondió y su mirada hizo que dejara de burlarse.

La dama vio las flores y las dejó en una mesita y dejó los pasteles en un rincón olvidando por completo su existencia.

—Es una casa muy hermosa, señora Dubois, aunque fue idea de mi hermano. Quiere tenerla cerca a parecer.

Ay, Madeleine siempre oportuna...

¿No entendía que era poco decoroso hablarle así cuando lucía luto por su esposo y debía mostrarse triste y apesadumbrada?

—Mi esposo ha muerto, Madeleine y Duncan dijo que debía alejarme de la granja porque no era un lugar seguro. Y que había sido idea de su padre.

La joven pelirroja lo negó de cuajo.

—Fue mi hermano quien convenció a mi padre luego de enterarse de que habían matado a su esposo. Dijo que era peligroso porque había un asesino en la aldea y todos estaban ausentes buscando a la hija del vicario.

—Y se lo agradezco, solo me quedará unos días hasta que pueda estar fuerte para viajar a mi país—declaró la dama con dignidad.

Esas palabras alarmaron a su amiga

—Oh lo siento, de veras, qué tonta fui al decirle esas cosas... señora, su esposo murió, pero al parecer hay novedades. Dicen que fue asesinado.

—¿Asesinado?

—Eso oí decir a un criado de confianza de mi padre. el alguacil ha solicitado que se hagan estudios... porque al parecer encontraron el cadáver de una mujer cerca del puerto. Estaba con ellos.

—¿Una mujer? ¿De qué hablas Madeleine?

—Era la esposa de un granjero y ella tenía mucha sangre... todo eso se borró con

el barro y ahora deberán...

No tardó en saber la verdad. Que su marido y los demás huían al puerto con los pasajes que alguien había comprado en Londres para poder tomar el navío que zarparía en unos días desde la ciudad hasta el nuevo mundo. Hasta Boston. Las joyas y los vestidos eran para la mujer que lo acompañaba y que resultó asesinada.

—Dicen que fue su esposo... es horrible. El hombre es muy viejo y tan bueno que... no puede ser él. Me niego a considerarlo.

Era un asunto muy sórdido y se sintió enferma.

—Es horrible, no puede ser...—balbuceó.

—Sí que lo es, señora, su esposo enloqueció por culpa de una golfa que era la esposa del granjero Adam Sharp. Esa mujer siempre quedaba encinta de algún granjero, no de su esposo y al parecer se había encaprichado con su esposo y por eso... planearon huir juntos y Lambert... ignoro por qué se llevaron a su amigo francés. Supongo que para no tener que vérselas con mi padre cuando se enterara que se habían llevado todo el dinero de los arriendos además de sus joyas. Pues supongo que eran suyas.

Ella sintió que era una pesadilla y que todo ese asunto además de sórdido era vergonzoso.

Trató de cambiar de conversación y preguntó por Rosalie, pero todo estaba como antes.

—No la han encontrado, lleva días desaparecida y siguen varias pistas.

—¿Qué crees que pasó? ¿Es verdad que la raptaron?

—No lo sé... solo espero que esté viva, aunque todos dicen que fue raptada que regresará con un bebé en la barriga. Sus padres creen que la encontrarán sana y salva, pero yo dudo que eso ocurra. Han pasado demasiados días. Fue una conmoción... pero dicen que está lejos, en otro pueblo.

Madeleine no parecía muy afectada.

—Ella ya no era mi amiga, señora Dubois, decía que yo era retrasada y que solo por mi dinero podría encontrar un marido. La escuché hablando así el día de la fiesta.

—¿Oh de veras? Rosalie...

—Sí, la bella y bondadosa, gentil y tan llena de virtudes. Pues no era verdad. No era una santa, era guapa y lo sabía y dicen que tenía un amor secreto.

—¿Henry de Ketville?

Cuando mencionó su nombre Madeleine se puso furiosa, lo vio en sus ojos.

—Henry jamás se habría fijado en la hija de un vicario, señora Dubois, solo mi hermano es un tonto enamorado aquí, enamorado de una dama viuda sin linaje.

Estaba tan celosa y molesta que no pensó que podía ofenderla hasta que se dio cuenta y le pidió perdón.

—Lo siento, es que... mi hermano es un buen joven, es algo estúpido sí, pero tiene buen corazón y no le importa que usted sea una dama sin fortuna y sin linaje. La ama de verdad y por eso es tan doloroso que mi padre quiera obligarlo a casarse con Catherine... ella no es ni la mitad de guapa que usted, ni siquiera le agrada porque dice que es tonta y aburrida. Pero mis padres quieren una boda adecuada para mi hermano, él es un heredero, ¿entiende señora Dubois?

—Madeleine, por favor, deja de hablar de ese asunto. Aprecio a vuestro hermano, pero no tengo intención de convertirme en su esposa. Os lo aseguro.

Sintió un verdadero alivio cuando Madeleine se marchó. Ese día estaba imposible y no quería hablar de su esposo muerto ni de Duncan ni de nadie. Sus revelaciones la habían dejado espantada y no dejaba de pensar que alguien lo había asesinado y que pronto todos lo sabrían...

En esos momentos solo quería huir, correr, desaparecer. No quería ser

interrogada sobre las picardías de su marido, sobre su amante ni tampoco pensar que al final la había cambiado por ella y por eso lo habían matado.

Sintió que no podría quedarse allí para siempre, debía intentar regresar a su país. Su familia la ayudaría...

No podía abusar de la generosidad y hospitalidad de esa familia.

Perder a su esposo no la había afectado tanto sino saber que lo habían asesinado y quién lo había hecho. Tuvo la sensación de que los criados la miraban distinto y murmuraban a sus espaldas como si supieran algo. Se sentía intranquila. Y tan sola... necesitaba volver a casa, buscar a su familia, recomenzar una nueva vida sin su esposo. Demasiado tiempo había sufrido en ese matrimonio, sus infidelidades y picardías, su deslealtad y esa parte del matrimonio que la asustaba y abrumaba.

—Bueno, al menos es una suerte que no tuviera un hijo—dijo una criada a sus espaldas un día.

Hablaban de ella entre susurros y eso la enfadó y sin embargo siguió escuchando.

—Os equivocáis un niño sería un gran consuelo para una pobre viuda.

—Claro que no, un niño sería una carga...

Supuso que tenían razón, pero molesta fue a dar un paseo.

Llevaba días encerrada dando vueltas al asunto de que debía marcharse de la aldea y necesitaría ayuda. Alguien debía escoltarla hasta Francia y no sabía quién podría hacer eso, quizás debía escribir una carta a sus familiares...

Caminó un pequeño trecho y vio el hermoso paisaje de praderas y árboles en flor. Todo reverdecía y tomaba colores magníficos pues era primavera. El frío había cesado y podía ver el sol con más frecuencia.

Lo habría disfrutado si no pensara en su marido muerto y en la joven raptada en la fiesta de primavera... Rosalie era como un fantasma entre ellos, los criados decían que nunca la encontrarían porque se la habían llevado muy lejos.

Apartó esos pensamientos y pensó en la carta que debía escribir a su familia, sin embargo, volver a Francia la hacía sentir temor y desolación. Sus padres debían estar enfadados, todavía lo estarían, nunca la perdonarían.

Y, además, también estaba él, no había dejado de pensar en él ni un solo momento. Si se marchaba nunca más volvería a verlo.

—Señora Lefebvre...

Su voz le parecía lejana y no sabía si realmente lo había escuchado hasta que vio al jinete frente a ella.

Era Duncan de Grovenham y había corrido a su encuentro.

Como al principio. Espiándola, sin dejar de mirarla y tembló al recordar sus besos de enamorado.

—Señor Howard—balbuceó.

Él le sonrió levemente pero luego se puso serio.

—Buenos días dama Agnès, ¿qué hace aquí sola?—le preguntó.

Embobada no se dio cuenta que él no solo la miraba a ella, sino que miraba a su alrededor alarmado como si hubiera visto algo.

—Solo he salido a dar un paseo, señor Howard—le respondió ella sonrojada al sentir su mirada.

—¿Y ha salido sola, sin criados?

Ella asintió.

—Solo quería dar un paseo, llevo días encerrada.

Él la miró con intensidad haciéndola temblar.

—Lo entiendo, por supuesto, necesita tomar aire luego de su tragedia, pero no olvide que la hija del vicario sigue desaparecida. Por desgracia. Y se han llevado a otras jóvenes de la aldea.... No soportaría que eso le pasara—dijo y estuvo frente a ella luego de amarrar su caballo.

—No se preocupe, volveré en un momento... solo quería caminar. Dar un paseo. Es un día tan hermoso.

—Es verdad, aunque el día es más hermoso porque la he visto—dijo y le entregó una flor silvestre que escogió del camino.

Luego pensó que llevaba luto por su marido y que eso no era correcto, pero en esos momentos solo tomó la flor y le dio las gracias.

—Señora Dubois, temo por usted. sola aquí en esta casa solitaria, sin esposo—le dijo de pronto señalando la casa de piedra a la distancia.

—Pero no tengo a dónde ir, Monsieur Howard... aunque he pensado que tal vez debería regresar a mi país. Debo escribir a mi familia y hablarles de mi tragedia, quizás me perdonen.

Él la miró con curiosidad como si no entendiera sus palabras.

—¿Por qué necesita ser perdonada, señora?—preguntó sorprendido.

Escuchó un graznido a lo lejos que le dio un sobresalto, esos pájaros ingleses eran tan ruidosos e inoportunos pensó Agnès, pero tal vez solo estaba tensa y asustada al pensar en su familia, en su futuro incierto y oscuro.

Lanzó un respingo y se detuvo mientras él le sonreía.

—Es solo una chova, una especie de cuervo, no tema... asusta, pero no hace daño.

Ella asintió.

—Esa ave siempre me provoca sobresaltos como las que se escuchan en medio de la noche...

—Sí, hay demasiados pájaros porque cazan en la noche, en el día... pero son inofensivos, lo que me preocupa es que quiera volver a su país.

Se lo dijo sin rodeos y ella se quedó mirándole desconcertada pues sí había entendido lo que había dicho.

—Debo regresar a casa, pero no podré hacerlo sola, y sin la ayuda de mi familia y mi familia no me perdonará si no pido perdón por haber sido tan joven y tonta en el pasado...—dijo la joven viuda y habló de su boda precipitada.

—Me casé contrariando la voluntad de mi padre, él nunca aceptó que lo desafiara y estuvo dos años sin dirigirme la palabra y aunque luego me perdonó, dijo que me arrepentiría. Ambos me lo dijeron. Que lamentaría haberme casado con ese hombre.

Y qué razón tenían, pero no lo dijo por delicadeza. No quería hablar mal de su marido.

—¿Entonces por eso escaparon de Francia y vinieron aquí? ¿Porque su familia no aceptaba su matrimonio?

—Oh no fue por eso... fue porque mi esposo lo perdió todo por sus amoríos con la hija de un importante caballero de París... lo arruinó. Lo llevó a la ruina, no sé ni cómo lo hizo. Mi marido era rico, pero él hizo que sus bienes fueran confiscados y lo perdimos todo y mi familia se negó a ayudarnos. No los culpo... cuando supieron lo que había hecho Armand no quisieron volver a verlo. Y yo me vi arrastrada por la desgracia. Mi madre quiso salvarme, dijo que abandonara a mi esposo, pero no podía hacer eso. No podía abandonarlo así que tuvimos que abandonar Francia. Sus planes no eran venir aquí, él soñaba con hacer fortuna en el nuevo mundo, por eso se marchó ese día, quería

viajar y sé que se había enredado con una mujer de aquí... eso me avergüenza por supuesto.

Lloró al pensar en eso.

—Ahora debo pedirles ayuda a mis padres y no sé si seré perdonada por no haberlos escuchado en el pasado.

—No pueden culparla de la insensatez de su marido, debió estar loco, engañar a una mujer tan hermosa como usted.

Estaba enfadado, pero se contuvo, pues comprendió que algo más pasaba por su cabeza en esos momentos.

—Señora, no puede hacer ese viaje ahora. No hemos encontrado a la pobre Rosalie y esos forasteros merodean los caminos listos para atrapar a la primera mujer que caiga en sus garras. No tendrán piedad de usted, dama Agnès.

—No me iré ahora. Pero debo escribir a mi familia, ni siquiera saben que estoy aquí y les echo de menos. Quizás puedan venir a buscarme más adelante. Además... no puedo quedarme aquí más tiempo. mi marido era quien administraba esta finca, quien sabía de los asuntos de una granja, yo no sabría qué hacer aquí.

—Comprendo su preocupación, pero no tiene que irse ahora. ha sufrido una tragedia y nadie sería tan insensible de pedirle que se marchara, se lo aseguro. Pero temo que no es un buen momento para hacer un viaje.

—Sé que no lo es, pero todo ese asunto de la muerte de mi marido es muy triste, no dejan de hablar de ello, de murmurar... me avergüenza y appena que todos supieran que...

—Pero no es su culpa, señora Dubois, no es culpable de lo que pasó.

Mientras hablaban escuchó unos pájaros dar la voz de alarma y tembló. Sabía que esos pájaros avisaban de intrusos y él también lo sabía pues miró a su alrededor y de

pronto vio a un grupo de aldeanos alejarse corriendo como si hubieran tramado algo y se detuvieran al ver al señor Duncan cerca.

Él comprendió que esa hermosa viuda sola en la pradera era una gran tentación y decidió emprender el camino de regreso a la granja y escoltarla hasta allí. No le agradaba hacerlo, pero era necesario.

—Señora, es mejor que regrese usted a la casa. Esos pícaros no dejan de seguir sus pasos.

—Entonces eran ellos los que corrieron recién?

—Así es señora, corrieron al ver que estaba usted acompañada, pero debieron saber mucho antes que estaba sola aquí. ¿Se da cuenta de lo que le digo?

—Pero son solo muchachos, señor Howard. ¿por qué debería temer de ellos?

Él la miró sorprendido.

—Porque ahora está libre señora, es una hermosa viuda y una tentación para muchos. Intentarán acercarse a usted y hablarán con el reverendo. Querrán cuidar de usted y se la disputarán como una presa.

—Pero mis criados no lo permitirían ni yo voy a tolerar...

Él la miró con intensidad y se detuvo.

—Usted ha sufrido una tragedia y no puede defenderse de esos tunantes. Como tampoco pudo Rosalie Anderson.

—¿Cree que la secuestraron los bandidos?

—Mucho temo que eso sea verdad, señora Dubois y que nunca aparezca. Pero tiemblo de pensar que algo así podría pasarle a usted también.

—Entonces debería irme de este país ahora, señora Howard.

Su mirada cambió.

—No lo haga, se lo ruego. Quédese...

Se acercó y la rodeó con sus brazos y le dio un beso ardiente y desesperado.

Ella quiso apartarlo, pero no pudo hacerlo, no tuvo fuerzas, se moría por sentir sus besos, su calor. Hacía tiempo que amaba en secreto a ese hombre y buscaba verle y sufría al pensar que se casaría con otra mujer.

No soportaba la idea de que otra se lo arrebatara. Si él correspondía a su amor entonces...

Y como si leyera sus pensamientos él la retuvo entre sus brazos y la miró con fijeza.

—Por favor, cátese conmigo preciosa, se lo ruego. Sé que es prematuro, que acaba de perder a su marido y me siento un miserable por hacer esto, pero... usted necesita que cuiden de usted y no quiero dejarla sola en esta solitaria casa a merced de bandidos que roban mujeres. No podría soportar que algo malo le pasara.

Sus palabras le causaron una emoción intensa. Acababa de pedirle matrimonio, de pedirle que se convirtiera en su esposa, pero lo hacía en un momento de desesperación al pensar que esos bandidos podían llevarla lejos como le había ocurrido a la hija del Vicario.

—Me halaga usted señor Howard, pero creo que olvida que su familia jamás permitiría que desposara a la viuda de un francés que no tiene dote ni tampoco... ellos han escogido una esposa, la joven Neville.

—No quiero a la señora de Neville, la quiero a usted, preciosa, siempre he querido que fuera mi esposa, desde el día en que la vi por primera vez. ¿Cree que sería feliz casándome con otra mujer? jamás podría... solo respóndame, dígame que será mi esposa y yo solucionaré todo lo demás. Nada debe preocuparle. Mis padres no son personas malvadas ni autoritarias, si yo se lo pido por supuesto que la aceptarán.

—Me aceptarían?

Tuvo dudas de ello, las bodas de las familias eran concertadas, pero no pudo negarse a ser su esposa. lo deseaba tanto... era como un sueño imposible en esos momentos y lo sabía.

—Acepto señor Howard, pero creo que antes debe hablar con su familia y tener su bendición.

—La tendré preciosa, se lo aseguro... pero antes debo ponerla a salvo. No está segura en esta casa.

Y mientras decía eso se escucharon gritos a la distancia. Gritos que parecían de animales salvajes y tembló.

—Qué pasa...—su voz se quebró al ver al grupo de hombres acercarse a su casa portando antorchas y unas máscaras con cuernos como el día de la fiesta de primavera.

Eran demasiados y avanzaban cantando y gritando como salvajes.

—Qué diablos?

Duncan estaba furioso y fue a enfrentar a los revoltosos que se detuvieron enseguida.

—Hemos venido a reclamar el premio—dijo uno.

—A la viuda francesa. Hicimos apuestas señor Howard y yo he ganado.

Ella miró a uno y a otra espantada, sin poder creerlo.

Se la habían rifado, así como si fuera un gran premio de una feria y reñían unos contra otros para quedarse con ella. Solo la presencia de Duncan logró apaciguarles un poco pero su presencia llenaba el aire de intranquilidad.

Agnès fue llevada lejos por los criados mientras Duncan hablaba con los revoltosos.

Estaba temblando cuando entró en la casa y corrió a encerrarse en su habitación.

Mary se quedó a su lado y ambas miraron por la ventana pendientes de que se marcharan los pícaros de la aldea.

—Tuvo suerte, señora Dubois—dijo Mary.

Ella la miró.

—¿Por qué lo dices?

—Porque de no haber estado el señor Howard esos hombres se la habrían llevado, señora. Está usted indefensa aquí, señora Dubois. Pudieron llevársela, lo habrían hecho porque los criados de esta casa son escasos para protegerla.

Agnès no apartó la mirada de la ventana y suspiró hondamente al ver que se marchaban.

Pensó que esa noche no dormiría pensando en esos hombres con sus disfraces y cuernos irrumpiendo en la propiedad cantando y emitiendo silbidos.

Estuvo muy nerviosa mientras aguardaba que Duncan fuera a verla. Mary le hizo una tizana caliente, aunque ella solo bebió unos sorbos.

Duncan fue a verla poco después con sus criados.

—Señora, no puede quedarse aquí. Esos hombres pueden regresar. No estará a salvo.

—Pero es que no tengo a dónde ir, señor Howard.

—Venga conmigo señora, la llevaré a casa de mi padre y le explicaré lo que ha pasado. Él no podrá negarse. Es un hombre bueno y compasivo.

—Quiere decir que me llevará a la mansión de Grovenham?

Él asintió.

—Pero sus padres no han dado su consentimiento, no saben que...

—Hablaré con ellos esta noche y sé que no se opondrán. Luego de lo que ha pasado hoy sabrán que lo mejor será que cuide de usted.

Pensó que no era apropiado, pero estaba tan desesperada que aceptó ir. Pidió a Mary que le hiciera una pequeña maleta y se fue con Duncan.

Las semanas siguientes fueron extrañas. Vivir en Grovenham era otro mundo, era un lugar lleno de belleza y secretos, de habitaciones y jardines hermosos, un ejército de criados y comodidades que hacía mucho tiempo que no tenía. De cierta forma eso fue lo más agradable de todo, pero no se sentía demasiado cómoda al comienzo. Sabía que su enamorado la había llevado allí sin pedir permiso con la excusa de que debía cuidarla, pero él tenía otros planes y esos planes enfadaron a sus padres.

Madeleine fue quien le contó lo ocurrido una mañana mientras daban un paseo. Parecía muy contenta de tenerla allí de visita y todos los días daban paseos y conversaban de Rosalie y las nuevas pistas que seguían sobre su desaparición hasta que le habló del incidente entre sus padres y su hermano.

—Mi hermano quiere casarse con usted señora Dubois. ¿Lo sabe?

La miró con atención haciendo que se sonrojara.

—Sí, me lo ha pedido y yo he aceptado.

La pelirroja no esperaba esa respuesta.

—Oh...¿ entonces lo ha aceptado?—dijo y notó que estaba algo incómoda con la situación o tal vez desconcertada.

Miró a su alrededor y luego la miró y se detuvo frente a los hermosos jardines de Grovenham Manor que había visto por primera vez en compañía de Duncan a poco de llegar. Aunque solían verse con frecuencia en ocasiones elegía comer en su habitación para no ser una presencia constante en la mesa ni una molestia.

Pero ahora ella tembló al pensar que todos sabían que había aceptado casarse con Duncan y no lo aprobarían, y que la hermana de Duncan tampoco lo aprobaba.

—Mi hermano es un tonto, no sabe lo que hace... actúa como un muchachito enamorado y ya está crecido para eso—sentenció—bueno, eso le ha dicho mi padre con palabras menos amables, ¿sabe?

Parecía querer saber qué pensaba ella al respecto y Agnès solo tragó saliva y la miró.

—Lo lamento, no he querido causar problemas... es que ya sabe lo que pasó ese día...

—Oh sí la historia de la invasión de los aldeanos en su granja queriendo llevársela como el premio.—respondió Madeleine en tono burlón, como si no le creyera una palabra.

—Eso es verdad, estaba muy asustada y por eso... su hermano me ayudó.

—La damisela en apuros...es una leyenda vieja, una damisela en apuros es rescatada por un caballero arrojado y galante y mi hermano fue quien la rescató por supuesto. En realidad, siempre ha sido la manzana de la discordia en esta aldea, señora, casi desde su llegada todos corrían a espiarla y se lamentaban en el alma que tuviera esposo. Hasta decían que él no era en realidad su marido y se inventaban historias. Y mi hermano quería que fuera suya de cualquiera manera, como desean los hombres a las mujeres hermosas supongo, de la misma manera... qué afortunada es usted. Ahora parece que mi hermano quiere hacer realidad su sueño, está ilusionado con ello, pero mis padres no van a consentirle ese capricho, debe saberlo.

—¿Su capricho? Me ha pedido matrimonio porque me quiere y yo he aceptado.

—Oh no sé si la ama o solo desea que sea suya. Mi hermano ha tenido otros caprichos en el pasado, y eso le ha dicho mi padre. él se opone a ese matrimonio y está

furioso y ha discutido con Duncan porque él tenía otra boda para él. Una boda arreglada con una de las herederas más ricas del condado. Esa sería una boda afortunada para nosotros. Una boda razonable y no una boda por capricho. Mis padres creen que las bodas por un capricho del corazón no tienen un final feliz como muchos creen sino por el contrario solo traen ruina y desgracia.

Agnès tragó saliva sin comprender por qué de repente una joven tan amable se mostraba tan hostil con ella. Durante tanto tiempo habían sido amigas, Maddie había sido una de las pocas damas del condado que le ofreció su amistad casi desde su llegada.

—Lo lamento mucho, no he querido causar problemas, Madeleine.

—Bueno, no sé qué dirá mi padre en el futuro, pero ahora se ha negado señora Dubois. Aunque sí ha aceptado que se quede hasta que todo aquí se calme y encuentren a la pobre Rosalie... parece como si la tierra se la hubiera tragado y eso no es bueno. Todos estamos muy intranquilos.

Hablar de Rosalie era todo cuanto quería ahora, aunque para evitar sentir el disgusto que le había provocado la conversación anterior.

—Bueno, todos aquí tienen miedo, ¿sabe? Ninguna joven está a salvo luego de lo sucedido en la fiesta de primavera y hasta he sido obligada a no asistir a algunas fiestas. Ahora que se acerca el verano y los días de sol... es tan injusto—se quejó Madeleine.

—Es extraño... todos la han buscado.

Esas palabras despertaron el interés de su vieja amiga.

—NO la han buscado bien o ella no quiere aparecer... dicen que se ha fugado con un enamorado y que todo ha sido planeado.

—De veras?

—Yo no creo esa historia. Rosalie no tenía enamorados. No como ella quería... no un caballero como el de Ketville por supuesto. siempre tuvo pretensiones.

Le molestó que hablara de ella en pasado, pero de pronto dijo algo que la llenó de terror.

—Quizás esté muerta, es lo que algunos dicen... el reverendo y su esposa se han encerrado en la vicaría y al parecer dicen que se marcharán del pueblo porque creen que su hija ya no está en este mundo y nunca la encontrarán.

—Oh, pero eso es horrible—dijo Agnès.

—Es lo que algunos creen, señora. Quizás fue un accidente. Pero yo prefiero creer que está viva y algún hijo de granjero la raptó. Me da tristeza pensar que ha muerto.

—También a mí y me sorprende que no haya aparecido.

Mientras daban un paseo vio a Duncan dar un paseo a caballo y salir como estampida y se estremeció.

Debía estar furioso luego de pelear con sus padres y se preguntó si no debía pedir permiso para abandonar la mansión. No sabía cómo sería capaz de reunirse de nuevo los condes y hasta mezclarse con sus invitados en la mesa, se sintió tan abatida de repente.

Pero la compañía de Madeleine, lejos de animarla la entristeció aún más y se alejó apenas pudo con cualquier excusa para retirarse a sus aposentos y descansar y no ver a nadie ese día ni los siguientes.

Pero Duncan fue a buscarla días después para dar un paseo matinal. Lo notó callado y triste y pensó que nunca lo había visto así. Sabía que tenía algo importante que decirle y eso debía entristecerle, pero fingió no saber nada de lo ocurrido mientras caminaban por los jardines del ala sur que estaban repletos de flores y arbustos. Un jardín en forma de Edén, un modelo hermoso de jardín como tenía el rey en Versalles una réplica. Era un lugar hermoso y pensó que debía ser una ocasión feliz para

recorrerlo.

—Supongo que mi hermana le habrá contado no es así? La pelea que tuve con mi padre el otro día—dijo de pronto Duncan.

Ella lo miró y asintió y él tomó su mano con suavidad y la llevó por los jardines con paso lento.

—Mi padre dijo que me dará un tiempo para que cambie de parecer. Pero ese tiempo nada cambiará en mí.

—Lo siento mucho, no he querido causar una disputa con su familia señor Howard. Es lo último que deseo. Todos han sido tan bondadosos y gentiles al recibirme aquí...

Duncan la miró ceñudo y apretó los labios.

—Le he dicho que no necesito tiempo y que no cambiaré de parecer y que si se niega a aceptar nuestra boda me iré de esta hacienda y dejaré de ser su heredero para siempre.

La joven lo miró alarmada.

—Oh no puede hacer eso. Este es su hogar, su familia sir Duncan.

—Lo es, pero no voy a aceptar una boda impuesta, quiero poder escoger a mi esposa pues las responsabilidades que me esperan no serán poca cosa y lidiar con los aldeanos y ser un benefactor no me agrada en absoluto. Aquí solo hay personas viciosas y simples. Mi padre ha sido demasiado blando durante años, demasiado bueno y por eso se han llevado a Rosalie Anderson y a las demás y lo sabe. Quiso que el reverendo fuera quien tuviera que domeñar a los salvajes, pero el hombre tampoco pudo. Esa es la verdad. Y lo que me espera será mucho peor en el futuro, pero no seré tan benefactor ni blando.

—Su padre es un buen hombre, y debe respetar su voluntad, si él se ha negado

tendrá sus buenas razones.

Él miró a su alrededor exasperado y luego la abrazó de repente como si quisiera quitarse la rabia de encima con ese gesto, ese contacto cercano. Solo ella podría calmarle en esos momentos y se moría por abrazarla y llenarla de besos, pero no era el lugar apropiado.

—No es lo que cree... él piensa que usted no puede casarse porque luego de enviudar una dama debe hacer luto por su esposo por un año. Teme que esté preñada de su marido y que si me caso ahora con usted deba criar a un hijo que no es mío. Eso fue lo que me dijo al final. Esas son sus excusas.

Agnès sintió que se le subían los colores.

Hacía meses que su marido no la tocaba así que difícilmente podía estar encinta, pero no tuvo el coraje de decirlo.

—No estoy encinta, Monsieur, nunca lo he estado antes... mi matrimonio fue un error. Pero su padre tiene razones morales y lo entiendo. Tampoco soy apropiada para su familia pues soy extranjera y sé que los de su clase celebran las bodas por conveniencia y eso siempre ha sido aceptado. Es lo correcto.

—Pues no habrá ninguna boda concertada para mí. Mi padre no se opone a que sea mi esposa por las razones que cree, no le molesta que sea francesa, pero sí que haya enviudado de forma reciente y que haya tenido un esposo por supuesto. eso es lo que él dice. Que debo esperar un tiempo prudente.

—Entonces no se ha negado como cree, solo le ha aconsejado que espere.

—Debo esperar un año, a que usted tenga un año de viudez y no voy a esperar tanto. Llevo demasiado tiempo esperando una oportunidad, esperando este momento... jamás pensé que aceptaría convertirse en mi esposa y ahora debo esperar a que se cumpla un año, pues no lo haré. Nos casaremos en secreto, hablaré con el párroco de una aldea

vecina.

—Pero su padre se opone, no puede hacerlo...

—Solo quiero que esté a salvo y sé que luego de que se convierta en mi esposa nadie volverá a intentar llevársela como ocurrió en su granja señora Dubois. Necesito una esposa, él lo sabe y ha estado insistiendo con eso desde hace tiempo.

—No podemos huir de aquí, quizás debemos esperar, es lo correcto. Tener paciencia.

—Pero mi madre no cree que sea correcto que usted se quede hasta nuestra boda, no desea que haya rumores. ¿Se da cuenta de ello? Han aceptado ayudarla hasta que supieron que planeaba casarme con usted.

—Es porque no aceptan que haya una boda, sir Duncan y debe usted respetar su decisión, aunque no sea de su agrado.

Él la miró con desesperación y rabia como si esa idea lo volviera loco.

—No puedo aceptar eso, señora Dubois, no puede pedirme resignación, no ahora que usted ha aceptado convertirse en mi esposa.

—Pero su familia no me aceptará y no verá con buenos ojos una boda celebrada sin su bendición, una boda en secreto.

—La aceptarán, no permitiré que sea de otra forma, se lo aseguro.

Él estaba convencido de que todo estaría bien y que sus padres solo necesitaban tiempo para aceptar su boda y llegar a quererla como un miembro de su familia, pero Agnès tenía dudas.

—No creo que me acepten ahora, Monsieur, es muy pronto... y no creo que sea sensato casarnos en secreto sin la aprobación de su padre. es usted heredero de un gran linaje y yo no soy la esposa apropiada, no es la esposa que su familia ha elegido.

—Pues no me importa eso, yo la elegí porque la amo y no voy a descansar hasta que sea mía.

La forma en que lo dijo, en que la envolvió de repente entre sus brazos la hizo suspirar.

—Venga conmigo, señora Dubois... por favor. No voy a esperar un año, porque en un año demasiadas cosas pueden pasar y no deseo perder tanto tiempo ahora que al fin la tengo en mi poder.

Mientras decía esas palabras escucharon pasos. Alguien se acercaba y Duncan miró a su alrededor molesto y fue a investigar, pero no vio a nadie.

—Nos vigilan, Duncan—le dijo ella.

Él se crispó.

—Entonces lo habéis notado antes?

Ella asintió.

—Pues no lo permitiré. No temais, nós iremos pronto de aquí, preciosa.

Pero ella tuvo un mal presentimiento, pensó en los condes que estaban enfadados con su hijo por pretender casarse con la viuda de un granjero, los criados parecían amables, pero tuvo la sensación de que los espiaban y estaban alertas lo que no le sorprendió pues Duncan no había hecho más que gritar a los cuatro vientos que se casarían en secreto. Y pensó que tratarían de impedirlo. Esa casa era inmensa y llena de lugares misteriosos a los que ni siquiera había ido, si lo decidían podrían esconderla o hacerla desaparecer. No era más que el capricho del joven heredero...

De repente se sintió intranquila, peor que antes en realidad, cuando acababa de enviudar y estaba sola en la granja, ahora, aunque estaba en una gran mansión no se sentía segura ni a salvo después de conocer los planes de Duncan. sabía que harían lo que fuera para detenerle y se lo dijo.

—Duncan, nos vigilan... siempre vigilan mis pasos y creo que os han escuchado —le dijo entonces.

Él solo quería besarla y llevarla lejos, parecía no oír sus palabras o no prestarle la debida atención.

—No lo permitiré, os lo aseguro. No dejaré que me separen de ti, preciosa, jamás...

Él la besó y le dijo que cuidaría de ella, que siempre lo hacía, pero Agnès tuvo un mal presentimiento, algo que no pudo entender ni explicar, pero supo que su familia la llevaría lejos de Duncan. Jamás permitirían esa boda, su conversación con Madeleine ese día había sido reveladora. Aunque no ahora, solo esperarían...

Y cuando él le habló de su plan de huir tembló.

—Nos iremos pronto... pediré ayuda a mi tío, lord Andrew. Soy su heredero... y su preferido. Él nos ayudará.

Hablaba con tanta seguridad y entusiasmo. Era su plan huir en unos días, pero no debía decir nada a nadie.

—No habléis con mi hermana. Sé cómo piensa y correrá a contarle todo a mi madre. Siempre lo hace.

—No le diré nada, Duncan. pero ella vigila mis pasos y el otro día me contó del disgusto que vuestra pelea causó a vuestros padres.

—Pues más disgusto me causa tener que hacer siempre su voluntad. Son crueles al hablar del matrimonio como un mero acuerdo entre familias.

Agnès escuchó su plan teniendo la sensación de que alguien estaba escuchando en algún rincón. Escuchó pasos alejarse de repente y tuvo la certeza de que alguien se había escondido en los jardines para espiarles.

Durmió muy poco los días siguientes. Estaba tan nerviosa que apenas podía disimular porque, aunque nadie intentó detenerlos ni hablar con ella en privado estaba asustada al pensar en esa fuga, en ese viaje a un lugar extraño. No conocía al tío de Duncan y se preguntaba si realmente querría ayudarlos en una boda secreta a escondidas de la familia de Duncan.

Madeleine no se le despegaba en todo el día, y si no era ella, era alguna doncella. Nunca podía estar a solas con Duncan y una mañana al despertar supo que se había marchado pues lo habían enviado lejos. O eso le dijo una criada cuando preguntó por él a media mañana.

—Mi hermano se ha ido señora Dubois, pero no tema, regresará en unos días. Él no puede estar muy lejos de usted—le dijo Madeleine durante el almuerzo.

Se sintió abatida de repente, la ausencia de Duncan tenía una razón y lo sabía, lo habían alejado una vez más de ella y buscarían la forma de enviarla lejos también. Había un cambio en ellos, la miraban con frialdad y apenas le dirigían la palabra cada vez que los veía en el almuerzo o la cena. Pero sin Duncan esa mansión era como un nido de víboras y tuvo miedo. Era tan fácil encerrarla y enviarla a un lugar y entregarla a uno de esos aldeanos rapaces desesperados por tener una esposa joven y guapa como ella... lo habían intentado antes, todavía temblaba al recordar cómo un día habían invadido su propiedad con intenciones de llevársela como el premio mayor.

Procuraba permanecer alejada de todos, ser invisible y hablar lo menos posible pero su presencia se notaba. Ellos la notaban porque era un incordio, una molestia como esos parientes pobres a quienes se debía agasajar.

Pero sin Duncan esa casa era un avispero, un lugar frío y hostil, podía sentirlo en las miradas de desdén y de rabia. Ella no era la pobre viuda francesa, era la mujer de la cual su hijo se había enamorado o encaprichado y una molestia de la que debían deshacerse. Por eso permanecía alerta y se encerraba echando todos los cerrojos cada vez

que iba a dormir o a descansar a media tarde.

Y cuando daba paseos lo hacía en compañía de Madeleine o de alguna criada, pero eran paseos cortos.

Esperaba el regreso de Duncan con impaciencia y quería saber por qué se había ido y una mañana aceptó dar un aseo con Madeleine.

Por momentos volvía a ser la joven amable y risueña que le había brindado su amistad, y se preguntó si no estaría de su lado a pesar de todo. al menos era la única que le prestaba atención y la llevaba a dar paseos o la invitaba a acompañarla a tomar el té en la tarde si no la veía aparecer en el almuerzo.

Y mientras caminaban rumbo al lago ella habló de su fiesta.

—Mis padres invitarán a los de Ketville, señora Dubois... Henry vendrá con sus hermanos...—dijo sonrojada.

Oh, su amado Henry de Ketville...

—Vaya, ¡qué buena noticia!

Por eso la había visto tan feliz.

—Creo que mis padres planean una boda ¿sabe? Creo que hablarán con el señor de Ketville. Se lo he preguntado a mi madre y ella sonríe y no me dice nada, pero... sé lo que traman. Los he oído conversar.

—¿De veras? Oh, Madeleine, eso no está bien. Oír detrás de las paredes.

Ella se sonrojó.

—Pues también he oído a mi hermano decirle que se casarían en secreto muy pronto—su mirada cambió, ya no era su amor imposible por el joven de Ketville. Eran los asuntos ajenos que no le incumbían y la miraba como si estuviera disfrutando al entrometerse en sus asuntos.

—Pero solo fue una conversación—respondió ella mucho más incómoda.

—Por supuesto, el muy tonto cree que se saldrá con la suya. Mi padre lo encerrará hasta que entre en razón. Quizás ya lo ha hecho.

—¿Encerrarlo? ¿Habla en serio? Pero es su hijo—Agnès sintió su corazón latir acelerado. No quería que encerraran a Duncan por su culpa.

Pero la joven pelirroja sonreía con mucha calma sin dejar de mirarla con sus ojos verdes que ese día tenían una expresión extraña.

—Bueno, mi hermano podrá ser su favorito, pero mi padre es quien manda aquí, es el gran conde de Grovenham, señora Dubois, y temo decirle que esa boda secreta no podrá celebrarse y me apena, en verdad... usted me agrada señora Dubois, pero mis padres quieren una esposa adecuada para mi hermano, una joven inglesa que... bueno, supongo que ya lo sabe.

Madeleine la miró con burla y de pronto dejó escapar una risita.

—Usted era más divertida antes, señora Dubois. Cuando llegó aquí y tenía a todos a sus pies y ni siquiera miraba a ninguno. Hizo que la presumida Alice fuera olvidada por completo. Ella era la presumida de la aldea. Con sus pretensiones de robarme a Henry... primero intentó llamar la atención de mi hermano, pero cuando supo que había perdido la batalla al llegar usted, entonces fue por Henry... lo que vi esa noche... usted no imagina... esa golfa.

—¿De qué habla, señorita Madeleine?

Ella parecía en trance, como si hablara del pasado y no fuera ella en realidad, y de pronto notó que su rostro se desfiguró por completo como si no estuviera allí dando un paseo sino en un lugar horrible y desagradable.

—Los vi esa noche retozando en los campos... a él tendido a sus pies, besándola como si fueran amantes desde hace tiempo. como una ramera... ella estaba tendida a sus

pies y luego él se tendió sobre ella y lo hicieron. Usted es una dama casada y supongo que no le da asco pensar en eso, pero yo sentía que... oh por dios, jamás imaginé que la virtuosa hija del vicario se comportara así, como una ramera. Tenía a Henry atrapado entre sus piernas, y sabía que nadie lo sacaría de allí jamás.

Agnès respiró hondo y se alejó.

—Eso no puede ser, ella no...

—Oh cálese, no estoy loca ¿sabe? Sé bien lo que vi esa noche de lujuria, fue en la fiesta de primavera... en esa fiesta había muchas parejas en los campos, también los vi retozando como animales salvajes. Y allí estaba Rosalie con Henry de Ketville, escondidos en la pradera, pero no tan escondidos, pues al parecer él tenía prisa por tener una mujer estampada en su vara inmensa. También vi eso.

—Qué vergonzoso, no hable así en mi presencia por favor, señorita—le dijo.

Debía detenerla, estaba fuera de sí y nunca la había visto tan descontrolada. Vaya, al parecer sí amaba a ese joven, a pesar de que él la ignorara por completo pensaba que él debía ser suyo, solo porque era una señorita de buena familia y Rosalie solo la hija del vicario. De pronto recordó algo y le preguntó.

—Pero la vi irse con su madre esa noche, señorita Madeleine, usted se fue lejos, cómo es que vio a Henry...

—Es verdad, y a usted se la llevó mi hermano. Sé que se marcharon juntos y que seguramente esa noche se convirtieron en amantes.

—Eso es mentira. Nunca he dejado que...

—Mi madre cree que está encinta y por eso mi hermano la trajo. No está segura, pero lo sospecha. Intuye que han estado haciendo cosas a escondidas.

—No es verdad... es mentira. Duncan es un caballero.

—Por supuesto, pero hasta los hombres más caballeros se tientan al ver a una

mujer hermosa, como Henry... mi madre me llamó entonces, pero yo me alejé en cuanto pude, quería ver a Henry, solo una vez más antes de irme. Así que lo busqué y supe que había ido a los campos, y que una mujer lo acompañaba. Por supuesto, así era... la inocente y pura niña de la vicaría estaba retozando en el bosque con Henry. Y ella me juró que no habían hecho nada, lo dijo. Como usted. Maldita zorra con aires de santurrón.

—Pues no soy una zorra y esta conversación se ha vuelto desagradable, señorita Howard.

Ella se rio y luego la miró con odio y la empujó al estanque con tal brutalidad que cayó de bruces sin poder evitarlo. No podía sentirse más humillada en esos momentos, mientras luchaba para no hundirse con su vestido pesado armado mientras oía la risa maligna de Madeleine alejarse.

—Madeleine...Madeleine—gritó al ver que se alejaba y la miraba de forma extraña.

—Por favor ayúdeme—insistió.

La pelirroja la miró con una sonrisa perversa.

—Usted ha causado un gran disgusto a mis padres, señora Dubois, todos dicen que mató a su marido para poder casarse con mi hermano y que le ha embrujado con sus malas artes y ahora él es su esclavo—le gritó.

Agnès comprendió que esa joven estaba loca y que planeaba dejarla allí a que se ahogara por venganza, o porque la odiaba.

—Usted está loca, yo no maté a nadie—le gritó—por favor...moriré si no me ayuda este vestido horrible es demasiado pesado.

—Por supuesto, me vi obligada a darle los vestidos que no usaba porque mi madre dijo que no tenía usted ropa apropiada para una mansión y debo agregar que mi

hermano me obligó a brindarle amistad para acercarse a usted. Oh sí fue él... él me obligó a invitarla a la mansión y a hacerme amiga suya para averiguar cosas. estaba obsesionado con la bella francesa, estaba loco por usted mucho antes de que cayera completamente en sus garras.

Esas palabras le dolieron.

—Pensé que era mi amiga, fue tan gentil conmigo...

—Pues no era su amiga, solo fui amable para hacerle creer que sí lo era y así averiguar cosas. Eran un matrimonio raro y misterioso y mi hermano estaba convencido de que usted era parienta de ese hombre, no su esposa. Por eso me envió, para tratar de saber la verdad y resolver el misterio. Aunque no le gustó nada saber que realmente estaban casados y retozaban a veces.

—Rayos... al diablo. Me importa un rábano eso, voy a morir congelada sino me saca de aquí. Maddie, por favor ayúdeme... no puede dejarme sola aquí, todos sabrán que usted lo hizo, nos vieron salir juntas—mientras luchaba contra el agua y su pesado vestido que la arrastraba hacia abajo.

—Pero nadie sabrá que yo lo hice, estamos solas aquí... puedo decir que fue un accidente, que usted resbaló y cayó y que intenté ayudarla, pero...—dejó escapar una risita sin dejar de mirarla con esos ojos agrandados por la maldad.

—Duncan me encontrará y sabrá lo que hizo y deberá enfrentar su odio para el resto de sus días. Quizás la mate en un arranque de rabia y dolor.

Madeleine dejó de reírse cuando dijo eso.

—Mi hermano nunca la encontrará porque este estanque es profundo y todo lo que él cae es devorado por los demonios del pantano...

La joven comprendió que estaba perdida y que no tendría ayuda de Madeleine, estaba loca y la odiaba.

—Usted no será la nueva señora de esta mansión jamás, ni causará más dolor a mi familia, mi padre sufrió tal disgusto cuando supo que Duncan tramaba fugarse con usted y que le importaba más un capricho amoroso que su propia familia que se desmayó y mi pobre madre gritaba y lloraba pensando que lo perdería. No es la primera vez que discuten por su causa, mi hermano lleva meses planeando todo esto. Hasta creo que él mató a su esposo... si no fue usted fue él.

—Eso no es verdad, él sería incapaz.

—Pues no lo sé... usted casi provoca la muerte de mis padres ellos son personas dignas y buenas, ¿sabe? No quiero que se mueran del disgusto al ver a su hijo favorito casado con una puta francesa ambiciosa e intrigante. Porque eso es lo que es en realidad. Cree que lo tiene muy bien atrapado entre sus piernas como esa puta rubia de la vicaría, son iguales.

—No soy una ramera, jamás hice daño a nadie, pero usted está loca como una cabra. Acaso fue capaz... ¿Entonces usted la mató? ¿Usted mató a Rosalie?

Madeleine no lo negó, pero su mirada maligna y su pose era la de una bruja, la de un ser maligno e impío. No era su vieja y alegre amiga pelirroja, la que siempre estaba contenta y la animaba, era otra mujer, una muy mala.

—Pensó que podía robarme a Henry retozando con él. Y el muy tonto iba a casarse con ella porque le dijo que estaba esperando un hijo suyo. Debía hacer algo, debía impedirlo. Así que ese día esperé...

—OH dios mío, ¿mató a su mejor amiga por un hombre que ni siquiera le presta atención? Qué mujer tan mala y estúpida. Henry jamás la ha mirado, usted no le agrada porque ningún hombre se enamora de una mujer tan malvada, por eso la rechaza.

Ella apretó los labios y notó que sus ojos eran dos líneas, la miró con tanto odio entonces que pensó que la mataría y enseguida se arrepintió de haber abierto la boca. No

era momento de enfadar a esa víbora, necesitaba que recapacitara y la ayudara, debía hacer que se tranquilizara... pero estaba furiosa además de asustada y no pudo evitar hablar.

—Él solo quería divertirse con esa tonta, no iba a casarse con ella, jamás dijo que lo haría, solo tomaba lo que ella le daba. Pero yo no maté a nadie. Rosalie se marchó porque ha descubierto la verdad. Sabe que él no va a cumplir su promesa y está esperando un hijo suyo. Sus padres la llevaron a un lugar para que tenga a su niño.

—¿Y tú cómo lo sabes Madeleine?

—Porque el reverendo habló con mi padre. Todo ha sido una farsa para que nadie sepa la verdad. Alice estará desaparecida hasta que su niño nazca y pueda darlo a algún pariente. Entonces aparecerá de repente y contarán alguna historia.

Agnès se acercó a la orilla, pero no demasiado pues temía que esa loca malvada volviera a hundirla.

—Bueno, es un alivio saberlo—dijo y suspiró—Madeleine, por favor, ayúdame a salir de aquí, moriré si no lo haces.

—Oh no puedo hacer eso, hice una promesa. Le dije a mis padres que la convencería de desistir de esa boda. ¿Es usted una mujer sensata no es así? No querrá quedarse aquí después de esto. Solo dígame que renunciará a Duncan y la dejaré salir.

—Está bien, lo haré... renunciaré a la boda. Lo prometo. Pero ayúdeme por favor... me estoy hundiendo.

Madeleine la miró con maligna satisfacción y entonces se le acercó, pero no hizo nada para salvarla, se estaba hundiendo y solo la miraba de forma maligna como si dudara en estirar su brazo.

—¿Y cómo sé que cumplirá su promesa cuando la deje salir?—preguntó.

No iba a ayudarla, la dejaría morir, gritó pidiendo ayuda, estirando sus brazos hasta que

de pronto escuchó su voz como en sueños. Vio a Duncan apartando a Madeleine del estanque de un empujón mientras le gritaba improperios, furioso y luego metiéndose él en el lago para ayudarla a llegar a la orilla. No fue sencillo, sentía que le faltaban las fuerzas y él tuvo que sujetarla y llevarla medio desmayada hasta lograr sacarla del agua.

Fue como si un ángel la rescatara, no podía creer que eso hubiera llegado para salvar su vida, la miró y tuvo la sensación de que era un sueño.

—Agnès... señora Dubois, está usted bien?—le preguntó consternado.

Ella asintió, pero estaba exhausta y a punto de desmayarse, pues mantenerse a flote había sido un gran esfuerzo por su parte y estaba agotada, exhausta.

Solo quería salir de ese lago helado y marcharse a un lugar lejos, aunque en sus brazos se sintió a salvo, no pudo evitar estremecerse cuando vio de nuevo su mirada maligna.

—Espero que recordéis vuestra promesa ahora—le gritó Madeleine mientras un grupo de criados se la llevaban lejos. Fue un alivio saber que la llevaban sujeta y que ella gritaba y pateaba. Un milagro en realidad se había salvado por poco...

Agnès la vio aterrada, incapaz de hablar por un momento hasta que lloró y miró a Duncan pidiéndole que la llevara lejos de esa casa cuanto antes.

—Madeleine me arrojó al estanque y quiso... ella intentó ahogarme. Porque dijo que debía renunciar a la boda pues nunca lo permitiría...

Hablaba con voz ahogada, sin poder apenas respirar.

—Tranquila señora Dubois, está a salvo ahora, lo siento mucho... mi hermana enloqueció no sé qué le pasó, pero llegaba cuando oí los gritos. Volví antes

—Quiero volver a la granja, por favor... vuestra hermana...

Él la miró con tristeza mientras relataba lo ocurrido.

—Lo siento mucho, creo que enloqueció. Pero estaréis a salvo ahora, os lo prometo.

—¿A salvo? Me pidió que renunciara a ser vuestra esposa si quería salvarme y al final tampoco lo hizo. ¿Creéis que no lo intentará de nuevo?

Su voz se quebró y no pudo hablar de nuevo. Estaba exhausta y todavía temblaba por lo que acababa de ocurrir, pudo morir, por un momento vio la muerte en los ojos de esa malvada mujer. Nunca habría imaginado tanto odio y locura. Y de no haber sido por Duncan que llegó antes de lo esperado...

—Os llevaré a la casa, tranquila, os juro que mi hermana no volverá a poner un pie en esta casa. Hablaré con mis padres luego y le contaré yo mismo lo sucedido—le dijo él y no se apartó de ella en ningún momento.

Pero luego fue a hablar con sus padres sobre su hermana y la miró.

—No te preocupes, ella se irá de aquí o de lo contrario abandonaremos esta casa. Os lo prometo.

Ella lo miró asustada, prefería marcharse de todas formas, pero no lo dijo. Solo quería descansar y olvidar esa horrible experiencia.

Hasta que recordó las palabras de Madeleine sobre Alice y se estremeció.

—Duncan, hay algo que debes saber, es urgente... Alice Peterson... creo que Madeleine la mató por celos. Me lo dijo.

Él la miró horrorizado.

—No puede ser , ¿qué os dijo?

Agnès le dijo las extrañas palabras de Madeleine, recordó cada detalle y la horrible sensación de que ella sabía dónde estaba Rosalie porque la había matado.

Duncan quedó muy consternado al oír lo que Maddie había confesado.

—Eso es horrible, no puedo creerlo ... Rosalie era su amiga, pero tranquila, hablaré con mis padres y exigiré a mi hermana que confiese la verdad sobre lo ocurrido a la señorita

Anderson.

—OH que alguien más lo haga, está loca y no sé lo que podría hacer ahora que la han atrapado.

—Mi hermana nunca fue del todo normal, pero no podíamos decirlo, era un secreto. Nació así... con el tiempo se notó que no era como las demás niñas de su edad, sufría una tara, pero luego comenzaron los arrebatos nerviosos y empeoró, un doctor la estudió y dijo que era una tara heredada y que debía beber una medicina para los nervios que la ayudarían. De niña se reían de ella por su retraso y yo la defendía. Jamás imaginé que eso fuera importante hasta que ocurrió su pelea con Rosalie por Henry... no puedo creer que ella la matara, es horrible pero ya nada me sorprende y voy a averiguar lo que pasó. No voy a encubrir su maldad.

Agnès pensó que no se sentiría a salvo hasta que se llevaran lejos a esa mujer, cuanto antes. ¿Pero qué harían sus padres? ¿Creerían que ella la había atacado y casi había provocado su muerte esa mañana en el estanque?

Miró la mansión a la distancia y tembló. Un grupo de criados apareció con una camilla para llevarla cuanto antes a sus aposentos y poder curar las heridas que tuviera. Duncan los siguió y dijo que nada debía preocuparle, pero eso sería imposible.

Ese día fue eterno, y pasó mucho miedo, pensó que no dormiría. Afortunadamente un doctor la examinó y dijo que solo necesitaba calor y reposo durante una semana pues las heridas que se hizo al caer en las piernas y brazos no eran de gravedad y se repondría, pero lo peor era que se sentía débil, abatida y muy asustada.

—Creo que le recetaré un tónico para que pueda descansar—dijo el doctor y sacó un frasco de su bolsa de cuero que llevaba colgando.

Ese tónico era milagroso de inmediato se durmió y descansó los días siguientes como no lo había hecho en mucho tiempo.

Pero al despertar siempre se sentía aturdida y desorientada.

Soñaba con Madeleine y le parecía oír su voz cerca y hasta su risita malvada. Era extraño, pero nunca notó que su risita fuera maligna hasta que pasó lo del estanque.

Tenía tantas preguntas, despertaba y quería saber dónde estaba ella, pero luego volvía a dormirse y a esperar que Duncan fuera a verla, pero luego lo veía y no sabía si era él o lo había soñado.

Hasta que una mañana fue capaz de salir de la cama y se acercó a la ventana para ver a un grupo de jinetes llegar a la mansión.

—Señora Dubois, regrese a la cama por favor. Todavía está débil—le dijo una criada.

Ella la miró aturdida.

—¿Qué está pasando Betty? ¿Quiénes son ellos? Los jinetes.

La criada se acercó a la ventana inquieta.

Betty era la más amable de todas y la había reconocido por sus grandes ojos saltones y azules y su figura regordeta.

—Son los hombres del conde, señora. Supongo que ya han regresado.

—Han regresado de dónde? ¿Qué sucede?

Betty apretó los labios y la miró consternada como si fueran malas noticias. Y no quisiera decirle nada todavía. Todos los criados guardaban silencio con respecto a Madeleine, no la nombraban ni le decían dónde estaba.

—Por favor, Betty, deja de callar y dime qué ha pasado—le suplicó.

—Se ha ido señora Dubois, la señorita Howard ya no vive en Grovenham Manor—dijo al fin.

—Oh qué alivio... y dónde está?

—El señor Duncan se lo dirá pronto. Pero ahora debe descansar, todavía está débil y

podría resfriarse. Tenía mucha agua en los pulmones. ¿Lo olvida? Casi muere en ese estanque ese día.

—OH no quiero ni recordar.

—Por eso se fatiga con facilidad. El doctor dijo que debe evitar moverse de la cama y debe estar en un lugar donde haya calor.

—Pero estamos en verano.

—No es como el verano francés, señora Dubois. Y esta casa es helada todo el año, casi...

Tenía razón, había un frío húmedo que era terrible en invierno y en verano, aunque el frío parecía desaparecer las lluvias de esos días habían hecho todo más helado otra vez.

Regresó a la cama y trató de serenarse.

Madeleine se había ido y eso le daba tanto alivio.

Todavía le costaba creer que había estado a punto de morir, pero había algo más que la angustiaba y era pensar en Alice y cuando Duncan fue a verla luego del almuerzo para saber cómo estaba le preguntó por la hija del vicario.

Duncan se puso serio.

—Están buscándola todavía, pero no penséis en eso. Solo en estar tranquila ahora y recuperarte. Madeleine se ha ido y no regresará, os lo aseguro. Nunca más se acercará a esta casa ni a ti.

—Y ella confesó lo que pasó con Alice?

Era una pregunta delicada y notó que Duncan estaba inquieto como si no le agradara hablar del asunto.

—Ella juró que no le hizo daño, que solo pelearon ese día por culpa de Henry, los vio juntos y eso la enfureció. Pero asegura que Alice corrió, la vio escabullirse y que estaba viva cuando dejó la fiesta.

—Pero pudo golpearla muy fuerte, Alice es mucho más menuda que Madeleine.

—Mi hermana asegura que ella huyó con Henry porque estaba esperando un hijo y que sus padres lo saben por eso guardan silencio. Han ido a hablar con la familia Ketville, pero ellos niegan que tal cosa sea verdad. Aunque creo que jamás confesarían que su hijo tuvo un lío amoroso con la hija del vicario.

—Henry también lo niega?

—Es terrible todo esto, pero si mató a esa joven la colgarán, no podrá escapar y mis padres están tan apenados. Son personas de edad y todo esto los ha disgustado demasiado.

Agnès miró molesta a Duncan.

—¿Y la pobre Rosalie Anderson? ¿Qué culpa tenía ella de lo que pasó? ¿Cree que merecía morir?

Duncan se mantuvo calmo.

—No sabemos si está muerta, ella juró que no la había matado, lloró mucho estaba muy arrepentida y quería disculparse con usted, pero no le permití hacerlo. Habría sido perturbador y, además, le pedí a mis padres que se la llevaran muy lejos a uno de esos lugares donde cuidan a los enfermos mentales. Un lugar seguro del que no pueda escapar.

—Pues me alegra saberlo, sospecho que estaba enferma, pero nadie en la familia lo había notado.

Esas palabras lo hicieron enfadar, supuso que porque era su hermana y era un asunto familiar.

—Es verdad y lo siento mucho, pero le aseguro que jamás imaginamos que esto pasaría. Era un poco consentida y rara, todos lo notaban, de niña pensaban que tendría un retraso, pero luego cambió. De niña era callada y obediente, no había nada raro en ella, fue solo al crecer que se volvió caprichosa y voluntariosa. A veces se enfadaba, pero eso lo hacen siempre las niñas...

—Entiendo, no lo vieron antes porque eran su familia... solo me pregunto si la pobre

Alice...

Agnès temía que la joven hija del vicario estuviera muerta pues en un arrebato de locura Maddie habría sido capaz de hacerlo, tenía un genio vivo, explosivo, ya lo había notado y ella casi había sufrido esa suerte. Porque en vez de ayudarla Madeleine quiso hundirla, deseaba que se ahogara por más que le prometiera ayudarla luego de arrancarle esa promesa en un momento de desesperación.

—Señora Dubois, siento mucho lo que pasó, pero le aseguro que mi hermana no regresará... no volverá a acercarse a usted jamás.

Lo decía con mucha decisión, pero ella tuvo dudas, se sintió insegura y también triste por todo lo ocurrido.

—Sir Duncan, creo que debo regresar a casa, estaré más segura allí.

Estaría segura en cualquier otro lugar en realidad, menos en la mansión de Grovenham Manor.

Sus palabras le causaron sorpresa y al comienzo se quedó mirándola.

—Oh no lo haga por favor, ni siquiera lo piense... ¿acaso ya no desea convertirse un día en mi esposa?

—No es eso... es que ya no creo que eso sea posible. Sus padres no dieron su consentimiento y ahora ha ocurrido algo muy triste. Casi una tragedia no solo por lo que ocurrió en el lago sino por Alice.

—Aparecerá pronto, estoy seguro. Dudo mucho que mi hermana le hiciera daño. Ella no es así, no entiendo por qué... todo esto parece una pesadilla, señora Dubois, no puedo creer que mi hermana pudiera ser tan cruel...

—Ella dijo que se lo había prometido a sus padres, sir Duncan, que le prometió que me convencería de renunciar a esa boda.

—Pero mis padres jamás le habrían aconsejado que le hiciera daño, señora Agnès. Por

favor, no crea algo semejante.

La joven guardó silencio y lamentó haberlo dicho pues notó que Duncan estaba disgustado, pero ella estaba asustada por toda esa situación.

—No lo creo, lo temo—dijo entonces.

—Pues no debe temer nada ahora, mis padres jamás le harían daño ni le pedirían a nadie que lo hiciera. Mi hermana obró por cuenta suya, estaba chiflada me temo, loca como una cabra. Comprendo que esté asustada, me han dicho que sufre pesadillas.

—Es verdad, no dejo de pensar en ese día y temo que... quisiera irme de aquí. Tengo la sensación de que ella regresará y querrá hacerme daño sir Duncan.

—No lo hará, se lo prometo. Yo cuidaré de usted y nos casaremos... mis padres han dado su aprobación. Me han dicho que debemos esperar un tiempo prudente y que luego podremos casarnos aquí.

Ella debió sentirse feliz por la noticia, pero en esos momentos solo podía sentir miedo por su futuro. Sabía que lo ocurrido dejaría una herida en ella, un miedo del que tardaría mucho en reponerse. Además, ¿cómo podía pensar en bodas ahora cuando su futura cuñada había intentado asesinarla por esa misma razón? Quizás él esperaba tranquilizarla al hablarle de bodas, pero en esos momentos no podía siquiera considerar el asunto seriamente. Todavía no, quizás más adelante si es que lograba quedarse en esa casa sin salir despavorida en cuanto viera a Madeleine de nuevo o se enterara de lo ocurrido con la pobre Alice. Ciertamente que no se sentía nada optimista en cuanto a la suerte de la pobre hija del vicario. Algo le había dicho Madeleine ese día, algo que le heló la sangre y le hizo temer lo peor pero no quiso hablar de ello ni pensar siquiera, no se atrevía.

Quizás Duncan tuviera razón y todo fuera una pesadilla. Deseaba que así fuera y despertar un día pensando que todo había sido un mal sueño, pero no lo era. Por desgracia.

Todo estuvo en calma los días siguientes, hasta que una mañana mientras daba un paseo con sus dos criadas vio llegar a Duncan a gran velocidad en su caballo. Algo pasaba podía sentirlo y quizás lo notó mucho antes sin saber ni cómo.

Él la miró con expresión radiante a tiempo que notaba sus mejillas rojas.

—¿Qué sucede sir Howard? ¿Acaso ha pasado algo?—le preguntó.

Su mirada era de alegría y también inquietud.

—Han encontrado a la hija del reverendo, señora Dubois. Está viva... sana y salva.

—OH, pero es un milagro.

—Lo es...

De pronto se dio cuenta que él también lo esperaba, que deseaba que la joven apareciera para tranquilizarla, para que comprendiera que su hermana no la había matado. Fue como si leyera sus pensamientos.

—Es una noticia estupenda sir Duncan, espero que la joven ese encuentre bien.

Las criadas se alejaron discretamente y ella pudo preguntarle si la joven estaba sana y salva.

—Lo está... al parecer había huido con Henry y él la mantuvo escondida hasta que supo que mi hermana se había marchado a casa de unas tías. Ella me contó lo sucedido... fue una pelea por celos, pero Maddie la lastimó y la asustó... la asustó mucho. Juró que la mataría si se atrevía a casarse con Henry.

—Oh dios mío. También la amenazó con matarla.

—Pero no habrá ninguna boda, dudo mucho que los de Ketville lo aprueben... aunque Rosalie es una buena muchacha.

—Pues me alegra saber que ha aparecido y no sufrió ningún daño.

—Bueno, el reverendo no estaba tan feliz de saber que su hija se había escondido en casa

del señor de Ketville por causa de mi hermana, cree que el joven fue muy osado.

Agnès notó que Duncan parecía aliviado como si se hubiera sacado un gran peso de encima por eso había corrido a avisarle, esperaba transmitirle cierta calma y en verdad que lo logró.

Pero la joven viuda sabía que debería tomar una decisión en su futuro.

Había estado pensando mucho en ello. No quería marcharse, no quería dejar a Duncan, pero de haber sabido que Alice había muerto en manos de Madeleine tal vez habría huido.

Pensó que esa joven habría sido capaz de hacerlo, pero tal vez con Alice era distinto pues se trataba de su amiga de infancia. No lo habría hecho daño por eso.

—Me da alivio saber, aunque no entiendo por qué no apareció antes y contó lo que vuestra hermana había hecho—le respondió Agnès.

—Bueno, pues me alegra saber que está sana y salva, es una buena nueva luego de tanta incertidumbre.

—Lo es...

De pronto la tomó entre sus brazos y la abrazó y la llevó a un lugar alejado para besarla. Fue un beso fugaz pero apasionado. Un beso para acercarse, para hablarle y mirarla.

—Por favor, debes casarte conmigo—le luego mirándola con intensidad.

Ella se quedó mirándole algo sorprendida, confundida. Sin embargo, comprendió que no podría negarse, no deseaba hacerlo.

—Sé que no ha sido fácil para ti, Agnès, que habéis vivido algo terrible, pero yo os compensaré, lo prometo. Solo acepta ser mi esposa ahora, o dime que lo haréis... por favor.

La joven francesa tuvo muchas dudas entonces, amaba a ese joven, lo amaba sí, pero luego de lo ocurrido no sabía si se atrevería.

—Pero vuestros padres no dieron su aprobación sir Duncan.

—Ellos han cambiado de parecer, creo que han comprendido que fueron injustos al juzgaros mal en el pasado.

—¿Quieres decir que ahora aprueban nuestra boda?

Él asintió con mucha seguridad.

—Han hablado conmigo hace unos días, no quise deciros porque sé que estabais abrumada. Pero creo que debéis saber que han cambiado de parecer... se sienten muy apenados por lo que pasó ese día.

Esperaba su respuesta, sabía que se moría por convertirla en su esposa y que no podía negarse, no ahora. debía sobreponerse y dejar atrás el pasado y tantos sucesos desafortunados. Era su oportunidad de casarse con el hombre correcto, con un hombre que la amaba de verdad y al que ella correspondía. Tanto había esperado ese momento, tanto lo había soñado... no podía dejar que nadie los separara.

Atrás quedaban sus planes de viajar a Francia, de buscar a su familia, se daba cuenta de que si aceptaba tendría otra vida en Inglaterra. Una vida a la que no podría renunciar, una vida diferente.

—¿Está seguro de que sus padres lo aprueban sir Duncan?—le preguntó entonces, con algunas dudas, temblando.

Él sonrió y notó que sus ojos brillaban con intensidad.

—Lo aprueban y yo deseo que acepte convertirse en mi esposa, por favor... ha sufrido tanto por mi culpa, sé que no tengo derecho a pedírselo, pero le ruego que sea mi esposa. prometo ser un buen esposo y compensarla por todo lo malo que ha sufrido.

Ella no pudo menos que conmoverse por sus palabras. Aunque tenía dudas y se sentía atormentada por lo ocurrido sabía que no podía dejar que el daño que le había hecho esa joven le arruinara su vida, no era justo. Debía ser fuerte y dejar atrás ese triste asunto.

Él la amaba y ella correspondía a su amor y sabía que estaba loco por ella, y sin embargo

en esos momentos en que debía dar el sí tuvo muchas dudas.

—¿Está seguro de que yo sería la esposa adecuada, sir Duncan? que no lamentará luego que...

Él la miró muy serio y la tomó entre sus brazos para darle un beso osado y ardiente. No habló hasta que la besó y luego la miró con esa intensidad que le decía a gritos cuánto la amaba. ¿Qué importaban las palabras? ¿Qué importaba que le jurara amor? Sabía que la amaba, podía sentirlo en el fondo de su corazón y sabía también que no era un capricho amoroso como creían sus padres.

—Mi bella dama francesa, la amé desde el primer día que la vi y desde ese día supe que quería que fuera mi esposa y sé que no habría otra mujer que fuera más apropiada para ese rol. Mis padres creen que es solo un capricho del corazón y que se me pasará, pero ambos sabemos que no es verdad. Llevo demasiado tiempo esperando por usted, tanto tiempo siendo ignorado, esperando una oportunidad sabiendo que era imposible porque tenía un esposo. Pero sabía que este día llegaría, no sé cómo, pero lo intuía, lo sabía...

—Aun así, temo no ser suficiente para usted, milord. Sus padres habían planeado una boda y ya habían escogido a la joven que...

—Olvida eso por favor, no iba a casarme con esa niña consentida, nunca tuve intención de hacerlo. Solo diga que sí y deje todo en mis manos. Seré un buen esposo, el mejor que pudo soñar alguna vez y prometo que le seré fiel y la amaré como jamás la han amado, preciosa. Solo tiene que decir que sí.

No podía negarse, era su oportunidad de dejar atrás el pasado y ser feliz, sin pensar en nada más. Todos sus planes de regresar a Francia le parecieron lejanos y ridículos, no quería hacerlo, quería quedarse a su lado e intentarlo, sabía que ese joven sería un esposo amoroso y leal. Llevaba tanto tiempo esperando por ella.

—Sí, acepto—le dijo en un susurro respondiendo a sus besos.

Él sonrió feliz y dijo que la boda sería pronto y muy discreta.

Agnès lo abrazó y juntos regresaron a la casa.

Los preparativos de la boda comenzaron la semana siguiente y a medida que se acercaba el gran día se sintió inquieta, nerviosa.

No dejaba de pensar que algo podía pasar de un momento a otro y era como si en ocasiones escuchara la risita perversa de Madeleine, esa risita socarrona que ahora le parecía un sonido tétrico y amenazante.

“Son tonterías, son solo fantasmas” se dijo a sí misma, pero estaba asustada. Era como si esa joven estuviera allí escondida en algún lugar, agazapada, esperando el momento para atacarla y completar lo que quiso hacer ese día en el estanque.

Se preguntó angustiada cómo haría para vivir en esa casa pensando que alguien intentaría de nuevo matarla. No debía pensar en eso, debía alejar esos pensamientos, pero no podía hacerlo.

Por momentos temía que los padres de Duncan hubieran dejado a su hija encerrada en la mansión, escondida para que nadie notara su presencia.

—Agnès, ven, demos un paseo—la voz de Duncan le provocó un sobresalto.

Pasaba demasiado tiempo encerrada por el mal tiempo o porque debía probarse el vestido o recorrer la casa en compañía de la condesa de Grovenham. Casi odiaba esas reuniones, eran forzadas y además no entendía por qué debía aprender a dirigir la mansión cuando había tantos criados. Además, no era una ignorante, había vivido en un castillo, aunque ahora ese fuera un recuerdo penoso y evitara hablar de ello, pensaba que una mansión no podía compararse. Si había estado al mando de un castillo bien podía arreglárselas con una inmensa casa de campo como esa. Pero los condes eran presumidos y soberbios, y no parecían entusiasmados con la próxima boda.

Apartó esos pensamientos y siguió a Duncan.

Fueron juntos a conversar y recorrer la finca en su caballo que era inmenso y negro.

Pero cuando se alejaban le pareció ver una mujer de cabello rojo en la ventana y tembló.

—Es Madeleine—balbuceó.

Duncan miró, pero dijo que allí no había nadie.

—Estaba allí, lo juro... era ella.

—Preciosa, solo estáis nerviosa por la boda y pensáis que mi hermana vendrá, pero no es así.

—No pienso que ella pueda regresar, sospecho que está aquí, escondida en algún lugar, que vuestros padres...

—Mis padres no harían eso. Además, vi cuando partía con los caballos, se fue muy temprano al día siguiente del incidente en el lago.

Parecía muy seguro de ello, aseguraba haberlo presenciado, pero Agnès dijo que a veces le parecía oír su risa y que había tenido pesadillas últimamente.

—Temo que haga algo para impedir nuestra boda, dijo que causasteis un gran disgusto a vuestros padres por mi culpa.

Duncan negó con un gesto.

—No es verdad... solo estaban molestos, pero no se llevaron un disgusto. Hace tiempo que saben de lo nuestro, pero antes estaban tranquilos porque tenías esposo y no pensaban que...

Se interrumpió al comprender que iba a decir algo inapropiado.

—Creían que solo sería una diversión para ti, un enredo amoroso supongo.

Él la miró con intensidad y le dio un beso fugaz pero no dijo palabra hasta estar más lejos de la casa y en medio de ese frondoso prado de arbustos y flores.

Solo cuando estuvieron a solas la ayudó a bajar y la envolvió entre sus brazos.

—Sabes que no es verdad, no pensaba en ti como en un enredo amoroso. Al principio tal

vez, pero luego... con el tiempo supe que quería que fueras mi esposa.

—Pero tenía esposo y sabías que no podía ser.

—Tu esposo no te merecía, era un patán y no tengo nada que ver con su muerte. Mi hermana dijo eso, pero no es verdad, quiso sembrar dudas, rayos, creí que me ayudaría...

—Le pedisteis que se acercara a mí.

—Sí, lo hice, pero era porque estaba loco por ti y quería saber si ese hombre era realmente tu marido... tenía la esperanza de que no lo fuera y luego de saber la verdad no me rendí porque sabía que tarde o temprano serías mía.

—Os creo, sé que no harías daño a nadie, pero me pregunto si vuestros padres en un momento de debilidad tal vez...

—Mis padres no harían eso. No después de saber lo que Madeleine intentó hacerte a ti y a Rosalie. Ella no está en la mansión.

—Pues quisiera estar segura, os lo pido... quiero saber que ella no está cerca de aquí porque temo que se haya fugado y regrese. Creo que nunca me sentiré tranquila.

—Pero viviremos aquí, no puedes tener esos temores ahora. Ella no está aquí, pero si quieres yo mismo recorreré las habitaciones—dijo.

—Pero hazlo tú, no dejes que os engañe un criado. Madeleine puede estar escondida en algún rincón secreto. Y si lo está...

—Si lo está la encontraré, pero no estará os lo aseguro. Es absurdo... sé que sufristeis una conmoción y lo entiendo, no puedo juzgaros por estar asustada, pero os aseguro que ningún criado escondería a Madeleine aquí por más que ella intentara regresar. Cosa que dudo.

—Y si intenta escapar?

—No podrá hacerlo, mis tías la mantienen encerrada y dormida la mayor parte del tiempo.

—¿Y crees que soportará mucho tiempo vivir lejos de su familia de su hogar?

—No regresará nunca Agnès, no está aquí y nunca más estará. Sabe que no puede hacerlo. Os lo aseguro.

—Como si tuviera algo de sensatez...

—No regresará porque sabe que no quiero volver a verla después de lo que intentó hacerte. Mis padres tampoco la recibirán. Ahora deja de pensar en eso por favor. Debes dejar ese asunto en el pasado, te lo ruego o viviréis con miedo. ¿Cómo haréis para ser luego mi esposa acaso viviréis pensando que ella aparecerá de repente para hacerte daño? Jamás lo permitiría Agnès, nunca...

—Lo sé, pero no puedo evitarlo, temo que haga algo para hacerme daño y así impedir nuestra boda como quería hacerlo.

—Pues no lo permitiré. Ahora ven, caminemos un poco, quiero mostrarte un prado con ardillas y ciervos. Os gustará.

Por un momento olvidó sus penas en ese hermoso parque donde había un gran lago con cisnes y cerca de allí algunos ciervos pastando. Eran hermosos como el lugar con su impresionantes plantas y arbustos. Plantas exóticas traídas de lugares muy lejanos con colores vivos.

Su abuelo había plantado esos árboles y conseguido esas plantas en uno de sus viajes al extranjero. Duncan conocía los nombres, pero ella los olvidó al instante. Su compañía le hacía tanto bien... y cuando se alejaron para besarse y estar juntos sintió que sus preocupaciones se esfumaban y tembló al sentir en su interior un deseo vibrante y salvaje. Era como si no pudieran dejar de besarse y un deseo inmenso los consumiera.

Pero no era el lugar adecuado y lo apartó nerviosa.

—Pueden vernos—dijo.

Respiraba con dificultad y la deseaba tanto, sentía ese deseo ardiente en su pecho y sin

embargo se contuvo y le sonrió.

—Lo siento, no quiero que sea así... nuestra primera noche de amor debe ser especial... debe ser nuestra noche de bodas—le dijo.

Pero cuando regresaron poco después fue asearse y se sintió húmeda y palpitante, como no lo había estado en mucho tiempo. Deseaba tanto ese encuentro que ya no pensaba si sería la esposa adecuada para él, pensaba que deseaba a ese hombre como no había deseado a nadie y que al fin tendría un esposo que realmente la amara y fuera leal.

Lástima que hubiera un asombra cerniéndose sobre su felicidad...

La sombra de Madeleine.

Por momentos se sentía tonta al tener esos temores, pero cuando llegaba la noche los temores se volvían reales y horribles.

Faltaban pocos días para la boda y se vio con el vestido de novia y suspiró. Era hermoso, blanco de seda y encaje, de tela gruesa y pesada, confeccionado a su medida con un escote discreto pero ajustado y ceñido en su cintura y muchos metros de tela.

—Le queda que ni pintado señora—le dijo la modista. —no ha engordado nada a pesar de ...

La mujer apretó los labios y se sonrojó.

—Disculpe, dije una tontería.

Agnès no entendía por qué le había dicho eso.

—Quizás desee el vestido más holgado...

—Está perfecto el vestido.

—Es una dama de hermoso talle. Muy delgada y bonita. El vestido le queda que ni pintado... hermoso.

Hablaba sin parar y repetía la misma frase hasta que finalmente desapareció y la doncella se acercó para ayudarla a vestirse.

De pronto escuchó la horrible risa cerca de allí y se crispó y alejó con el vestido aun sin ajustar.

—Señora Dubois, señora Dubois...—la llamó su doncella.

No la escuchaba, quería saber por qué esa risa, si Duncan le había jurado que había revisado cada habitación de Grovenham y no había encontrado a nadie escondido. No estaba allí y debía olvidar esa absurda idea.

Pero en el momento más feliz, cuando creía que se lo había imaginado todo escuchaba esa risita malvada a la distancia, como en el aire y se preguntó si acaso no era alguien que intentaba asustarla. Se acercó molesta y no vio a nadie hasta que de pronto descubrió a una criada que se reía cerca de allí mientras charlaba con un criado como si estuviera coqueteando.

Era la misma risa, la misma risita de Madeleine... tragó saliva y luego sintió tanto alivio.

Qué tonta había sido, debió imaginar que entre tantas criadas que había en esa mansión debía haber alguna que se riera parecido. La criada de cabello rubio y ojos saltones se alejó rápidamente seguida por el criado mientras dejaba escapar otra risita. Rayos. Todavía la crispaba esa risa, pero menos que antes por saber que no era de Madeleine.

Regresó a sus aposentos para terminar de vestirse.

Las pesadillas cesaron y llegó el día de su boda.

Un día que amaneció soleado sin una nube, hermoso, aunque a media mañana comenzó a nublarse, pero no le importó.

Fue con su vestido de novia cubierta con una toca y una diadema que le había entregado la condesa para que lo usara como tantas novias de Grovenham en el pasado. Una antigua tradición. Pero agradeció que al menos no la obligara a usar un vestido antiguo tradicional pues no le agradaban.

Duncan la esperaba en el altar junto a su padre y ella avanzó insegura pero emocionada. Habían ensayado poco la ceremonia, pero le sorprendió no ver al reverendo Anderson que había sido siempre tan amigo de los condes. No estaba. En su lugar había un sacerdote joven a quien nunca había visto.

Pero su mirada se detuvo en su futuro esposo.

Estaba temblando cuando tomó su mano y la llevó al altar porque la había mirado con tanto amor y deseo... un deseo ardiente como el fuego. Temblaba al pensar en lo que pasaría horas después, por momento se sentía algo abrumada pues no sabía si sería igual o distinto a su esposo.

Aunque se sintió más confiada que antes pues ahora al menos sabía cómo era la intimidad entre un hombre y una mujer.

No pudo evitar pensar en su anterior matrimonio, pero fue solo un momento.

Ahora sentía que caminaba en una nube, como la primera vez, pero diferente, él la hacía sentirse así. Lo amaba y pensaba que al fin tendría un esposo adecuado, un esposo al que amaría y con el que viviría feliz para siempre como en los cuentos de hadas.

Era como si luego de la tempestad llegara la calma de forma inesperada. Su vida junto a Louis había sido como un barco en medio de una tempestad, pero luego había llegado a esa tierra extraña y ahora al fin llegaba la calma.

Cuando el prelado los declaró marido y mujer y vio su anillo de zafiros en su mano sus ojos se nublaron de la emoción pues casi había esperado que algo malo pasara y que esa boda se anulara. Pero ahora era su esposa, suya para siempre y eso la hacía tan feliz...

—Ahora sois mi esposa seréis llamada mi lady, lady Agnès —le dijo él al oído y la escoltó lejos del altar.

Sonrió y sintió que caminaba entre las nubes.

No le importó que al dejar atrás el templo lloviera pues escuchó que eso era un buen

presagio.

Al llegar a la mansión su nuevo hogar notó la mirada de la condesa y fue como si viera a Madeleine, había algo maligno y lleno de animosidad en esa mujer, pero por supuesto que no se atrevería a hacerle nada, sin embargo, no recibió de ella palabra alguna en el día más importante de su vida, ni tampoco del conde. Ambos permanecieron alejados, y los vio disgustados durante el banquete.

No estaban felices con la boda de su hijo y no lo disimularon. Y aunque había muchos invitados amigos y parientes de Duncan, y el salón estuviera atestado ellos se retiraron luego del almuerzo de forma discreta aduciendo cierto malestar.

La fiesta seguía sin ellos y se quedaron un buen rato celebrando.

Bebió demasiado y se sintió algo mareada, pero eso la ayudó a no sentir nervios cuando se retiraron a sus aposentos.

La fiesta seguía en el salón pues todavía quedaban invitados bebiendo y jugando a las cartas en el salón de villar, podía oírse la música a lo lejos.

Pero cuando las puertas se cerraron en sus nuevos aposentos miró todo con curiosidad. Era como una casa pequeña, tenía muchas habitaciones, salita de té, salita de música, un rincón para escribir cartas, una sala de vestir y por supuesto la habitación nupcial y lo más bonito era que y todas se cerraban al comienzo, con la puerta principal. Así que nadie podría entrar. Era como encerrarse en su propia casa sin tener que soportar huéspedes indeseados.

—Preciosa, ven aquí... me muero por hacerte mía... ya eres mía, pero...

Ella lo siguió algo mareada pero cuando llegaron a la cama se había despertado. De alguna forma el efecto del vino pasó y sintió el calor de un beso ardiente y apasionado al tiempo que su vestido caía al piso con estrépito y sentía que caía sobre ella y besaba cada rincón de su cuerpo sin que pudiera detenerlo.

Se moría por besarla allí, en ese lugar que ella siempre le había negado a su esposo.

—No, no...

Él sonrió con picardía y volvió a intentarlo, a convencerla.

Cerró los ojos al sentir que sus labios húmedos recorrían su vientre y luego gemían al sentir que se humedecía por sus besos.

—Aguarda, espera...

No pudo decir más, solo cerró los ojos avergonzada mientras sensaciones desconocidas la recorrían y hacían vibrar. Y luego gimió cuando la penetró con su miembro rojo e inmenso. La sensación de ser tomada la mareaba y excitaba y la hacía comprender que nunca había disfrutado tanto con un hombre en la intimidad. Ese inglés parecía de fuego, sabía cómo empujarla a la lujuria y tomar todo lo que deseaba de ella.

Y cuando la inundó con su semilla fue como si la inundara con el semen de un semental, era fuerte y poderoso, temblaba y la besaba sacudido por un deseo feroz.

Pero no estaba satisfecho, quería más mucho más, podía sentirlo.

Y la siguiente vez ella intentó complacerle, pero no sabía bien cómo pues nunca lo había hecho con su esposo.

—Enséname, dime cómo por favor—le dijo.

Él sonrió y dijo en un susurro que no había prisa.

—Esta noche solo pienso en copular, es lo que más me hará feliz... y debe ser en esta cama para asegurar que os deje preñada muy pronto.

Ella pensó que estaba bien, le gustaba sentir su miembro llenarla por completo era maravilloso, vigoroso,

—Al fin eres mía, preciosa, solo mía... yo os haré muchos bebés, lo prometo.

Ella no quería pensar en bebés, le daba miedo el parto. Solo quería disfrutar ese momento de placer y felicidad.

—Mi mujer, solo mía...—le dijo al oído mientras la abrazaba con fuerza y la penetración se volvía ruda, fuerte para acabar en su interior, en lo más profundo. Podía sentir cómo mojaba su vientre y lo llenaba con su semilla, era una sensación sublime y poderosa.

Esa noche mató su recuerdo, esa noche olvidó que un día había estado casada con un hombre egoísta e infiel, esa noche sintió que disfrutaba de la intimidad como nunca lo había hecho.

Tenían intimidad todos los días y se lo pasaban encerrados en sus aposentos. La pasión y el deseo que compartían era como un fuego inextinguible y esos días se sintió liberada de todos sus miedos y reticencias.

Todo lo que nunca había hecho con su anterior esposo lo hizo con Duncan, en distintos días, y por primera vez supo lo que era el placer máximo durante la cópula.

Su marido inglés era de fuego y era muy distinto a su esposo. Adoraba abrazarla y besarla y copular, pero también llenarla de besos y pasaban mucho tiempo juntos. No solo en la cama.

Era el paraíso y lo disfrutó a cada minuto como si fuera la última vez.

En su pequeño hogar, en sus aposentos todo era amor y felicidad. Era como si fuera esa novia caminando en una nube saliendo del altar.

Excepto cuando se veía obligada a abandonar sus aposentos y reunirse con el resto de los mortales, los padres y parientes de su esposo que llegaban a veces y a quienes debía agasajarlos. Todos quienes estuvieron ausentes el día de su boda fueron a visitarlos.

Le sorprendió encontrar a los de Ketville y se preguntó por qué no estuvieron el día de su boda pues eran una de las familias más cercanas a los Howard. Y encontrarse con ellos ese sábado frío de mediados de otoño la dejó algo sorprendida e incómoda. Por fortuna no estaba Catherine con ellos, la antigua prometida de Duncan, pero sí estaban sus primos, sir Henry, Albert y Richard y también sus padres, lord Arthur y lady Grace.

Los saludó y ellos respondieron con cierta frialdad desviando la mirada como si no soportaran verla. Su suegra notó ese gesto y pareció disgustada, no sabía si por su causa o porque entendía muy bien a sus amigos de Ketville.

Duncan sin embargo notó el desaire y desafió las normas y se sentó a su lado, aunque su madre insistía en sentarlo junto a su padre en la gran mesa.

Pero él no se alejó ni un momento de su lado, era valiente y leal pues pocos se atrevían a desafiar a la imponente dama que, aunque permaneciera como invisible en la casa, su presencia se hacía sentir a la distancia y en todas partes.

Notó como ella se crispaba, pero no dijo palabra y continuó conversando con sus amigos, aunque podía sentir la tensión en el aire. Era como si nadie estuviera feliz con la boda del heredero de Grovenham, solo él, pero luego comprendió que el disgusto no era hacia él, pues todos quisieron conversar con su esposo durante el almuerzo y mientras bebían oporto en la sala. Ella era la nota discordante, la figura que no encajaba en ese rompecabezas.

Las damas apenas le hablaron y todo estuvo muy tenso hasta que a media tarde llegaron más parientes de la familia y lady Amelia se alegró mucho y se alejó del grupo.

Agnès solo pensaba en escapar y lo hizo apenas pudo, aprovechando el bullicio. Necesitaba caminar y tomar aire, pues había pasado demasiado tiempo encerrada y se sentía sofocada.

Y mientras se alejaba vio a Duncan conversando con Henry de Ketville en los jardines.

—¿Y dónde está vuestra hermana? ¿Por qué nadie habla de ella?—le preguntó Henry crispado.

Pensó que era raro que preguntara por Madeleine cuando nunca le había prestado ninguna atención.

Vio la expresión de incomodidad en su esposo al hablar del viaje de su hermana luego de enfermar repentinamente de los pulmones.

—Bueno, pues me han contado otra cosa, amigo. Me han dicho que la echaron de aquí por intentar ahogar a la dama francesa.

Rayos, ahora todos lo sabían ¿cómo era posible?

—Henry, ¿qué rayos quieres? ¿Por qué os interesa mi hermana ahora? siempre os pareció un completo fastidio. No lo neguéis.

—Es verdad, era un fastidio... solo que ahora he descubierto algo horrible sobre ella. Dicen que hizo desaparecer a Rosalie y quiero verla. Debo hablar con ella.

—Vamos, Rosalie no era más que una diversión para ti. Nunca os importó.

El rostro del aristócrata se tensó y enfrentó a Duncan sin ocultar su rabia.

—No es verdad, sabes que no es verdad.

—Por supuesto era vuestra amante y fuisteis un tonto al dejarla preñada. Ni tú sabías que hacer con eso. Estabais muy asustado cuando vinisteis a verme esa noche.

—Maldita sea, pensé que era un secreto. Pero supongo que vuestra hermana se enteró ¿no es así?

Duncan no lo negó.

—Lo lamento si así fue, de mi boca no salió. Pero quizás nos escuchó conversar ese día. Pero escucha, Madeleine no hizo nada... es con el reverendo con quien debes hablar si os interesa saber dónde está Rosalie ahora.

—El reverendo Anderson? Crees que él... que pudo ser capaz de matar a su propia hija.

—Oh claro que no. Qué horrible asunto. No hay muertos aquí, es lo que debéis entender, ya os dije. Pero han escondido a la joven para que nadie sepa que está encinta. Se la llevaron lejos.

—¿Como se llevaron a vuestra hermana? ¿Que desapareció de repente y nadie sabe si está viva o muerta?—preguntó Henry, cada vez más enfadado.

—No es lo mismo. Deja de entrometerte en nuestros asuntos. Madeleine tuvo que irse porque era un incordio, pero nada tuvo que ver con que Rosalie se marchara o la escondieran.

—¿Sigues pensando que la han escondido? Pues tengo mis dudas. El reverendo no ofició vuestra boda, no estuvo presente y eso es muy extraño.

—No pudo asistir, estaba apenado por lo ocurrido a su hija. Eso es todo.

—Es muy extraño, vuestras familias estaban muy unidas.

—Sí, no os lo niego. Pero mi hermana jamás... escucha, no hubo ningún crimen aquí, solo fue una pelea entre Madeleine y Agnès y pensamos que sería mejor que la enviáramos lejos. Nada más. Solo por un tiempo.

—¿Y por eso la enviasteis al norte, a un lugar helado? Vamos. Deja de mentir. Ayúdame a encontrar a Rosalie. Si acaso sabéis donde la escondió el reverendo...

—Y por qué os acongoja tanto? Creí que no os importaba, que solo era una diversión o eso decías. Pero al final terminasteis atrapado.

—No podía casarme con ella, mis padres no son tan débiles como los vuestros que toleraron que desposarais a una viuda francesa. Os aseguro que jamás habrían permitido que desposara a Rosalie, pero ella quería casarse, estaba encinta y yo me sentía atormentado. Todavía lo estoy. La amo... supongo que no lo sabía entonces, que no quería verlo y fui cruel con ella.

—Querías encerrarla en la casa del bosque para que tuviera a tu bastardo, pero su padre se opuso. ¿No es así?

Henry miró a su alrededor y Agnès se escondió y lanzó un respingo. El joven se veía triste y atormentado, pero ella se sentía igual al comprender que su marido le había mentado. Rosalie seguía desaparecida y nadie sabía su paradero, tal vez sus padres la encerraron al enterarse de que estaba encinta...

Eso fue lo que le dijo Madeleine ese día. Pero ella pensó que lo inventaba, porque tal vez la había matado por celos y ahora se daba cuenta de que Henry también lo sospechaba y por eso

intentaba averiguar más, pero Duncan no quería hablar de ello. Parecía incómodo y hasta asustado, aunque era difícil de saberlo, a esa distancia no podía oír toda la conversación así que se acercó un poco más.

—Henry, deja el asunto así, no puedes llevarte a Rosalie si no te dejan casarte con ella. No sería justo. Además, quizás su padre ya le encontró un marido.

—No, maldita sea, no lo permitiré.

—No puedes hacer nada, amigo. Es lo mejor. Tú no puedes casarte con ella, ya tienes una prometida.

—Tú también la tenías y ahora tienes en tu cama a la guapa francesa, eres muy afortunado. Daría lo que fuera por tener a Rosie a mi lado. No soporto pensar que está escondida en algún lugar.

—Bueno, no está aquí si es lo que queréis saber. Yo os dije que era una locura, os pedí que dejarais en paz a la joven, ella no era para ti. Y luego la dejasteis preñada, ni siquiera tuviste consideración. No fuiste un caballero con ella, en ningún aspecto.

Él no se defendió, parecía triste y distante, guardó silencio hasta que de pronto dijo:

—El señor Anderson niega haber escondido a su hija, está buscándola, todavía la busca por todas partes, pero Rosalie continúa desaparecida. Me pregunto por qué has inventado que ella fue escondida por su familia.

—Porque estaba preñada y sus padres estaban avergonzados. Cuando se enteraron decidieron llevarla lejos pensando que le encontrarían un esposo. ¿Has buscado en el Pretty lake? El señor Anderson tiene parientes allí.

—Pues claro y no está en Pretty lake. Es como si la tierra se la hubiera tragado pero lo que me atormenta es pensar que los celos estúpidos de vuestra hermana lo arruinaron todo. Rosalie me dijo que habían peleado y que ella sabía su secreto. Me lo dijo el día que desapareció.

Duncan se puso muy serio y parecía no saber qué decir hasta que su amigo Henry le pidió

hablar con su hermana.

—Debo preguntarle, tal vez sepa dónde está Rosalie. Ella negó saber algo, pero noté algo raro ese día, como si no fuera ella misma.

—Cuando hablasteis con mi hermana?

—Hace semanas, luego de que desapareció Rosie.

—Madeleine es incapaz de hacerle daño a nadie, Henry, ella estaba enamorada de ti, pero no era más que una fantasía de niña. Sabes que no es normal, es como una niña y piensa como niña. No puedes culparla de lo ocurrido. Debes entender que nuestro reverendo es un hombre muy orgulloso y jamás habría permitido que su hija bienamada fuera vuestra amante encerrada en la casita del bosque. Le habrá encontrado un marido o la habrá llevado a cada de algún pariente hasta que tenga su hijo. Luego regresará, pero no tienes esperanzas de salirte con la tuya. Esta vez no.

—Oh deja de hablarme así, amaba a Rosalie, ella era mía y no fue una diversión como decías tú. Yo os ayudé ese día, os ayudé a librarte de un estorbo, ¿acaso lo habéis olvidado?

El rostro de Duncan cambió, lo notó tenso y molesto, enfadado.

—Cállate imbécil. No sé de qué hablas.

—Oh claro que lo sabéis, siempre fuisteis mi amigo y sufrías porque no podías tener a la hermosa francesa en tu cama. Ella no era de esas, ¿verdad? No sería tuya hasta que le pusieras un anillo en su dedo. Tenías que librarte de su marido.

—Yo no hice nada, fue el granjero engañado, el señor Adams, él mató al francés.

—Lo hizo cuando el francés embarazó a su esposa y alguien le avisó los días que se veían. Fue una trampa... todo fue una trampa. Querías alejar al infeliz de su guapa esposa y mordió el cebo muy fácil. Yo hablé con esa ramera, le pagué para que durmiera con el francés y lo hiciera feliz. Ella solo pensaba en los vestidos bonitos que compraría con el dinero.

Agnès sintió que todo su mundo se tambaleaba.

No podía ser verdad, no era lo que acababa de oír.

—OH calla esa boca maldito infeliz, no puedes culparme de tu desventura. Tuviste a Rosalie porque yo os ayudé, pero os advertí, os dije que no era buena idea. Ella era una joven pura y sus padres la cuidaban como un tesoro. Y tú la engañasteis para que cayera en tus garras porque la deseabas. Solo era deseo... querías a la más guapa del pueblo para divertirte, pero sin pagar las consecuencias.

—Ahora es diferente, no puedo dormir, no dejo de pensar en ella y siento que algo horrible pudo pasarle. El reverendo está muy afligido y su esposa no deja de llorar, ellos no escondieron a Rosalie, si lo hubieran hecho ¿no creéis que estarían más aliviados sabiendo que su hija está a salvo? No puedo hablar con ellos, solo averiguar, me matarían si me ven cerca.

—Eso es verdad... pero el reverendo no mataría ni una mosca.

—Madeleine sabe algo y voy a averiguar dónde está.

—Aguarda Henry, escucha, Madeleine no debe verte o pensará que estáis interesado en ella y eso le hará mal. Ha estado muy afectada luego de saber que te casarías con esa joven. Con la señorita Wilton.

—Pues no habrá tal boda. ¿Ya no... es que no te has enterado?

—No... ¿qué rayos?

—Diana Wilton ha roto nuestro compromiso luego de saber que había dejado preñada a Rosalie. Me ha dicho que no quiere saber nada de mí y que me desprecia por ser un patán malvado.

—No lo sabía lo lamento cómo...

—¿Quieres saber cómo se enteró? ¿Pues cómo crees? Madeleine le escribió una carta. Reconocí su letra de inmediato. Aunque negué todo Diana no me creyó y en realidad no me apena demasiado, solo porque mis padres se enfadaron mucho. Era una boda concertada así que supongo que deberé buscarme otra novia ahora.

—¿Dices que Madeleine escribió una carta? Pero ella se marchó de aquí hace tiempo.

—Fue luego de la fiesta de la primavera, cuando debíamos poner fecha a nuestra boda, ella le envió esa carta, era su letra aniñada y retorcida.

—Pero jamás lo mencionasteis.

—Estaba desesperado entonces porque Rosie había desaparecido y solo quería encontrarla. Ni siquiera me afectó, pero ahora me han dicho que ambas discutieron que vuestra hermana peleó con Rosie días antes de la fiesta, ella me lo contó. Sabía su secreto. Nunca supo cómo se había enterado, pero creo que nos vio juntos, ella espiaba a Rosie porque sospechaba que estaba interesado en ella.

—Mi hermana siempre estuvo enamorada de ti, pero sabes que era inofensiva, una niña tonta.

—Pues ya no sé qué pensar. Maddie ya no es esa niña retrasada de la que todos nos burlábamos, ahora es distinta y lo que hizo al escribirle a mi prometida fue un acto de maldad, discutir con Rosie y llamarla ramera también fue cruel. Se suponía que era su mejor amiga, ¿no es así? Fueron amigas de niñas.

—Es verdad, mi hermana nunca fue normal. Pero estoy harto de tus amenazas Henry. ¿Qué quieres que haga? No puedo ir a buscar a tu querida Rosie ni hacer nada, tengo esposa ahora y tareas en esta mansión. Ya os ayudé a buscarla, averigüé todo lo que pude, no puedo hacer más. Ahora soy un hombre casado, lo olvidas.

—Y eso me lo debes, no lo olvides.

—Deja en paz ese asunto, ¿qué rayos te pasa? Aunque Rosie apareciera no podrías casarte con ella. Jamás lo permitirían vuestros padres.

—Pero tú sí has tenido a la mujer que tanto deseabas tener y fue gracias a mi ayuda. Pensé que erais mi amigo, pero no sois más que un tunante egoísta. Me pregunto qué diría tu guapa esposa si se enterara de todo esto.

—Oh calla la maldita boca. No tengo ningún secreto, no he hecho nada de malo. Solo sentís envidia de mi suerte porque también os gustaba mi esposa entonces.

—No es envidia, solo quiero encontrar a Rosie. Ayúdame o juro que hablaré y lo diré todo...

Agnès sintió que no podía seguir escuchando y corrió rumbo a la casa con los ojos llenos de lágrimas sin saber por dónde iba en realidad, corriendo con todas sus fuerzas hasta quedar exhausta mientras su cabeza era un torbellino de pensamientos y sentimientos funestos.

“No puede ser verdad... su esposo fue seducido por una ramera... Ketville pagó a esa mujer para que tentara a su esposo fallecido para que el pícaro Duncan pudiera llevar a cabo su travesura con su esposa. deseaba que fuera su amante, deseaba tenerla, pero fue muy sutil al intentarlo, al acercarse a ella. Fue tan gentil y educado, como todo un caballero inglés... pero luego de la boda descubrió a un hombre ardiente y apasionado, un amante de fuego dispuesto a devorarla y a disfrutar del festín como una fiera con su presa largo tiempo esperada y atrapada entre sus garras.

Se sonrojó al recordar la forma salvaje en que le hacía el amor, la forma arrebatadora en que la hacía volar al cielo del éxtasis y un placer exultante que le arrancaba gritos y gemidos. Pero sabía que no era solo el placer que sentía cuando estaba entre sus brazos, sabía que cada vez que la hacía suya era como si entrara en todo su ser, también en su corazón. Amaba a ese hombre y por eso lo había dejado entrar y por eso lo había dejado llegar tan lejos. Él sabía que nunca había llegado tan lejos con su anterior marido y que a lo último ya odiaba que la tocara y vio con alivio cómo se iba con su amante.

No podía creer que solo fuera una mujer a la que deseaba tener en su cama, una esposa guapa y ardiente muy distinta a la futura novia con la que sus padres habían planeado casar : tímida y asustada, inexperta, una mujer a la que ni siquiera querría tocar... Ella era lo opuesto en varios sentidos.

Secó sus lágrimas y se escondió en los jardines. Pensó que no tendría ánimo para entrar en la casa, no se atrevía, era como si sus piernas no le obedecieran. Había llorado, pero también quería gritar mientras pensaba en esa horrible conversación.

Las palabras de Henry de Kenville le hicieron pensar muchas cosas, pero seguía sin creer que Duncan pudiera hacerle daño a su marido o tramar ese sórdido asunto de la amante.

Pero Madeleine se lo había insinuado, dijo que Duncan la obligó a acercarse a ella porque tramaba convertirla en su amante. ¿Por qué no llegaría más lejos y le pediría ayuda a su amigo? Pero si tenía la confesión de Henry de Kenville que le echaba en cara su escasa ayuda en el asunto de encontrar a Rosalie Anderson...

Y vaya detalle, acababa de descubrir que su marido le había mentado.

Rosalie Anderson seguía desaparecida, aunque él dijo con mucha seguridad que sus padres la mantenían escondida por temor a que algo le pasara. Por supuesto que no le dio más detalles. Pero al parecer Madeleine le había dicho la verdad. Ella sabía que Rosie estaba esperando un hijo de Henry y por eso estaba furiosa y la llamaba golfa, zorra santurrón y hablaba de ella con la mirada llena de odio. Loca de celos. Así estaba ella ese día y Henry pensaba que Madeleine sabía dónde estaba Rosie, temía que le hubiera hecho daño. Quizás sabía algo más, algo que nadie más sabía... algún criado pudo haber visto algo, como la vez que intentó ahogarla supo que un criado la había salvado al dar la voz de alarma luego de oír sus gritos desde el estanque.

Los criados eran los espías silenciosos, leales o desleales, pero ellos veían todo lo que sucedía en la mansión.

—Ángel...

La voz de su marido la hizo dar un brinco pues apareció de repente para mirarla con intensidad. Parecía preocupado o tal vez fueron sus ojos los que se delataron al mirarlo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué habéis llorado?

—Porque escuché vuestra conversación. Salí a dar un paseo y os vi.

Eso lo puso en guardia al instante y aunque parecía listo a retroceder hizo lo contrario, avanzó y la abrazó muy fuerte.

—Siento mucho todo esto, lo lamento. Pero no hice nada, nunca hice daño a tu esposo, lo juro.

—Lo sé, pero... esa mujer.

—Era una ramera que dormía con todos los hombres que la buscaran, su marido lo sabía.

—Pero Henry dijo que tú...

—Es verdad, le pagué para que buscara a tu marido y lo enredara en sus faldas un tiempo. no fue muy difícil al parecer. Estaba tan loco por ella que hasta planeaban huir juntos. Al parecer estaba encinta pero no creo que fuera de tu difunto marido... yo no lo maté, Agnès, fue el señor Adams furioso al saber que alguien tramaba robarle a su joven y desvergonzada esposa. espero que no penséis que yo lo hice.

—NO lo pensé, pero dijo que...

—Solo estaba alardeando yd diciendo tonterías, está furioso porque no puede encontrar Rosalie.

—Me dijisteis que había aparecido antes de nuestra boda, pensé que ella estaba sana y salva.

—Lo está por supuesto, pero el reverendo me dijo que no dijera nada. No es prudente hablar de ello y si lo hice hoy fue porque Henry no me dejaba en paz. Estaba desesperado. Pero no la ama, si la hubiera amado habría enfrentado a su familia como yo lo hice. Solo quería tenerla como su amante encerrada en una propiedad lindera a su mansión, ese era su plan, pero el reverendo jamás permitiría que algo así le pasara a su única hija. No era justo... no era decente. El reverendo es un hombre importante en esta comunidad y supongo que al enterarse de lo ocurrido decidió llevarse lejos a su hija y decir a todos que fue secuestrada. Pero no podemos

hablar de ello con nadie, por eso me vi obligado a decirles que estaba a salvo en su casa. No está en su casa, pero sé que la escondieron y luego pidieron a todos los que sospechamos lo ocurrido que guardáramos silencio.

—Y Henry no lo sabe?

—Lo sabe por supuesto, pero no me cree, piensa que le he ocultado todo. pero qué quería? No tenía derecho a deshonorar a la hija del vicario ni hacerle algo mucho peor, dejarla preñada sabiendo que nunca podría casarse con ella. Pudo evitarlo, sabía cómo, pero es un cerdo egoísta y malvado. Un presumido tonto. Ni siquiera es mi amigo en realidad.

—Y por qué quería ver a Madeleine?

—Porque el gusano se enteró de que mi hermana se marchó lejos y piensa que como era su amiga sabe algo más, pero Madeleine no sabía lo que había pasado.

—Sabía de su embarazo y estaba furiosa.

—Por favor, no lo digas a nadie. Es mejor que Henry no sepa nada de lo ocurrido ese día. Sería penoso para mis padres, han sufrido demasiado lo que pasó ese día y tener que alejarse de su hija. Mi madre todavía llora su ausencia, no lo niego, y sé que le llevará tiempo recuperarse, y no quisiera que se enterase de lo ocurrido con esa joven.

—Entonces siempre fue un secreto el amorío de Rosie con su amigo Henry.

Duncan estaba incómodo y molesto.

—Intenté impedírselo, hablé con él, pero luego ya era tarde... cuando quise que Rosie recapacitara los encontré en pleno acto en mi propia casa. Era de esperar que mi hermana se enterara. Fue un insulto, pero al parecer se dejaron llevar... ella sí lo amaba, sé que lo quería y también me enteré de que fue engañada con él con la promesa de matrimonio, pero le aseguro que mi hermana no le hizo daño. Solo se enfadó con ella, pero luego se enteró del compromiso de Henry y comprendió que Rosalie no lo tendría como temía.

—Su hermana pudo hacerlo, pudo matar a Rosalie.

—No la mató, os lo juro, ángel. Sé dónde está, pero no puedo decírselo todavía preciosa. No puedo... hice una promesa al reverendo. Le dije que nadie más lo sabría. Y nadie debe saberlo.

—¿Como es que lo sabéis y nadie más se enteró?

Duncan apretó los labios, como si no quisiera hablar más de ello. Miró a su alrededor inquieto y la llevó lejos de allí.

—No puedo deciros ahora. Confiad en mí, os lo pido, no puedo deciros más ahora. Es un secreto. Y Henry puede estar espiando. Debemos callar ahora. lo lamento. Luego os hablaré de ello, pero no creo que sea prudente. Todavía no entiendo su insistencia

Un secreto... pensó que había muchas cosas de su marido que no sabía y ese día se había enterado de casualidad.

—¿Y qué más debo saber, Duncan? ¿Qué cosas estáis ocultándome?

Él la miró escandalizado.

—No os oculto nada, ángel... no sé por qué pensáis que...

—Henry dijo que solo era vuestro capricho.

—No es verdad, sabes que eso es mentira. Sois mi esposa ahora y te amo ángel, te amo tanto que moriría si te perdiera. Por favor. Ven conmigo. Debemos regresar a la casa o notarán nuestra ausencia.

—No quiero regresar. Todos me miran con desdén y desprecio.

—Solo nos quedaremos un momento, luego podremos volver a nuestros aposentos. Lo prometo.

Ella lo miró mortificada y furiosa. Todavía no creía del todo en sus palabras y odiaba regresar a la casa, acababan de tener su primera desavenencia de recién casados y se sentía fatal. Muchos pensamientos rondaban por su cabeza pues no podía dejar de pensar en las confesiones

de Ketville y su rabia al pensar que Madeleine pudo hacerle daño a Rosie Anderson. Había dicho cosas muy duras y notó que Duncan se esmeraba en convencerlo de que nada malo había pasado, que Rosie estaba a salvo, pero no creía del todo en la historia de que la hija del reverendo estuviera sana y salva escondida en algún lugar.

Jamás le contó nada del asunto cuando todos la buscaban y ella quería saber, quizás fue por la promesa que le hizo al reverendo, pero no estaba segura de ello.

Agnès entró en la casa y lanzó una exclamación ahogada en francés. En la mansión solo esperaban caras largas al verla y ese gesto tan característico de su suegra de alejarse y darle la espalda como si no soportara mirarla. Siempre era así, era como si no pudieran hacerse a la idea de que su hijo tuviera una esposa francesa. Ni siquiera parecían esmerarse, aunque debía reconocer que el conde se esforzaba al menos en ser más amable.

—Buenas tardes, querida Agnes—dijo luego.

Ella lo saludó y luego saludó a los presentes.

No fue una reunión agradable, y sintió mucho alivio cuando terminó y pudo encontrar refugio en sus aposentos. Le agradaba el momento en que se cerraban las puertas y se aislaba del resto de la casa.

Duncan llegó poco después y la abrazó muy fuerte y la besó antes de llevarla a la cama y hacerla suya con la desesperación de un amante enamorado, aunque ahora se preguntó si no sería solo un deseo salvaje, deseo de tenerla, de hacerla suya... pero sabía que jamás habría enfrentado a sus padres de no haberla amado. Aunque tal vez ellos también pensarán que era la francesa era un capricho amoroso...

Pero mientras la tomaba lloró porque también amaba a ese hombre, y lo amó mucho antes de que le hiciera el amor por primera vez, mucho antes de la boda, cuando invadió sus pensamientos, cuando comenzó a desear esos encuentros furtivos e inesperados. Hacía tiempo que ese inglés la había atrapado y ahora era demasiado tarde para lamentaciones, lo era...

Y no podía pensar cuando él le hacía el amor, solo dejarse envolver por ese fuego que los unía y los fundía en un solo ser. Nada estaba mal cuando estaban juntos.

—Te amo Agnès, os amo tanto—le dijo al oído y al mirarla supo que no mentía, sabía que él la amaba, no porque se lo hubiera dicho antes muchas veces, podía sentirlo.

—También os amo, Duncan—respondió en un susurro.

Él sonrió y en sus ojos había tanto amor.

—Qué bonito se oye en tus labios—le respondió y acarició su rostro y su cabello con suavidad.—Es un sueño para mí, preciosa, es un sueño que seáis mía—le dijo y volvió a besarla y la abrazó con fuerza como si nunca quisiera dejarla ir.

—Todo estará bien, no debes tener miedo—le dijo luego como si quisiera acallar sus temores y pensamientos.

—¿Pero vuestros padres, los secretos de vuestra familia?

—Mis padres te querrán con el tiempo, debes tener paciencia y en cuanto a lo demás, no hay tales secretos. Solo mi amor por ti—le dijo con una sonrisa sin dejar de mirarla.—Te amo preciosa, y nunca había deseado tanto a una mujer en mi vida, no como a ti... tú eres especial y no debes tener dudas de ello.

Agnès comprendió que tenía razón, no podía vivir desconfiando, además tenía un esposo ahora y una nueva familia, todo cambiaría, pero debía confiar en él y en que juntos podrían ser felices.